



SOLERA MÉRITO COÑAC CREADOR

Delegación Madrid: CRUZ, núm. 1 — Teléfono 50442

ADVERTENCIA

En la República Dominicana existe un individuo llamado Vicente Bergarechia, de nacionalidad cubana, que, titulándose agente de Prensa Gráfica, se dedica á hacer — cobrándolas, naturalmente — suscripciones á nuestras revistas. Advertimos esto á nuestros lectores de Hispanoamérica para que no se dejen sorprender en su buena fe por el citado sujeto.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al 1.º y 2.º semestres de 1928

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

AVISO IMPORTANTE

Para Escuelas, Ayuntamientos, Diputaciones, Casinos, Sociedades, Oficinas del Estado, etc., etc.

Magnífico retrato en huecogrado de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, tirada especial, y reproducción del publicado en el número 1.791 de NUESTRO MUNDO.

Se halla de venta en la Administración de PRENSA GRÁFICA, Hermosilla, 57, Madrid, al precio de 50 céntimos ejemplar, franco de porte.

REDACCIÓN TELEFONOS ADMINISTRACIÓN
50.009 DE PRENSA GRÁFICA 51.017

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24
ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS
Todos los meses empiezan clases de Inglés, Francés, Alemán é Italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

WALKEN ESTUDIO DE ARTE
:: FOTOGRAFICO ::
16, Sevilla, 16 MADRID

PRENSA GRÁFICA
(S. A.)
EDITORA DE

LOS MIÉRCOLES
MUNDO GRÁFICO
30 céntimos ejemplar

LOS VIERNES
NUEVO MUNDO
50 céntimos ejemplar

LOS SÁBADOS
LA ESFERA
UNA peseta ejemplar

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Hermosilla, 57, MADRID.-Apartado 571
Teléfonos 50.009 y 51.017

No tengo ninguna enfermedad.
Todos mis hijos están
fuertes y sanos.



Esta felicidad la debo al Jarabe Salud, que ha combatido con poder asombroso mi anemia, dándome un arma eficazísima para defender á mis hijos de la debilidad, la inapetencia y el raquitismo, haciéndoles crecer fuertes v vigorosos.

Contra la anemia y la debilidad general, tomad, como yo, el activo reconstituyente Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Cerca de medio siglo de éxito creciente.
Aprobado por la Real Academia de Medicina.

PIDA USTED JARABE SALUD
PARA EVITAR IMITACIONES



Se advierte que el Jarabe HIPOFOSFITOS SALUD no se vende á granel

La fragancia
de los campos montañoses

intensa, persistente, desde el principio al fin de la pastilla, es la atrayente originalidad del delicioso

JABON
AROMAS DE LA TIERRUCA

Pastilla, Ptas. 1,15



1864 1864 1864 1864
PERFUMERIA
LA ROSARIO, S. A.
SANTANDER

La Esfera



AÑO XVI.—NÚM. 796

MADRID, 6 ABRIL 1929

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



EL CAPITAN JIMENEZ



EL CAPITAN IGLESIAS

Lo dos hazañosos aviadores que han cruzado en admirable vuelo el Atlántico, señalando un momento culminante en la historia de la aviación

(Fots. Campúa)

PROLONGAR LA VIDA

Los médicos de Yanquilandia han cambiado de blanco; convencidos de que es difícil curar enfermos, han puesto la mira en los sanos; curar á un sano debe ser infinitamente más mollar que mejorar á un paciente.

En realidad, para los médicos yanquis no hay sano que valga: vive la gallinita, pero vive con su pepita; un ciudadano que se cree en el más perfecto estado de salud es un iluso. Algo tiene, y para descubrirlo han inventado esos institutos, de moda ahora en Norteamérica, «para prolongar la vida»..., para prolongar la vida de los médicos, por lo menos.

No es seguro tampoco que los médicos reunidos en esas novísimas instituciones curen nada: ellos se limitan á señalar peligros, y, prudentes y cautos, no se comprometen á más. Cuando llega un paciente, le examinan desde todos los puntos de vista; le analizan todo lo analizable; le perforan con los rayos X; le extraen todos los jugos, por lejos que hayan de buscarlos; le miden, le pesan, le inspeccionan, le palpan, le auscultan, le interrogan, le hacen comentar un pensamiento de Paul Hervieu, continuar una progresión geométrica ó una serie de números; le obligan á saltar á la comba; le someten unos cuantos días á un régimen especial, y cuando ya no hay modo de molestarle más, le dicen de qué mal ha de morir, salvo complicaciones inesperadas.

Es de suponer que el miedo á la muerte obligue á los clientes de esos institutos á vivir, después de bien reconocidos y mejor ó peor diagnosticados, una vida imposible: una vida que no merezca la más mínima prolongación.

De un hombre «dichoso y confiado» harán, en la mayoría de los casos, un esclavo de su culpa; al hombre, desde el Paraíso, le conviene más, para vivir feliz, la suprema ignorancia; á más sabiduría, más dolor.

En realidad, esos médicos han querido, sin duda, vengarse de Molière: *El enfermo imaginario* tendrá, en lo sucesivo, millares de congéneres infinitamente más cómicos que él; la imaginación de un comediógrafo es infinitamente menos fecunda en tipos y razones grotescos que la vida.

Porque sería absurdo suponer á los médicos un fin interesado; nada más productivo para un nieto de Hipócrates que esos enfermos que no lo son; pero no hemos de pensar que engendrando aprensivos pretenden los galenos ultramarinos acrecentar la clientela: aun se dice, de vez en cuando, que la Medicina es un sacerdocio, y á Linares Rivas le censuraron por haber pintado un médico capaz de luchar en unas oposiciones, no por el fuero, sino por el huevo.

En último caso, si hay beneficio para los médicos en ese nuevo *modus faciendi*, será porque Dios premia á los buenos, y ningún beneficio hecho al prójimo queda sin recompensa.

Lo raro es que esos institutos americanos no hayan sido aún traducidos al español, sobre todo cuando el momento, gracias al nuevo Código Penal, no puede ser más propicio; si tiene imitadores ese operado que pide á su operador

500.000 pesetas por un riñón, el oficio va á resultar costosísimo, y será necesario buscarle una nueva modalidad en que siga siendo el paciente quien pacientemente pague las equivocaciones. Mal oficio es el de profeta; pero para algo se inventó lo de «pronóstico reservado», y por algo suele añadirse, cuando por excepción no es ese el que se formula, «salvo complicación(s)».

Cierto que hasta ahora había gentes que se morían sin saber de qué, porque el médico no había logrado descifrar el enigma y había caído en la tentación de ser sincero, y cierto también que eran muchos más los que al morir llevaban la papeleta equivocada, porque el médico, igualmente ignorante, había tenido menos sinceridad; pero sobre que no hay cadáver capaz de preocuparse de esas pequeñeces, probablemente seguirá ocurriendo lo mismo: hay enfermedades de esas que los galenos llaman «hallazgos de autopsia», porque hasta ese momento culminante no quieren romper el incógnito, que seguirán siendo igualmente ignotos por mucho que investiguen esos innovadores de la Medicina, que, en último extremo, no hacen más que dar más ancho y productivo campo al aforismo, padre de la higiene, que dice: «Vale más precaver que curar». «Hombre prevenido vale por dos», dice también otro aforismo, y los médicos tratan, sin duda, de que para ellos, por lo menos, ese refrán se quede corto.

Bromas aparte, el mal está, en eso como en todo, en creer que la vida es una perpetua serie de antítesis: salud-enfermedad no son términos separados por una barrera infranqueable, sino términos de una escala en que las transiciones son insensibles; sobre las *fronteras de la enfermedad* se ha escrito mucho después de lo que se había hablado ya de las *fronteras de la locura*; pero entre esos países vecinos surgen constantemente cuestiones de límites, y no hay modo de saber de un modo definitivo cuál es el terreno propio de cada cual.

El error clásico de creer que existe el hombre tipo, fisiológica y anatómicamente tipo, como le describen los libros en que estudian los principiantes de la Medicina, amenaza ahora, mediante esos institutos, con nuevas consecuencias lamentables. Se ha dicho que el organismo es un arcano; sería mejor decir cada organismo y no tomar á cada paciente por un ejemplar vulgar de una edición copiosa y estereotípica por fatidura.

Por lo demás, esa vieja aspiración humana de prolongar la vida tal vez sea una de tantas ideales que nada ganariamos con realizar.

Previamente sería necesario que determináramos si la vida vale la pena de ser prolongada, y, en último término, no podrá negarse que entre vivir más ó vivir mejor, sólo lo segundo debería interesarnos.

Cierto que hay gentes que viven bien; pero, ¿qué mejor elixir de larga vida?

DIPTICUS

EL CENTENARIO DE ARGELIA

LAS PINTORESICAS COSTUMBRES DE LOS ARGELINOS



Una calle de Argel



Danzarina de Argel á la puerta de su casa

EL centenario de Argelia? Así lo dicen los franceses, como si Argelia no hubiese existido hasta que ellos llevaron allí su influencia. Argelia, naturalmente, existía, y nadie puede ignorarlo, desde mucho antes; sería más exacto decir: el centenario de los franceses en Argelia.

Realmente, en esos cien años, y aun en muchos menos, los franceses han hecho una Argelia completamente nueva. Pueblo de piratas desde el siglo xv hasta bien entrado ya el xix, los franceses han hecho de él el pueblo pacífico y agricultor actual, librando así de una pesadilla á las naciones civilizadas de Europa.

En éstas había sido muy viejo el deseo de dominar á los argelinos. Fernando el Católico fué el primer monarca que los combatió; y el cardenal Cisneros, entonces, se apoderó de Orán y Bugia, y construyó un castillo en Argel. De aquella época y de aquella campaña nos quedó la famosa frase «nuestro porvenir está en Africa», que tan cara nos ha sido en sangre y en dinero.

Pero aquel dominio fué poco duradero: el segundo de los Barbarroja, Hiseddin, expulsó á los españoles de aquellas tierras.

Carlos V emprendió una nueva campaña, y logró expulsar de Túnez á los piratas; pero la escuadra, formidable, que envió contra ellos, fué

vencida, como había de serlo después la Invenible, por los elementos. Ingleses y holandeses fueron después contra los piratas, pero inútilmente: ellos siguieron dominando, y aun extendiendo sus dominios, por todo el norte de Africa.

El general O'Reilly, mandando mucho después otra expedición española, no fué más afortunado. En 1815, el comodoro americano Decatur derrotó, cerca de Cartagena, á la flota argelina; pero aquella derrota, lejos de resolver la situación, sirvió para agravarla: el dey hizo degollar á los tripulantes de unos barcos italianos. Una expedición angloholandesa vengó aquel crimen, bombardeando Argel y libertando á los cautivos cristianos; pero los argelinos se rehicieron pronto, sus corsarios llegaron hasta el mar del Norte, y en 1829 aún pagaban tributos á los argelinos, no sólo Estados pequeños mediterráneos, sino hasta la misma Inglaterra.

Aquel dominio los envalentonó, y el dey Hussein llegó una vez á golpear con su abanico al cónsul de Francia. Aquel desmán fué el comienzo de su ruina y de la transformación de su imperio. Los franceses recogieron al cónsul, enviaron un ultimátum á Hussein y, como él le rechazara, emprendieron el bloqueo, al que contestó el dey destruyendo todas las pesquerías que los galos tenían en sus costas,



El barrio moro de Bugia, con la mezquita en el fondo

Por fin, en Mayo de 1830, salió de Tolón una gran escuadra con un formidable ejército de desembarco, que llegó á Sidi el Formeli, se apoderó del campamento del dey, destruyeron el fuerte del Emperador, situado al Sur de la ciudad, y obligaron á Hussein á capitular. El dey se retiró, con su fortuna personal, á un punto, elegido por él, fuera de Argelia; los turcos que residían en aquellas tierras fueron transportados á Esmirna y comenzó la obra de los franceses; que ahora van á celebrar el centenario de aquella época en Argel.

No fué, ni mucho menos, fácil esa labor. Los primeros años fueron de constante lucha. Contra los franceses se alzó el emir de Mascara, Abd-el-Kader, y durante cuatro ó cinco años la suerte de las armas osciló de uno á otro ejército. En



Como los concurrentes á cualquier café provinciano, los argelinos gastan su tiempo en interminables partidas de dominó

una de aquellas alternativas, Abd-el-Kader, vencido, firmó un tratado de paz en que se reconocía como tributario de Francia.

No duró mucho la paz que aquel Tratado pareció asegurar. Las hostilidades comenzaron de nuevo, y más encarnizadas aún, porque Abd-el-Kader predicó ardientemente la guerra santa, enardecido también á sus parciales.

Por fin se encargó del mando de los ejércitos franceses primero, y de la colonia después, el general Bugeaud, que venciendo á Abd-el-Kader por la fuerza unas veces y otras con los recursos diplomáticos, sofocó los levantamientos sucesivos del campeón argelino en 1837 y en 1840 y 1843.

El general Bugeaud llegó á ser popularísimo en el ejército francés, y en Francia entera los soldados fran-

ceses. no sólo los coloniales, sino los metropolitanos, cantaban entonces el toque de marcha de sus cornetas con esta letra:

*As tu vu
le casquet, le casquet.
As tu vu
le casquet du pere Bu-
[geaud.*

Abd-el Kader, por su parte, no cesaba en sus campañas; recibía constantemente de Marruecos auxilios que hacían perdurable aquella costosa situación, y los franceses decidieron finalmente declarar la guerra á los marroquíes. Los derrotaron, y aseguraron así una relativa tranquilidad de la colonia, que, después de otras muchas vicisitudes, hoy puede considerarse como totalmente incorporada á Francia.

¡Motivos hay para que los franceses celebren el centenario de 1830!

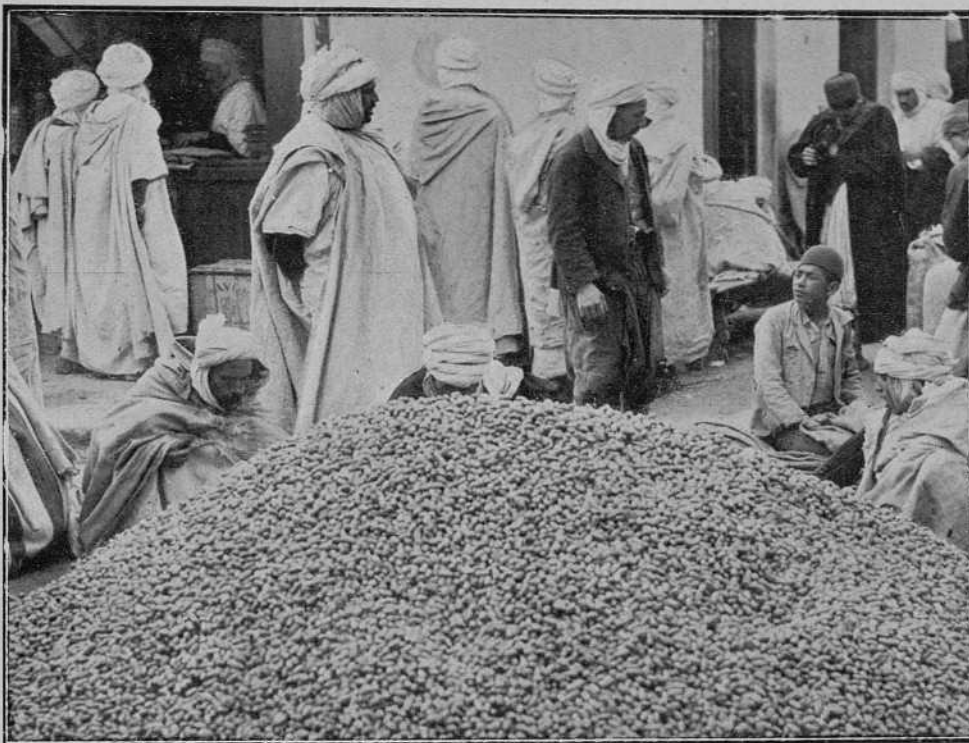
Examinando la situación actual de Argelia, dos cifras llaman sobre todo la atención: el número de habitantes, que pasa de seis millones, y la de comercio exterior, que pasa de ocho mil

millones. La primera es seis veces mayor de lo que era hace cien años, y ningún índice mejor de la prosperidad de un país. La segunda puede decirse que ha sido totalmente creada en ese pe-

riodo. A esos dos índices podríamos añadir otros igualmente expresivos: los que representan la instrucción pública, enormemente desarrollada, y los expresivos de las instituciones de asistencia pública.

Tan enormes resultados no satisfacen aún á los franceses, y el actual gobernador general de Argelia, M. Pierre Bordes, ha dicho, tratando del centenario: «Tiene, entre todos los que la moda hace celebrar, una significación más alta y más bella; deja de ser la mera conmemoración de una fecha para convertirse en un final y en un comienzo; el final del período durante el cual Argelia alcanzó su prosperidad, y el comienzo del que hará de ella un país poderoso y dará á Francia no sólo una provincia fiel, sino una ayuda preciosa y un apoyo eficaz.»

Tan felices resultados hacen pensar que los métodos colonizadores empleados por Francia en aquellas tierras deberían ser mirados como ejemplares.



Un rincón del mercad de dátiles en Biskra



Una escena callejera en Sidi Okba, cerca de Biskra

SEMANA TEATRAL

«Vidas cruzadas» * «La casa de Luján» * Otros estrenos



Una escena culminante de la admirable comedia de Benavente «Vidas cruzadas», representada en el Reina Victoria
Fot. Díaz Casariego)

MUCHOS años de devoción constante á la obra de Jacinto Benavente me han acostumbrado á esperar siempre de las aptitudes polimorfas del espíritu de su autor cambios de orientación en cuanto á la forma de sus comedias, no en cuanto al fondo que desde el primer momento, y no obstante esas apariencias fallaces, fué, como sigue siendo, honda y trascendental lección para los espectadores, que no siempre saben aprovecharla, ni siquiera leerla, á través del artificio con que el arte la envuelve.

Esa característica esencial del teatro benaventino, fruto de una intensa y perdurante cultura del espíritu, cosechada en los campos más diversos con una avidez que se traduce en sus frutos, le da una superioridad indiscutible sobre todos sus congéneres; pero quizá no es lo más apreciado por el público en general, que atiende más á lo externo y tiene en ello, casi siempre, motivos bastantes para dejarse seducir y entregarse, sin necesidad de bucear para buscar hondo el pensamiento del autor.

Esta falta de penetración, que se patentiza bien en las diversas manifestaciones del público durante la representación, y que revela una marcada preferencia por los momentos de máxima intensidad dramática, es lamentable, porque, para las gentes que la padecen, cuando menos, hace la obra del maestro menos intensa, menos hondamente emotiva y, por lo tanto, menos eficaz.

Da, en cambio, un valor más grande á esa diversidad de formas expresivas á que antes aludí, y que es, efectivamente, otra de las características del teatro de Benavente. Los demás dramaturgos, nuestros ó ajenos, adoptan una forma particular, un molde único, en que plasman después todas sus creaciones. A los pseudocánones de una preceptiva seca y helada que paralizó tantos nobles anhelos artísticos, una así cada autor otros cánones más inflexibles aún, que á veces llegan hasta convertir en áptero el pensamiento que, alado, no se avendría á encerrarse entre tantas y tales férulas.

Benavente no procede así. Hay en su teatro un primer período—del que excluyo su primera comedia, *El niño ajeno*, que corresponde á una estética ajena también—en que su modo de ver el

teatro y de expresar la vida en él parece también cristalizado en una fórmula que pronto tuvo imitadores demasiado débiles para substraerse después á ella, y que, agotándola y dando así una sensación fatigosa, la han hecho perdurable y exclusiva en sus comedias. En las de Benavente, aquella modalidad fué efímera, y sucesivamente, y en general con una perfecta adecuación de la forma expresiva al tema tratado, fueron apareciendo otras distintas que, reflejando á veces tendencias coexistentes en el teatro extranjero, no eran nunca serviles imitaciones, sino interpretaciones muy personales de aspiraciones mejor ó peor orientadas hacia la forma definitiva de un teatro ideal que Benavente, enamorado como quien más del arte escénico, aspira noblemente á conseguir.

De ahí ese proteísmo que á muchos sorprende y parece esencial en la obra del autor de *Señora ama*, y que forzosamente había de darnos en el momento actual una obra del tipo de la estrenada ahora: *Vidas cruzadas*, que tan exactamente responde en cuanto á forma interna al retorno á los modos de nuestro teatro clásico, conscientemente resucitados por algún famoso autor francés; y en cuanto á fondo, á las preponderantes teorías freudianas que Benavente conoce é interpreta mejor que muchos pseudoespecialistas en psicología en general y en psicología morbosa particularmente.

•••••

¿Ha sido realmente el cinematógrafo el engendrador de esa nueva forma de arte escénico que parece empeñada en negar valor estético á la unidad de lugar? El calificativo cinedrama, nuevo epígrafe en la clasificación de los géneros dramáticos, puesto por Benavente á *Vidas cruzadas*, hace pensar que sí; pero Lenormand la encontró más noble abolengo: en nuestro teatro clásico está muy constantemente la misma negativa, y en el del autor de *Los intereses creados* no es tampoco difícil encontrarla. Aun no había nacido á la escena el famoso autor francés, y si el cinematógrafo existía, era demasiado niño para ejercer magisterio, cuando Benavente dividía *El dragón de fuego* en nueve cuadros y hacía una división semejante en *Manon Lescaut* y en *Richelieu*.

El cinematógrafo, es cierto, como arte más joven pudo ser más revolucionario, y su misma naturaleza, esencialmente móvil, le libró de las cadenas que, por culpa de los preceptistas, sujetaban al teatro hasta anquilosarle; pero en nuestro país, al menos, tampoco sería difícil citar obras maestras que fueron resueltamente contra la preceptiva, porque así lo pedía el brío romántico de sus autores. ¿Cómo sorprendernos ante las mutaciones múltiples después de haber visto perdurar tan justamente en el repertorio el *Tenorio* y *Don Alvaro*? Lo nuevo, en todo caso, no será esa subdivisión de los actos en cuadros, sino el contenido de ellos, y, sin apurar demasiado el análisis, sería posible demostrar que tampoco en eso es grande la novedad.

En honor del público, es justo recordar que para su aplauso jamás fué inconveniente ese supuesto pecado contra un falso dogma que sólo los críticos consideraban intangible. Cité no hace mucho un ejemplo, y no he de repetir ahora la cita: el caso de *Vidas cruzadas* es más reciente y más significativo. ¿No aceptó el público de muy buen grado los catorce cuadros, encontrando perfectamente lógica esa división, que permite al teatro ser, ante todo y sobre todo, acción, como forma, sin perjuicio de tener en el fondo pasión y pensamiento trascendental? La sumisión absoluta á la unidad de lugar hubiera convertido en relatos muchas escenas de *Vidas cruzadas*, con lo que se hubiese perdido una gran parte de la intensidad dramática, que, sin embargo, y uno de los cuadros de la obra lo demuestra de un modo absoluto, Benavente sabe también lograr con palabras; pero nunca tan fuerte, con fuerza de realidad, como la engendran los hechos mismos.

Un teatro construido de ese modo tiene las máximas posibilidades de ser un teatro sincero. El autor, naturalmente, ha de componer su obra; pero con la fórmula nueva puede hacerlo más libremente, y por eso esa fórmula aparece en los románticos; merced á ella, la composición puede adaptarse al pensamiento; no es, como en la manera vieja, el pensamiento el que ha de adaptarse á la composición.

De una á otra composición va lo mismo que del arte al artificio

Y esa mayor verdad de la obra dramática no la obliga a ser naturalista *a fortiori*: no es la verdad de la Naturaleza, sino la verdad del autor. En *Los fracasados*, de Lenormand, el realismo domina, porque el autor está impregnado de naturalismo; en *Vidas cruzadas*, la realidad aparece aún, porque sin ella como base no hay arte posible; pero con apariencias menos duras, aun en los cuadros, en ese sentido culminantes, y, sobre todo, dejando espacio para que el pensamiento filosófico del autor, á quien podemos suponer personificado en una de las figuras de la obra—el *Ladrón de sueños*—, se muestre idealmente, sirviéndonos como hilo conductor que desde el principio nos dice á dónde ha de conducirnos finalmente, y, sin embargo, no nos permite adivinar los paisajes del camino que hemos de recorrer.

Benavente, una vez más, hace hablar á las almas; pero, más dentro que otras del freudismo, las hace hablar en sueños, cuando lo subconsciente domina y, sobre todo, cuando no las constriñen todos los frenos que impone al hombre la vida social. El pensamiento capital de *Vidas cruzadas* podría sintetizarse en la afirmación de que, libres de esos frenos, las almas se entenderían mejor y los humanos serían más felices. Tan acostumbrados estamos á la falacia de nuestra conducta, que hemos perdido la posibilidad de distinguir lo verdadero de lo falso, la verdad de la mentira...; para afirmar de un modo rotundo su verdad, la verdad de su naturaleza, que nos revela en un sueño, la protagonista de *Vidas cruzadas* necesita romper con todas las «conveniencias sociales», con todos los prejuicios; pero, ¡ay!, necesita romper consigo misma, con sus propios anhelos de felicidad. Finalmente, puede sentirse *más* feliz que el hombre, cuyos recelos quiso destruir; pero ese *más* no es la felicidad absoluta, ni siquiera el *más* que pudo conseguir desprendiéndose también del propio orgullo. En la alegoría, sueño ó lectura de esa mujer—que nosotros la oímos soñar—de la reina y el pirata: la reina, enamorada del que venció á todos cuantos la amaron, va á luchar con él, anhelando ser vencida; pero nada nos dice que al lograr su ideal se empeñe en convencer al vencedor de que no hubo lucha: ésa es su verdad, y si al hombre puede permitírsele algún egoísmo, será el de conservar para sí solo sus propias verdades.

Queda dicho: la verdadera naturaleza sentimental de la protagonista nos es revelada por un sueño; pero en el caso, las consecuencias psicológicas de ese sueño no nos las descubre el clínico, que, sentado á la cabecera del paciente, busca la explicación de la dolencia; el *ladrón de sueños* no es el médico á quien pedimos remedio para nuestros males; es el poeta mismo, que nos declara en uno de los cuadros de la obra su condición, y no aguarda á que nuestros males espirituales se acusen por síntomas en la materia, para revelarnos que existen y cuál es su tera-

péutica para curarlos. Es una coincidencia, en cierto modo, con esos institutos norteamericanos para prolongar la vida, tan en boga hoy, y que no tratan á enfermos, sino á los que, sanos aún, pueden dejar de serlo fácilmente porque es más ó menos inestable, nunca perfecto, el equilibrio de su salud. ¿Pero es aceptable la terapéutica que Benavente nos propone? Las vestiduras, los frenos de las almas, ¿no son los que separa la razón de los instintos? No hablemos de los convencionalismos ni de los prejuicios sociales contra los cuales alzaron ya bandera los románticos, llevando también demasiado lejos sus incursiones ofensivas. Los que han definido la educación diciendo que es transformar lo consciente en inconsciente, no han hecho sino definir cómo se forma la subconsciencia; y, si queremos ser completamente freudianos, cómo se nos forma y cómo se nos deforma patológicamente el espíritu; pero en esos «casos» la enfermedad es definida por Freud como lucha del espíritu entre lo que es, cómo es y lo que pretende ser; cómo debe ser, ó cómo entiende que debe ser... es otra vez en *Vidas cruzadas* un pensamiento dominante en Benavente, un motivo guía en su obra: la doble naturaleza de Leandro y Crispín; en *Los intereses creados*, la doble personalidad del Manuel de *Vidas cruzadas*, que al negar el robo no miente, porque el que niega no es el que robó; son dos seres distintos, aunque vivan en una sola envoltura corporal.

En ese desdoblamiento, que, como tantos otros fenómenos psicológicos habían presentado los poetas y nos ha descubierto la patología mental, ¿cuál es nuestra verdadera personalidad? ¿Es al ladrón ó al que siente indignarse hasta la última fibra de su ser cuando le acusan de haber robado, al que debemos considerar advenedizo? Todo el esfuerzo de la civilización tiende á «transformar lo consciente en inconsciente»; lo que la razón nos dice ser preferible para la humana convivencia á lo que el instinto trata de imponernos como irresistible exigencia individual. Quizás la civilización siga á veces falsas rutas, y esa puede ser la dificultad para el dramaturgo como para el sociólogo: buscar en el laberinto el camino rápido para la evasión. La diferencia entre Benavente y Freud está en que el médico vienés descubre lo subconsciente no para dejarlo imperar, sino para reprimirlo con el esfuerzo de la conciencia.

Per o Benavente, en *Vidas cruzadas*, no plantea, en realidad, un problema en que aparezcan en conflicto el instinto y la razón, sino la vieja disputa entre el «¿qué diran?» y el «¿qué se me da á mí?»

A Eugenia no la importa lo que las gentes de su mundo puedan pensar de



Una escena de «El club de los chiflados», comedia representada en el Alkázar

ella; la interesa sólo que el ser amado no pueda creerla capaz de falsía; son los prejuicios sociales los que, con buena comprensión de su papel de dramaturgo, trata el poeta de destruir.

Es su labor constante lo mismo en aquellas obras que muchos consideraron frívolas de la primera época, que en otras que todos pudimos tener por más trascendentales. A través de la aparente versatilidad de Benavente, de sus cambios de modo de expresión, se percibe siempre una constante: los miseros cuyas vidas se cruzan en esta comedia traen insistentemente á la memoria «las almas brujas» que tenían sus aca- larres en *La noche del sábado*.

La comedia gustó mucho. La forma externa, el diálogo, más sintético precisamente, porque la estructura es más analítica, no impide á Benavente decir muchas cosas interesantes y decir-las muy bien.

También la interpretación merece aplauso. Josefina Díaz comprendió y sintió admirablemente su papel; tal vez no perdería con dar más vivacidad á su dicción en los momentos en que sueña; pero quizás la monótona canturía sea indispensable para hacer llegar al público la diferencia entre el sueño y la realidad. Santiago Artigas y Manuel Díaz tuvieron momentos muy felices dentro de aciertos totales, y los demás artistas dieron á Benavente—¡á tal señor!—lo mejor de su arte y sirvieron muy bien la comedia.

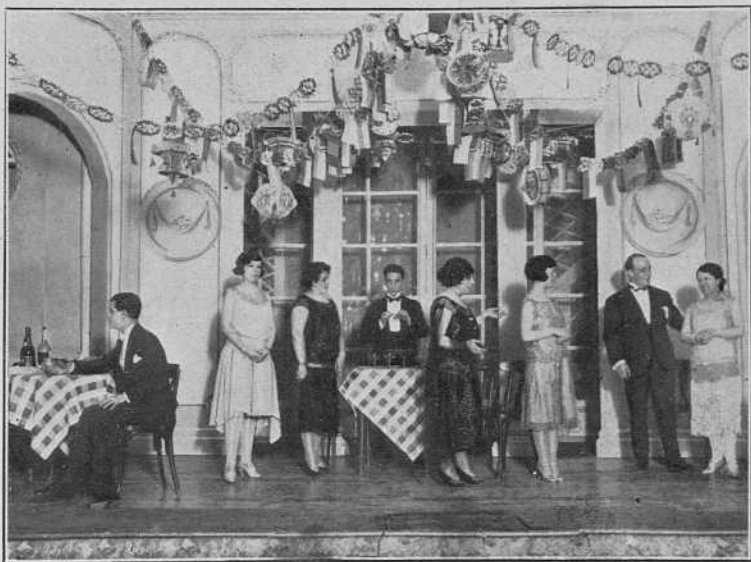
Sería injusto no destacar á Manuel Dicenta, que dice bien, no sólo porque domina la música del verbo, sino porque sabe adecuarla, para que sea más ostensible al pensamiento del autor

Otros estrenos nos trajo el siempre pródigo Sábado de Resurrección: *La casa de Luján*, *El club de los chiflados* y *Los pollos cañón*. *La casa de Luján*, estrenada en el Español, es una comedia bien imaginada y bien construida; pero, ¡tan «viejo juego!»...

Los autores, tan noveles al lado del autor de *El nido ajeno*, no sienten con el mismo ardor de juventud que él los anhelos de renovación del arte escénico. Es posible que sea eso mismo, su falta de experiencia teatral, lo que les impide ser audaces. Su obra, en que—digámoslo á lo galo—todo está bien porque todo termina bien, es la obra de dos literatos que aún creen en las preceptivas viejas. Cuando se curen de ese defectillo y utilicen las prendas que indudablemente poseen, harán obras más dignas de estima que esta de ahora, que, sin embargo, logra del público la acogida cortés que merece.

El club de los chiflados es otro arreglado del francés y *Los pollos cañón*... Bueno: *Los pollos cañón* son todo lo contrario, la antítesis perfecta de *Vidas cruzadas*.

ALEJANDRO MIQUIS



Una escena del acto tercero de «Los pollos cañón» (Fots. Pío)

CINCO ROSTROS DE PASCUA FLORIDA



CONCHITA PIQUER

EUGENIA GALINDO
Ornamento principal de Eslava

EUGENIA ZUFFOLI (Fots. Walken)

¡Pascua florida! El Sábado de Resurrección nos trae siempre una renovación del espectáculo, un poco monótono ya, de los escenarios madrileños. A las temporadas invernales, que aun en los tiempos que corremos suelen tener un empaque demasiado rígido, substituyen las campañas de teatro más alegre, en que este año ha de dominar la opereta; pero, si hemos de juzgar por los primeros carteles, con música genuinamente española. La opereta es, además, el género de las mujeres bonitas: lo que llaman los franceses «el físico del papel»; consiste, en ese caso concreto, en la máxima belleza combinada con la máxima gracia.

Este año, dos teatros de Madrid: el Centro, donde hace pocos días nos emocionaban las tragedias domésticas de las heroínas creadas por Camila Quiroga, y Eslava, donde María Palóu, primero, y Catalina Bárcena, después, nos han conmovido unas veces y regocijado otras, se abren á horizontes más regocijadores, ó, por lo menos, de un regocijo más superficial; y en ellos hemos de ver á las dos hermanas Suárez, Cándida y Blanquita, y á dos aplaudidísimas Eugenias, Zúffoli y Galindo.

Ellas y Conchita Piquer son las cinco mujeres bellas que debemos este año á la Pascua florida.



(Fot. Calvache)

BLANQUITA SUAREZ

Las dos famosas tiples del Centro



CANDIDA SUAREZ

(Fot. Walken)

C U E N T O S I N T I M O S

M I P R I M E R F R A C A S O

Fué en aquella edad ingenua y pueril en que nos enamorábamos de un bello retrato, de una sinfonía, de una estrofa, de una mujer vista en la calle un momento, de una heroína de novela, de la artista de moda y de la paradoja filosófica recién venida del Extranjero.

Entonces conocimos en el «baile de trajes» del Casino provinciano á aquella hermosa dama que, con su *toilette* lujosa y antigua, era como una estampa ideada por un pintor preciosista y arcaico.

La dama, con su gran escote cortesano, su pomposo traje sedero, que rememoraba la plétora coruscante del miriñaque, y su cabello de oro viejo hecho hebras, fué durante una época la síntesis señera de nuestros ensueños juveniles.

Desde aquel baile de máscaras que fué la comidilla femenil de la vieja urbe durante unos meses, la dama, con su tocado arcaico de cortesana de la Emperatriz Eugenia — falda hueca, hombros en forma de «botella de champán», ¡divinos hombros resbaladizos que puso en moda la española Montijo! —, fué la personificación, la heroína de amor de nuestros sueños de muchachos, congestionados de juventud y ya un poquito enfermos de literatura.

La vimos sólo aquella noche del baile de trajes, y su imagen, como grabada á fuego, quedó en nuestra memoria... A ella fueron durante largo tiempo dedicados nuestros versos, las líricas prosas, trémulas como balbuceos, vagas é indecisas como iniciaciones, con que ya entonces la emoción se desbordaba por la pluma, sin sospechar que con ello nuestra vida encontraba cauce y que por él, dolorosamente, tortuosamente, iba ya para siempre á cursar nuestra existencia.

Al fin, un día en el diario provinciano aparecieron nuestros primeros versos... Unas estrofas de claudicantes endecasílabos que, ineludiblemente, fatalmente, tenían la dedicatoria clásica: «A Ella...»

Composición en la que rimaban certeramente adjetivos y sustantivos, y armonizaban «sabios» con «labios» y «tesoro» con «oro», sin eludir las imágenes poéticas, á base de la nacérea carnosidad de los nardos sensuales y la encendida púrpura de las rosas de Abril.

Un viejo amigo, el profesor de Preceptiva literaria del Instituto, tuvo aquella misma noche la irónica benevolencia de presentarnos á la dama inspiradora...

Llegamos á su casa en el preciso instante en que el marido de la aristocrática musa, vestido de etiqueta para un banquete oficial en el Gobierno Civil, se despedía de ella... Un momento, casi ocultos entre los cortinajes del salón, con un pudor que más era cortesía, los esposos estuvieron abrazados, brindándose los labios...

Con esa fácil petulancia con que á los diez y siete años se quiere «perdonar la vida á los hombres y el corazón á las mujeres», disculpamos la «pública intimidad» del matrimonio pensando: «¡Al fin y al cabo, es su marido!» Nada más y nada menos.

La dama, otoñal, rubia, fina y blanca como



una ninfa boticellesca, nos acogió con natural complacencia en la sala de su hogar burgués... Nos tremaba el corazón como un pájaro asustado... Un sudor de emoción perlaba nuestra frente, y en las palmas de las manos heladas hormigueaban los nervios con frecuentes estremecimientos...

La dama nos contempló de arriba á abajo, como midiendo nuestra figura feble de estudiantillo... Bajo la limpia luz de sus pupilas garzas, nos sentimos vibrar, y una ola de fuego nos subió del pecho hasta la garganta y nos puso su ardiente rubor en las mejillas...

(Hora es en este íntimo relato sentimental de abandonar el tono plural, vergonzoso y un poco vanidosamente despectivo del «nos». Hay que hablar en singular, porque, ¡ay!, han pasado los bastantes años para que, desgraciadamente, nos podamos sonreír, y aun reír, de vernos en ridículo. Es un ridículo por el que á los veinte años hubiéramos sido capaces de matar, ó, mejor aún, de morir...)

Como decía, la dama, ignorante de la servidumbre voluptuosa que me imponía, lejana y

altiva como una reina para mi devoción amorosa, insensible á mi emoción del momento, me dijo, cariñosa, con acento casi maternal, finalmente halagador:

—¿Conque usted es el autor de esos versos tan bonitos que se publican en el periódico de hoy? ¡Parece increíble! ¡Si es usted todavía un niño!

Fué entonces cuando de golpe, con esa crudeza brutal de las desilusiones que nos ponen en el plano de nuestra pobre realidad, vi de pronto ante mí el abismo del fracaso y de la distancia que me separaba de aquella bellísima dama que, con razón, me trataba como á un hijo, como á lo que únicamente podía ser para ella...

El fracaso de mi ingenuo y romántico amor me llenó de pena, por mi pequeñez, por mi insignificancia...

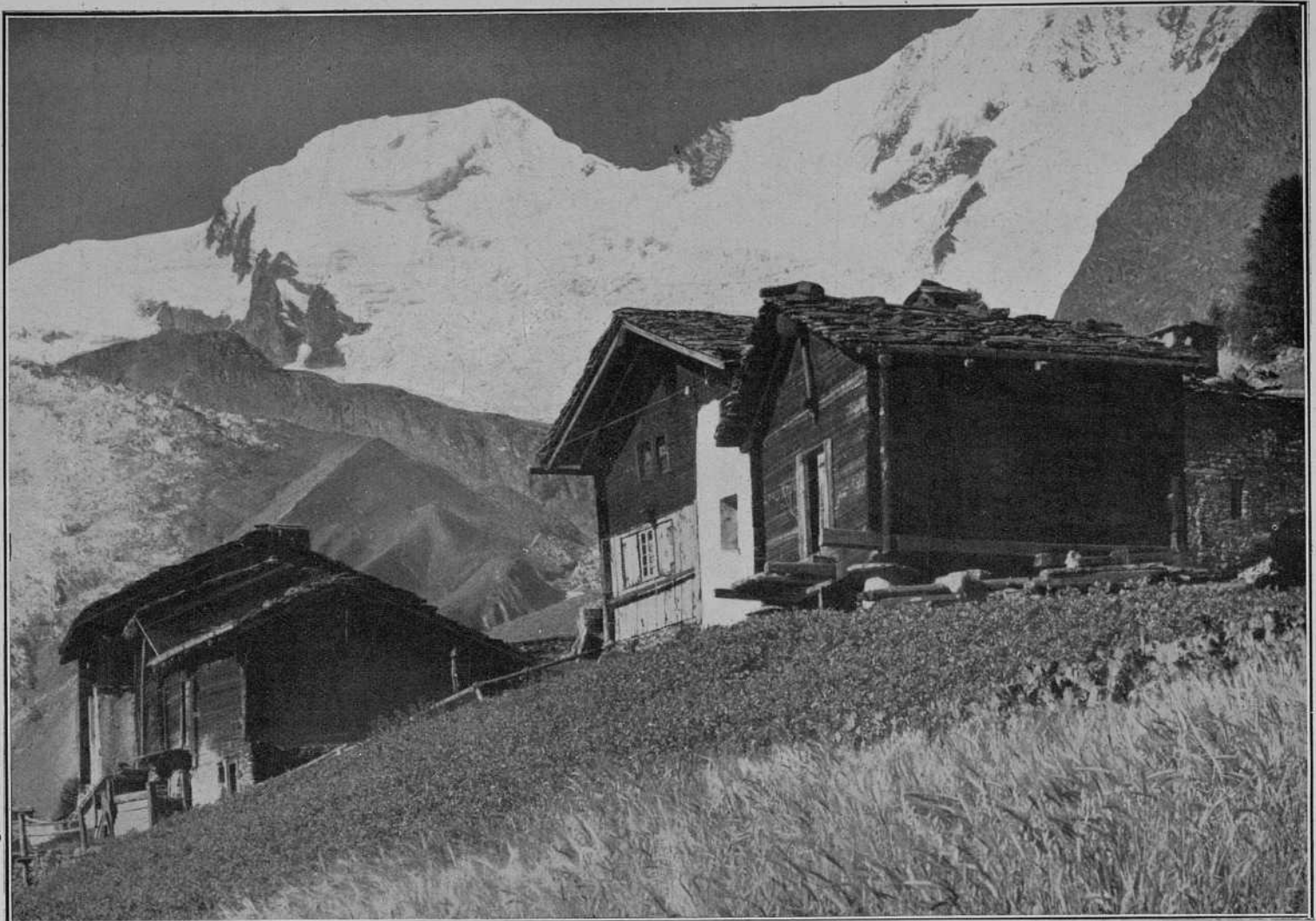
Aquella frase «¡Si es usted todavía un niño!» fué, sin duda, el primer dolor, el primer fracaso que contribuyó á irme haciendo esa cosa triste, egoísta y desesperanzada que se llama «un hombre»...

JUAN FERRAGUT

(Dibujo de Tejada)

CRÓNICAS FRÍVOLAS

EL IMPERIO DE LA NIEVE



Los albergues portátiles de madera...

YA está la senda florida.

Cada mujer descubre el alma de los rosales.

Las hemos visto detenerse por los caminos apartados, con un ramillete en las haldas, á pesar del vestido corto. Son entonces extravagantes figurillas de minué ó de jardín artificial, pero no dejan de ser mujeres.

Legiones de ellas nos han salido al paso. Ríen y cantan. El comienzo de la estación ha hecho florecer también sus optimismos.

Y, sin embargo, como la albura de sus



... que reza y llora en la capilla solitaria, mientras corona las cumbres el copo virginal

rostros aumenta á medida que apuntan los primeros brotes, creímos sorprender, en el primaveral júbilo del esparcimiento femenino, reminiscencias de la nieve.

Venían hacia nosotros contándose amoríos. Eran españolas, furiosamente españolas, algunas de un españolismo histórico, de leyenda y de abo-lengo. Y eran pobres, como el pájaro.

Las rodeamos. No ofrece muchas facilidades, en primavera, hablar con una legión de mujeres jóvenes. Carecen de seriedad. Adoran la burla y el cascabel de Arlequín.

Jamás han comprendido la tristeza de Pierrot.

—Pierrot—dicen—
—asusta con su cara de yeso y sus ojos espantados. Da frío. Nadie, como nosotras, sabe la vida de Pierrot. ¡Nos ha acompañado tantas veces á dormir sobre la nieve!...

¡La nieve!... Evocada desde un lugar, donde empiezan á abrirse los capullos, parece más nieve aún. Su color de Eucaristía anhela redimirnos. Conoce nuestras debilidades, analiza nuestros defectos, excluye nuestras imperfecciones, igual que una mujer eternamente en vísperas de matrimonio.

Las pobres doncellas cantarinas y reidoras señalan al horizonte turbio.

—Por allí vendrá mi galán.

—Y el mío.

—Y el mío.

—Con sus pieles de lobo nevadas y sus escarpines agujereados, porque vendrá de lejos.

—Como el feliz caballero de la Sonatina—agregamos nosotros.

Y no nos entienden. Pero no importa.

En la bobina de nuestra inquietud por lo que no existirá nunca—¡estamos locos, gracias á Dios!—se desarrolla el *film* del Imperio de la Nieve, hermana de la Azucena.

Decididamente, en brazos del disparate, y ante la perplejidad, un poco agresiva, de las doncellas, que no apostarían un maravedí en favor de nuestro equilibrio mental, nos situamos en la torre imaginaria del ensueño. Y apenas



Hay un clasicismo más profundo en la nieve que en el sol...

oímos el runrún del comentario y el murmullo de la risotada burlona.

¿Por qué no ahondar en el arcano de la nieve, ahora que nos inunda de perfume la primavera?...

De nuestros viajes, recordamos á la decrepita tullida que reza y llora en la capilla solitaria, mientras corona las cumbres el copo virginal. Y recordamos los albergues portátiles de madera en los valles frondosos de Suiza, luminaria de los Alpes, limpia como un espejo, y peinándose todas las mañanas en el mirador de la Naturaleza rebelde.

El abanico de mademoiselle tenía en la vitela el cromo de un paisaje nevado. Se abanicaba con nieve. Y había praderíos y pastores en el panorama. El abanico de mademoiselle quintaesenciaba el inocente primitivismo de la mujer ninfa y del hombre desnudo, que curaron con nieve del monte heridas de saeta. Y mademoiselle, tan rubia y tan pícara, talló en nieve el perfil de un bohemio que, incomprensivo y audaz, jugóse su amor á una carta, como el amante de doña Elvira.

¿Qué habrá sido de mademoiselle?...

Poco á poco fueron desapareciendo las doncellas del camino que durmieron sobre la nieve acompañadas de Pierrot. Aunque españolas, furiosamente españolas, las hemos adivinado hijas de la nieve. La melancolía primaveral de sus canciones trae silencio de país nevado. Es la perspectiva del contraste lo que nos obsesiona.

Nos molesta no ver nevar. Quisiéramos una primavera nevada; gris, á modo de peluca de maniquí cosmopolita, y elegante, como busto de medalla antigua.

Hay un clasicismo más hondo en la nieve que en el sol. Se conciben mejor las églogas cabe la choza semisepulta en nieve. Bajo el sol pueden triunfar las pasiones. En cambio, el aglutinante de la nieve las suaviza.

¿Habéis olvidado la parábola de aquel niño que cazaba esperanzas en el San Gotardo?... Las esperanzas, hechas nieve, fundíanse al contacto de la carne infantil, y el niño fué una esperanza más.

En el camino resuena aún la risa de las doncellas, y percibimos todavía el aroma de las flores que llevan en las haldas.

Corta el aire la golondrina ansiosa de calor.

Y, no obstante, la máxima soltura engendröse en el blanco velamen de los balandros, primogénito de la nieve.

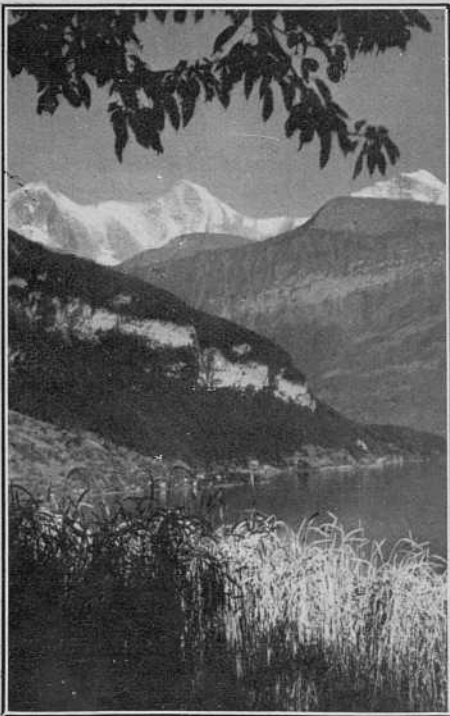
Blanquean de espuma los bordes de nuestra copa de champán. En las pecheras almidonadas luchan dos ímpetus blancos: el del almidón que enceguece y el de la perla que tornasola el ánimo. Nuestro brindis de despedida al amigo en trance de desposorio adolece, asimismo, de tonos blancos quizá en exceso. Y la mano blanca y aristocrática de la novia imita el tinte del armiño al asomar por entre la blanca rigidez de cortinajes y estores.

Debemos amar la nieve sólo porque es blanca, de un blancor de marfil nuevo, así como el de los crucifijos, sin desgastar por los besos de la devoción.

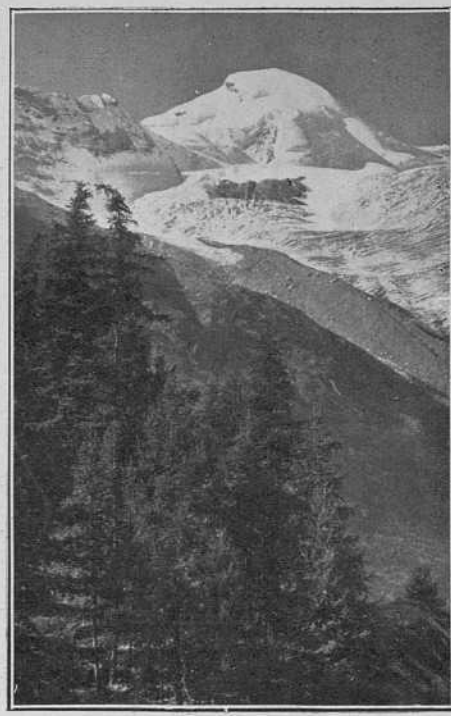
En el colmillo del elefante cifraron su orgullo ciertos próceres de la India; y en sus propios dientes, de blancura casi brutal, cifraban su entusiasmo los guerreros de la Nubia pretérita. El asirio cuya marfileña aljaba manchóse de sangre enemiga, expiró de pesadumbre. Un granate en la nieve es un sarcástico rubí en la toga pretexta.

Y, sobre todo, la nieve guardará vuestro secreto por los siglos de los siglos, si bien os lo devolverá en cuanto se lo reclaméis interpretando —¡cosas de locos, siempre cosas de locos!— al pie de la letra la Sinfonía en Blanco Mayor.

FÉLIX PAREDES



Quisiéramos una Primavera monda y elegante



El abanico tenía pintado en su vitela un paisaje nevado

EXCEPTO el conserje y yo, nadie supo cómo Luis Arista había aparecido en la redacción.

—¿Quién es ese chico?— se preguntaban los redactores.

—No sé. Parece que escribe versos.

—¡Vaya! ¡Como si los periódicos se hicieran con versos! Noticias, noticias. Eso es lo que se necesita.

Era don Diocleciano Ruiz, el cual llevaba treinta años con un montón de telegramas, que siempre parecía el mismo, encima de su carpeta.

Yo dirigía entonces el periódico. Un atardecer me hallaba encerrado en mi despacho, cuando el conserje me anunció:

—Don Enrique, ahí aguarda un joven que desea hablar con usted.

—¿Le ha dicho usted que estoy?

—Sabe él que está usted. Le ha visto entrar.

Me cogió en un momento no sé si de indiferencia ó debilidad.

—Bueno. Que pase— le dije al conserje.

En el despacho de un director de periódico se recibe á mucha gente rara, á muchos tipos extraordinarios que impresionarían con su facha y con las historias que cuentan á quien no estuviera harto del espectáculo. A pesar de ello, cuando se abrió la puerta y apareció aquel muchacho, me puse en pie súbitamente y estuve á punto de ir hacia él y tenderle las dos manos.

Era semejante á algunos que yo conocía, y, sin embargo, completamente distinto, como dos brillantes, uno bueno y otro falso, son iguales en apariencia. Lo curioso es que yo sintiera casi eléctricamente, nada más aparecer el mozo ante mis ojos, aquel fondo humano tan insólito, de un patetismo hondo, concentrado... Tendría unos veintidós años; pero hubo momentos en que, ya sentado frente á mí, me parecía un anciano. Yo veía perfectamente sus arrugas, su frente crepuscular, sus cabellos encanecidos, su labio desmayado con amargura. Y por borrar esta alucinación, iba detallando sus facciones: pálido, anguloso; un mechón como un vencejo caído sobre la sien; los ojos de acero, como bruñidos por la fiebre y por la vigilia; y una sonrisa que yo aún no sé si imploraba piedad ó la concedía, con rictus entre enérgico y suave, entre dulce y doloroso, que lo mismo podría insinuar una mueca de moribundo que ese gesto terrible de los héroes de barricada pintados por Goya. Todo el aire del mozo era así, como del que viene de un tumulto popular, tendido, destrozado, y se mete en el primer portal que encuentra abierto y sube arrastrándose la escalera.

—Siéntese, siéntese— le dije al punto, indicándole un butacón de cuero.

Me miró un momento.

—Siéntese—hube de insistir.

Entonces vi pasar por sus ojos la sombra de muchas mamparas cerradas de golpe, de muchas puertas que no quisieron abrirse. Y á seguida creí advertir en aquellas pupilas una claridad de campo recién mojado por la lluvia.

Un detalle llamó desde un principio mi atención, aunque procuré aparentar que no me fi-



jaba en ello: el joven mantenía desde que entró la mano izquierda metida en el bolsillo de su americana, completamente escondida, como si empuñara un arma allí dentro. Debí notar él mi observación, porque me dijo:

—¿Le extraña á usted mi brazo? Lo tengo casi impedido. Es de nacimiento...

Era un brazo raquíptico, seco, sin movimiento apenas. Envuelto en la manga fofa, aplastado contra el pecho, parecía avergonzarse de sí mismo.

Luis Arista era desconcertante. Tenía indigencias de mendigo y escrúpulos de gran señor; era humilde hasta el límite, y á veces despuntaba en él un raro orgullo; se descubría tímido y sonriente, tropezando en la alfombra ante el ordenanza que hallaba á su paso, y se tornaba esquivo y hermético cuando, al entrar en mi despacho, encontraba á ciertos personajes. Entonces saludaba fríamente y desaparecía en seguida.

—Es un pobre chico— explicaba yo á los que me pedían una justificación con la mirada.

Cierta madrugada que Luis Arista parecía embriagado por una cordialidad que lo hacía locuaz y comunicativo, hablamos largamente.

—Nada, hombre, nada. Usted triunfará— le animé—. Hay que resistir. Ya sabe usted que en España el triunfo viene despacio.

—Para mí no llegará nunca.

—No sé por qué no— le dije sin convencimiento alguno.

—Porque no lo deseo. Es más: me da miedo. No me veo á mí mismo triunfante, llevado y traído en las andas de la consagración... ¡Qué sé yo! Es un sentimiento raro. Porque admirando todo eso en cierto modo, y reconociendo su lógica y aun su justicia, le veo otro aspecto contradictorio: de glorificación explotada, de postura de vencedor que le hará á uno cruel y vanidoso sin darse cuenta...

—¿Cómo cruel?

—Sí, cruel. Sin querer, pero suscitando

envidias y malquerencias, prevaleciendo á costa del fracaso de otros. Eso de ser envidiado, de ser mal mirado, ese odio gratuito, pero comprensible, no tendría carácter para afrontarlo; Además, no creo en esa gloria. No he leído mucho, pero sí con cierto cuidado. Cervantes, Galdós, Zola, Gorki, Dostoiewsky... Pues por ningún autor ni ningún personaje siento la devoción que por mi padre...

—Como tal padre, claro está.

—No, no. Como todo. He pensado mucho en esto noches y noches— esas noches en que uno está desvelado en cama—, porque á mí mismo me parece absurdo; pero coloco al lado de mi padre imaginativamente á los héroes de mis lecturas, y empuñan. Ninguno me inspira el respeto, la ternura y la admiración que él. Repito que no es un sentimiento filial. Mi ambición personal é ideal más alto hubiera sido ser como mi padre. Y era un obrero anónimo, vulgar, sencillo, de inteligencia común—no me ciega el cariño—; pero era esa cosa universal y eterna que no sé si llamar multitud ó humanidad.

Luis Arista era de Asturias, de un pueblecito de la cuenca minera. Su padre, trabajador de la mina, quiso que Luis estudiase una carrera modesta, viendo la imposibilidad del niño para el trabajo manual. La madre había muerto tísica cuando Luis tenía nueve años, una tarde de otoño, mirando á través del cristal cómo un sol ingenuo y blando se obstinaba en dorar las ásperas vertientes, de vegetación arrasada por el carbón de la mina.

El muchacho era de naturaleza enfermiza. Sus estudios veíanse interrumpidos por largas enfermedades. El padre, al pie del lecho, dábale cuidadosamente la taza de caldo. ¡Aquella mano paternal y enorme que casi tapaba el cuenco, cuyos dedos eran tan robustos, que apenas podían liar el cigarro!

Una mañana trajeron al padre, entre un corro de mujeres, muerto, aplastado por un desplome, con la cara hinchada y negra, y con tierra aún en las cejas y en la comisura de los labios. Luis se vió entonces con sus diez y nueve años solo ante la vida. Cogió los pocos ahorros que el padre guardaba y vino á Madrid. Quería trabajar en algún escritorio y seguir estudiando al mismo tiempo, para lograr un título de maestro. Soñaba con una escuelita en el corazón de la montaña, solo con sus alumnos, un estante de libros y algunos periódicos. De oficinista toda la vida, no. El campesino que había dentro de Luis amaba el aire libre, los ribazos verdes, las sendas solitarias de la montaña, el agua corriendo entre las piedras... No era otra el aula en que él educaría á sus discípulos.

Pero apenas llegó á Madrid se dió cuenta de que todo estaba ocupado. Se recibía la sensación de que los hombres llevaban siglos transmitiéndose los cargos de padres á hijos, por muy mez-

quinos que fueran los sueldos, del mismo modo que algunos mendigos legan á otros su puesto de pedir limosna. En las oficinas y en los talleres se veía á hombres viejos, agotados, que debieran de estar ya descansando con una decorosa jubilación, en tanto la juventud buscaba en vano el sueldo que le permitiera vivir por sí misma, sin comer la sopa del hogar, donde la estrechez era una constante agonía.

Luis Arista pudo conseguir, al cabo de bastante tiempo y de innumerables gestiones—también es cierto que su manquedad le daba ese aire anormal que siempre inspira recelo al burgués—, un sueldo de diez duros mensuales, por llevar la contabilidad en cierta modesta casa de comercio. En esta lucha sus estudios se habían entorpecido. En cuanto lograrse estabilizar un poco su vida, los organizaría de nuevo. Pero aquellos diez duros eran insuficientes. Le quedaban bastantes horas libres. Era necesario buscar algún ingreso más. Entonces tuvo una esperanza: él escribía allá en su rincón asturiano artículos, versos y cuentecillos en cierto periódico que publicaban los mineros. ¿Por qué no intentar una colaboración, aunque fuese muy modestamente retribuida, en algún periódico cortésano?

Así fué cómo Luis Arista llegó á mi despacho. En verdad, yo tenía poquísima esperanza de poder favorecerlo en sus aspiraciones. Sobran firmas y redactores en el periódico. Firmas excelentes que cobran en calderilla, y redactores inteligentísimos y expertos que se veían obligados á atender á uno ó dos empleos, además del periódico, para poder seguir siendo pobres y austeros.

Una noche de las más frías de Diciembre, á eso de las doce, llegó Luis Arista á mi despacho con un aire raro, con una inquietud especial, como si quisiera decirme algo y no se atreviera. Saludó y tomó asiento. Después dió unas vueltas por la estancia. Vino hacia mi mesa. Se sentó. Tornó á levantarse. Yo, haciendo que trabajaba sin fijarme en su actitud, pensé: «Vamos. Llegó por fin el momento. Este va á pedirme dinero.» Me pareció que tenía cara de hambre.

—¿Qué le pasa á usted?—le pregunté por fin.

—Nada...

Quedó un poco confuso. Luego añadió, como á trepezones:

—No sé si sabrá usted que hace más de un mes perdí aquel empleo... Ha sido mía la culpa. Discutí con el dueño. Comprendo que á veces hay que ser hipócrita; pero me es tan humillante mentir, aprobar servilmente una injusticia, consentir una idea innoble... Quedaría desarraigado. Mi fuerza moral es lo único que tengo. Perdóne. Me parece que estoy interrumpiéndole... Pero es que quería pedirle un favor.

—Usted dirá.

—En la casa de huéspedes donde estaba me han negado alojamiento hasta que satisfaga mis atrasos. Es gente pobre, humildísima, que no dispone de recursos. No sé ni cómo logran sostenerse. Les he dejado mi maleta y mi ropa en prenda... Yo le agradecería á usted, si no le parece mal, si no le es violento...

—Dígame.

—Que me permitiese dormir esta noche en la redacción. Ya lo ve usted: no sé ni ser bohemio... Me impone demasiado la idea de tener que pasarme la noche al raso; sobre todo, de quedarme dormido por ahí y

que los guardias me tomen por un hampón.

—No faltaba más. Puede usted pasar la noche aquí. Amigo, si quiere dormir fuera, por el dinero no hay dificultad. Con toda franqueza...

El rostro pálido de Luis Arista se puso encendido. Diríase que la sospecha de que yo lo considerase un sablista más que sabe hacer á maravilla la historia de sus calamidades, le llenaba de confusión y vergüenza. Su espíritu, afinado por la adversidad, era cada vez más sensible. Rechazó mi oferta con monosílabos atropellados, con entrecortadas frases:

—No, no; eso no. Muchas gracias. Comprenderá usted que lo que yo necesito, es decir, lo que yo quisiera... Le ruego que no vea en esto un reproche.

—No, hombre, por Dios. Si tiene usted razón. Necesita usted ganar dinero, tener un sueldo. Lo merece usted. Si yo fuera el dueño de esto, su caso estaba resuelto. Pero no tiene usted idea...

—Si la tengo. Sobre gente en todas partes; hay demasiada gente que sabe hacer bien las cosas. Somos demasiados en esta casa que es España, ó, al menos, esta es la impresión que recibe el que tiene que luchar por la vida. Yo estoy convencido de que si lograse un puesto en cualquier ocupación, se lo usurparía á otro tal vez más necesitado que yo. ¡Si viera usted los aspirantes que tenía mi empleo de diez duros!

Antes de abandonar el periódico, ya de madrugada, metí un billete de veinticinco pesetas en un sobre y lo deposité en un bolsillo del gabán de Luis Arista, que se había quedado solo en el perchero. Al día siguiente, el portero de mi casa me entregó una carta. La abrí. En una cuartilla había estos renglones:

«Mi respetable amigo: Estos cinco duros que aparecen en mi bolsillo no pueden ser más que obra de su bondad. Perdóneme, pero me resisto á tomarlos. Si no fueran de usted, menos los podría aceptar. Y en ese caso, le ruego los devuelva á su generoso dueño. Yo quisiera poder seguir yendo por la redacción; es mi único refugio. Pero me sonrojaria demasiado aceptar préstamos que, por no estar en condiciones de poder devolverlos, se me antojan una limosna. Perdóneme este orgullo. Ojalá algún día pueda demostrarle el agradecimiento que le debe su amigo y servidor. Luis Arista.»

Luis Arista estuvo unos días sin dar señales de vida. Cuando se presentó de nuevo ante mí, entró con aire encogido, como el que viene á

pedir indulgencia por una mala acción. Lo encontré muy cambiado. Por aquellos días su lucha debía ser muy angustiosa. Sus facciones parecían más escuetas, más estilizadas. Su rostro era casi transparente, lleno de facetas cual una piedra misteriosa. Me miró fijo, como si no me viera, como si sus ojos febriles, de mirada más fulgurante que nunca, mirasen hacia dentro.

—¿Qué es de su vida?

Por primera vez me contestó con un gesto. Y al tenderme la mano, su única mano puede decirse, me pareció que estaba demasiado caliente para el frío de aquella noche.

Sonaba el timbre de mi teléfono en ese instante. Era el aviso de un fuego enorme que se había declarado en un barrio extremo. Me asomé á la sala de redacción. No había en ella nadie más que el vejete de don Diocleciano Ruiz. Dormitaba sobre sus telegramas. Ni un solo reportero de sucesos. Uno, enfermo; otro, en provincias, siguiendo la pista de un suceso sensacional; otro había salido á completar la información de un crimen ocurrido por la tarde...

Pensé en Luis Arista. A mí no me importaban sus versos. Ni entiendo de versos, ni creo que los versos sirvan para nada. Me importaba su prosa ágil y sobria, que yo había leído en ciertos recortes que él me enseñaba con la colaboración gratuita que seguía enviando á la hoja minera de su terruño. Era aquella una oportunidad para hacer algo por el mozo. Si Luis Arista lograba un triunfo con su información, yo podría hablarle, con alguna probabilidad de buen éxito, al presidente de la Empresa. Precisamente esperaba yo aquella noche la visita de don Fermín.

Rápidamente le di á Luis Arista la misión:

—Tome. Coja usted el primer taxi que encuentre—advertí, poniendo en su mano unas monedas—. A ver qué información hace usted. Númerelas cuartillas para que no se haga un lío después. ¡Adiós!

Salió corriendo, como embriagado por aquella súbita felicidad. Me froté las manos. En esto sonó en la calle un frenazo de automóvil, como un alarido animal, y se oyeron voces confusas. Abrí el balcón y me asomé un segundo...

Cuando llegué á la calle, tres sombras luchaban por sacar de debajo de un auto el cuerpo de un hombre. Don Fermín, el presidente de la Empresa, se había bajado del coche y estaba un poco aparte, consternado, llevándose las manos á la cabeza, como si le horripilase ver aquello...

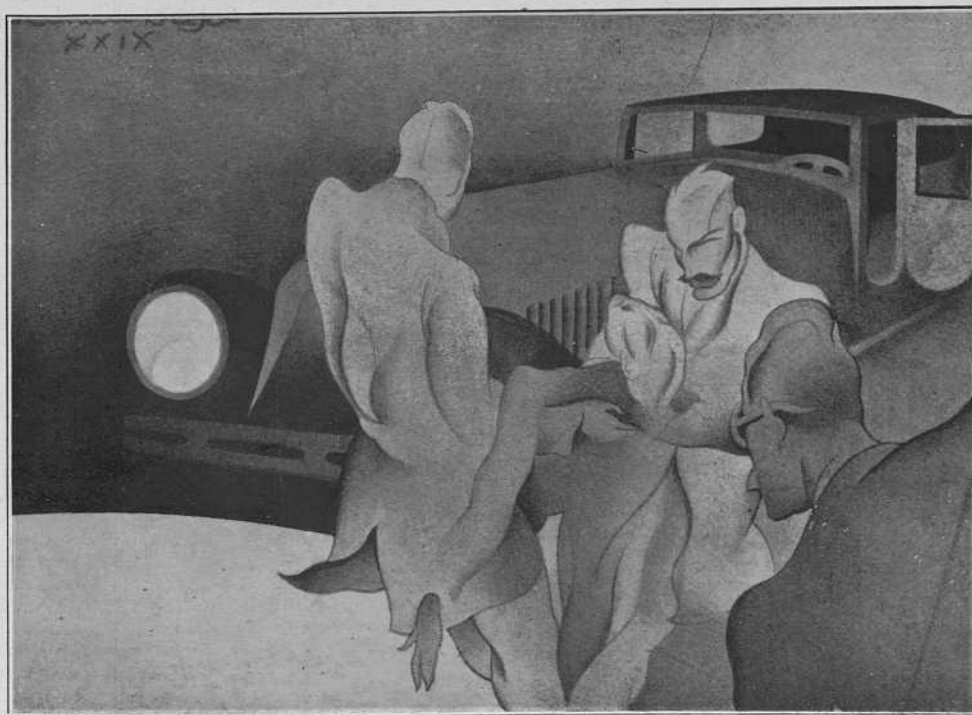
Aquello era Luis Arista, ya sin vida, como un espantajo de trapo. No olvidaré su cara blanca con una muñeca, y aquel brazo que por primera vez vi fuera del bolsillo, dejando asomar por la manga negra y abollada una mano inverosímil, una mano que parecía la de un niño...

Tuve el impulso aquella noche de hacer un sentido suelto necrológico á la memoria de mi amigo; pero las circunstancias que concurrían en su muerte me hicieron cambiar de parecer. Don Fermín era un hombre tan caballeroso como sensible, y hubiera sido cruel amargarle más aún por aquel atropello del que no tenía culpa, y que tan visiblemente le había afectado. Ni siquiera me pareció discreto publicar la noticia.

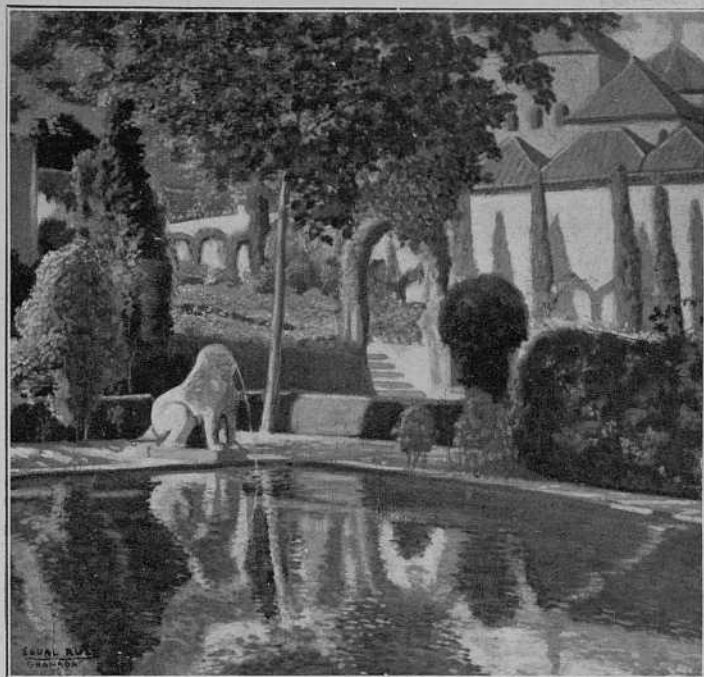
Ahora creo que me remuerde un poco la conciencia...

ANGEL LAZARO

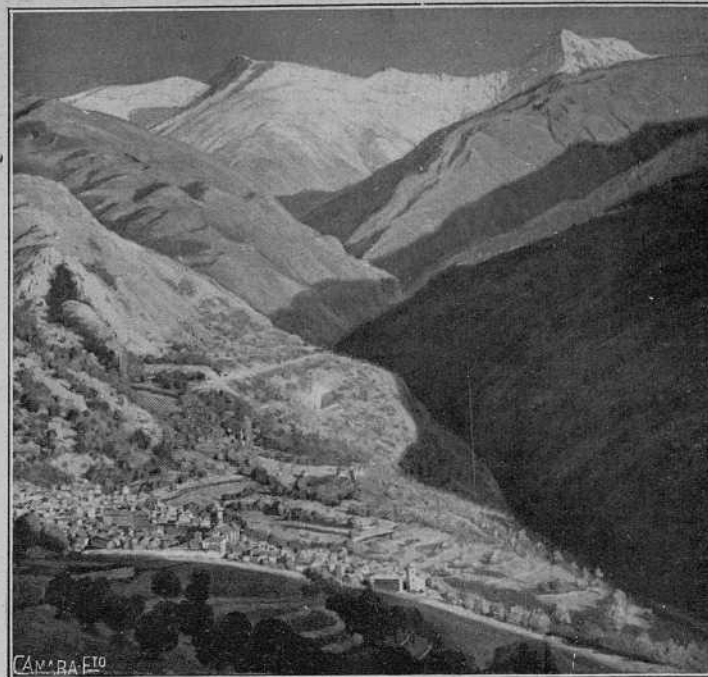
(Dibujos de Renau Beger)



Tres sombras luchaban por sacar de debajo de un auto el cuerpo de un hombre



«Alberca de la Mezquita de Granada», cuadro de Igual Ruiz



«Güéjar y Sierra Nevada», obra de Igual Ruiz

VIDA ARTISTICA

IGUAL RUIZ Y SU OPTIMISMO JUVENIL

EN el Museo de Arte Moderno se celebra actualmente una Exposición de paisajes originales de Igual Ruiz. Es una clara visión de lugares granadinos y mallorquines. Ofrecen á la mirada del contemplador como una fiesta exaltada y paradisiaca en que los colores cantan con fresco acento juvenil, con optimista júbilo. Se siente, en medio de estos cuadros, el gozo de vivir y amar la belleza que anima toda la obra del joven artista como un reflejo estético de su propia existencia.

Igual Ruiz es valenciano. Ya en otras ocasiones he buscado, para lógico impulso inicial de su evolutiva y progresiva trayectoria por un camino luminoso hacia síntesis serenas ó sinfónicos apasionamientos, ese primer principio levantino. Valencia está siempre en esa actitud infatigable de la maternidad fecunda que ve partir á sus hijos deslumbrados de la claridad natal. Les sabe, además, dotados de una fina sensibilidad cromática, de un sentimiento efusivo para contemplar á la naturaleza como una amante siempre joven.

No se podrá nunca silenciar á Valencia cuando se hable de hitos y surtidores artísticos en España.

Igual Ruiz, sin desdeñar rostros y formas humanas, capacitado con singular gracejo lineal para la estampa decorativa ó el dibujo de revista, se manifiesta pronto como paisajista. Es en este aspecto pictórico en el que persiste y se define cada vez con mejores resultados.

En la Residencia de Paisajistas del Paular—cuando tenía esa organización su encanto fértil de los comienzos y de la selección autorizada por el relieve anterior de los futuros pensionistas—; luego en los Certámenes Nacionales y alguna personal, se empieza á destacar Igual Ruiz.

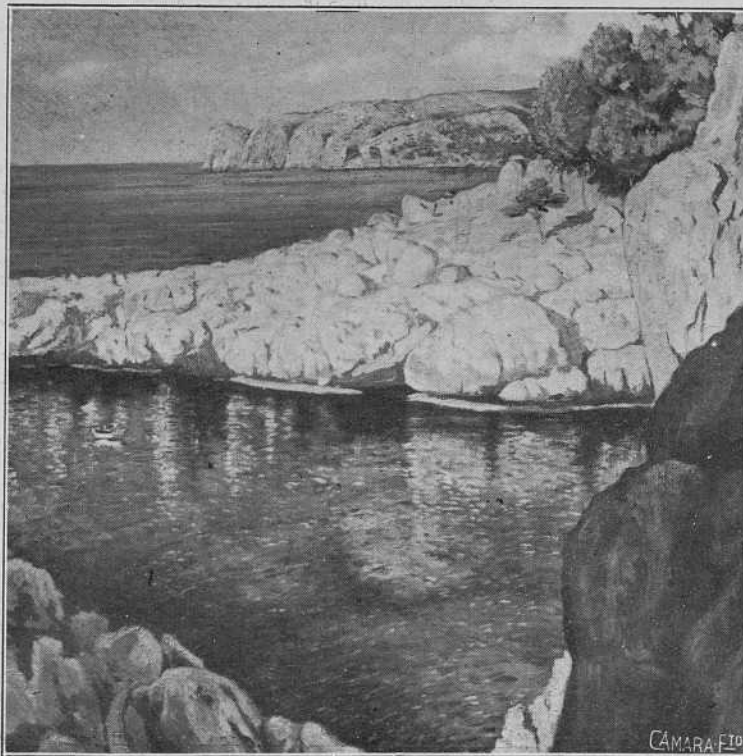
Marcha á Suiza. El año 1924 exhibe en el Salón del Círculo

de Bellas Artes una serie de paisajes castellanos, valencianos y suizos. Se reconoce en él uno de los valores juveniles más certeramente lanzados hacia el triunfo. En 1926 obtiene en la Nacional una tercera medalla con el cuadro *La tarde*.

«Igual Ruiz—comenté entonces—ó el Evehé radiante. No importa que el cuadro sea un lago suizo ó un paseo valenciano. El da su nota de tenor en un dúo con la naturaleza. Y se embriaga de la voz que lanza y se complace en extenderla sobre cuanto evoca. Son, pues, los cuadros de Igual Ruiz dúos que se transforman en romanzas. Se oye á la naturaleza bajo el galán

impetu de quien la corteja por el gozo de escucharse. (Advertencia á los competidores: sólo teniendo dotes de pintor y entusiasmos de artista se pueden conseguir lienzos como estos dos tan sonoros)».

Han pasado tres años—largo período capaz de contener infinitas posibilidades cuando se tiene el ímpetu optimista y la fe en sí propio que animan á Igual Ruiz—el paisajista torna á Suiza, expone allá sus obras, la crítica helvética le elogia sin reservas, alterna sus estadas en el Extranjero con las españolas en la Residencia de Granada, en Mallorca y en su ciudad natal. Nuevas exposiciones que el éxito acompaña siempre y obliga á crear nuevas obras. Por último, es uno de los dos pintores españoles designados para inaugurar las becas que concede Francia en su Casa Velázquez de Madrid. Y el artista que desde el invierno de 1924 no afrontaba con un conjunto expresivo de su pintura el juicio de los demás, reaparece en Madrid con la serie de lienzos granadinos y mallorquines que en la primavera madrileña de 1929—tan luminosa también—van á definir de modo concreto la nueva faceta estética de un talento pictórico tan bellamente dotado.



«La cala (Mallorca)», obra del pintor Igual Ruiz

Ya se dice que el conjunto sugiere en seguida una visión optimista. Los tonos elevan sus acentos cromáticos con gallardía y potencia sonoras. Los temas están deliciosamente contagiados de ese fervor tan juvenil del artista á quien no parecen quebrantar obstáculos ni entristecer desengaños. La Granada, la Mallorca de Igual ofrece á esa primera mirada—en la que quisiéramos absorber todo, y somos, sin embargo, absorbidos por lo que nos agrada repentinamente—el dionisiaco frenesí de una embriaguez colorista. Tierras ambas amadas del sol, no dejan de ser

solicitadas por los pintores del mundo. Sus motivos se repiten indefinidamente. Las calas, ensenadas, valles y huertos mallorquines; la vega incomparable, la Alhambra y sus bosques, los cármenes y las pintorescas callejas, y las barrancas y silos gitanescos de Granada se reiteran á lo largo de la pintura universal. En la ciudad andaluza radica una Residencia de Paisajistas, costeada por el Estado; en la isla balear, esparcidos por sus diversos sitios de hechicería de los ojos y del alma, pintores llegados de todos los países van glosando los espectáculos eternos, y, sin embargo, cambian según el que les contempla y refleja.

Igual Ruiz se ha entregado, como tantos, á la doble seducción de Granada y de Mallorca. Esa misma impresión de deslumbramiento feliz, de baño en la luz y en el aire oloroso á jardines y yodado á mar, de que son trasunto fiel sus lienzos, le fué otorgada ampliamente. Hay cuadros que así lo atestiguan y donde nada desdice ni desilusiona al que ahora, nostálgico, las calmas baleares ó el sensualismo morisco de la Alhambra. Con las siluetas y los arabescos rítmicos bien conocidos se contiene la íntima esencia espiritual de los ambientes que la nostalgia ahita ó el deseo insatisfecho hacen gratos á la mirada. Ese optimismo juvenil, que es una de las mejores condiciones del artista, los ha sabido captar certeramente.

Pero, poco á poco, una segunda mirada, el sosiego en que se remansa la turbulencia primera, consiente descubrir que no todo son cálidas fulguraciones solares, ni voluptuosos vernalismos de jardín granadino, ó azules tranquilos y profundos de las calas donde se saturaron de belleza infinitos pintores.

Se ven entonces los lienzos mejores; se com-

prende entonces cómo no hay sólo temas de tonos en el conjunto, y cómo á este galán impetuoso ronda ya una grave madurez, todavía insospechada por él mismo, pero no menos latente sin embargo.

El Igual Ruiz de los años en la sierra castellana, en la montaña helvética, sintió en la mollicie granadina y en el letargo mallorquín la llamada de las cumbres. Hace bien en escucharla. Sus mejores obras, sus más personales cuadros, le esperan allí en motivos recios, fuertes, hen-

chidos de viril energía.

Esos cuadros son, ante todo, *Güéjar* y *Sierra Nevada*, que descubren con un aspecto casi inédito la entrañable grandeza de la tierra granadina más allá de las pandereterías gitanescas y jardineriles, ó de las fantasías para turistas y tarjetas postales de la Alhambra. El aprendizaje montañista de Igual Ruiz encuentra en este cuadro medio de demostrar que ya es maestría jugosa y certera; *Sol poniente*, nota de austeros grises, de sobrio acento, de majestuosa ternura; *El Albaicín*, no visto como los virtuosos de la tablita, la acuarelita y la anecdotita florida, sino con una sinfónica grandeza que escapa á los frívolos perseguidores del color local; *Deya* y su pintoresco atrevimiento topográfico, que recuerda el de otros pueblos granadinos, como Salobreña y Almuñécar, reptante y culebreante de senderos y casas hasta emponazar el seno del cerro con el castillo árabe ó la iglesia cristiana...

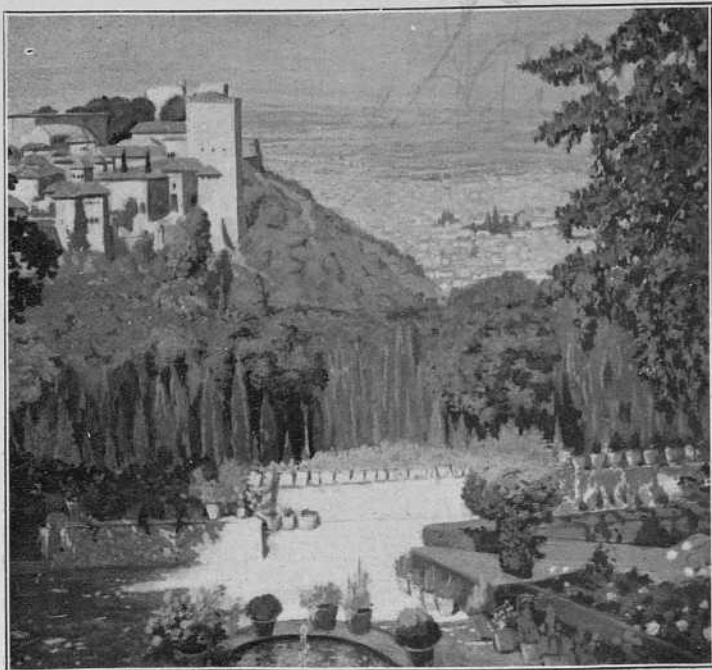
Es en estos cuadros, y en los que ofrecen motivos y logros semejantes, donde la evolución progresiva de Igual Ruiz se manifiesta arrogante, sin petulancia y segura sin monotonía.

Y se comprende que aquella mocedad impetuosa lanzada desde Valencia á Madrid hace diez, doce años, y giróvaga después por el mundo, en insaciable búsqueda de paisajes distintos, está ahora en la actitud y fortaleza de un escalador de cumbres que se complace en mirar hacia abajo, sin sentir vértigo ni tener miedo á las cimas que todavía ha de alcanzar con esa misma alegría y agilidad juveniles donde la madurez empieza á poner su sabiduría experta.

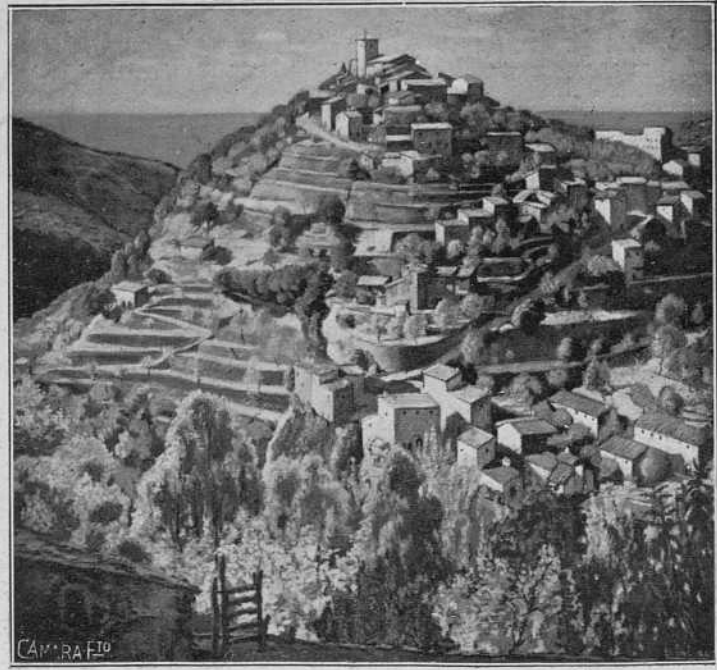
José FRANCES



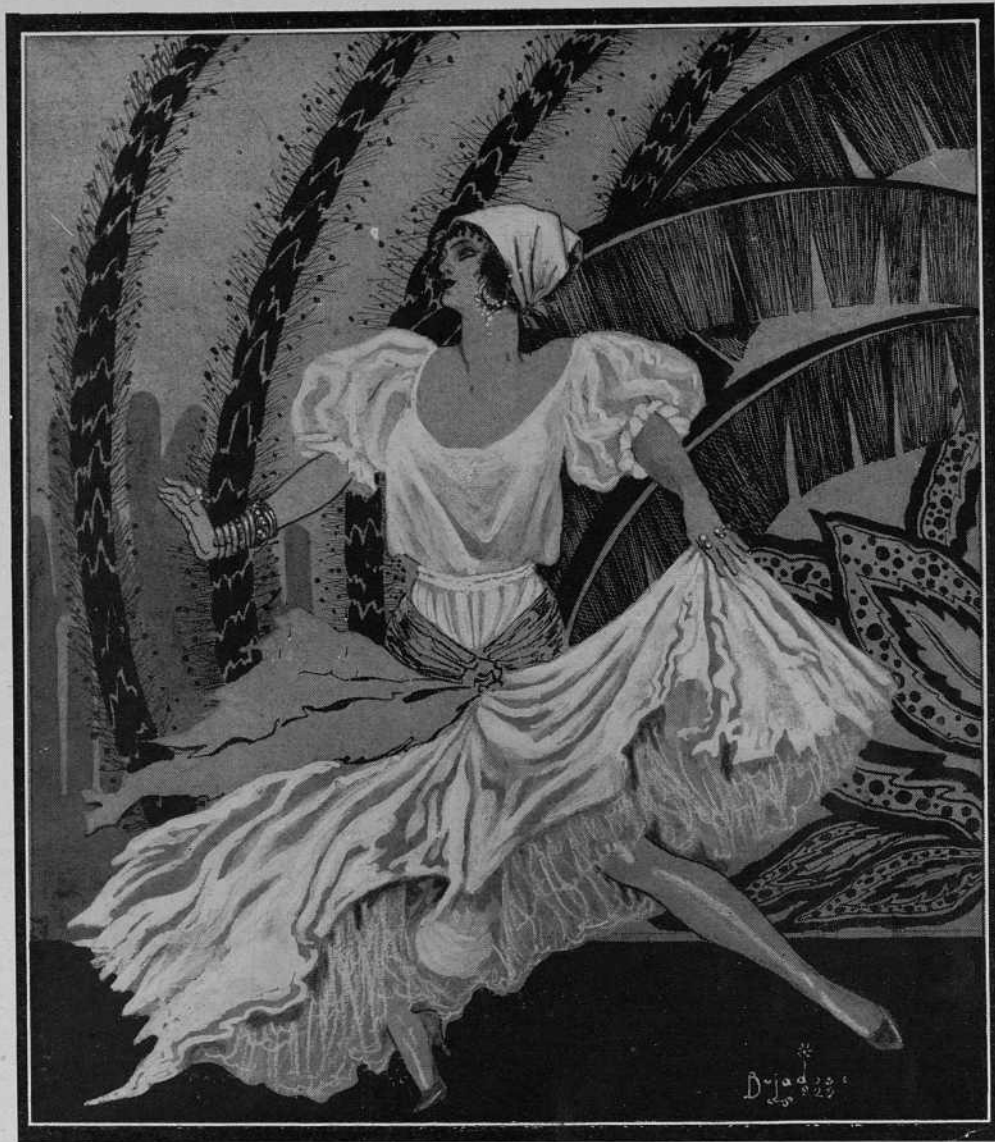
«Sol poniente en Mallorca», pintura de Igual Ruiz



«La Alhambra y Granada»



«Deya (Mallorca)»



LA DANZARINA DORADA

Danzarina mulata
que en el aire sacudes tus pulseras,
llenas de mares y de territorios.

Traes la zona tórrida en el seno,
y en tu piel de naranja mandarina,
mezclado con la sangre de los pájaros,
el oro en caldo vivo
que hay en las minas de los horizontes.

A tu cintura atadas
vienen todas las olas del Atlántico,
mozas viriles y desmelenadas,
que vanamente quieren en la arena
coger los restos del faldón de espumas.

En tus ojos, la noche
se ha tendido á dormir, negra y desnuda,
tranquilamente, como en una hamaca,
atada al cinturón de dos palmeras.

Entras á saltos en el escenario,
magnífica y dorada,
igual que una leona en el noviazgo.

Tus promesas descienden como dátiles
sobre las manos trémulas que aguardan,
abiertas como miles de abanicos de guano.

¡Torre de mieles rubias! Hembra de regaliz,
cogollo, tronco y cepa

de caña azucarera. Color y movimiento,
el ritmo marcha como por la estera,
el azúcar caliente hacia el embudo.

Tú goteas la miel como las pailas,
y eres un «centrífuga» vibrante,
mostrando al yanque vigoroso y frío
—flor de la zafra—el ceñidor moreno.

Cuando bailas, la música se encela,
y entre tus pies las notas
se quedan trituradas,
como el maíz tostado
bajo la piedra de las buenas indias.

Juegas con nuestros corazones, ágil
como con el balón los futbolistas
y el mastín orejón con las alondras.

Y, sin embargo, tu cabello es una
paloma negra que en tu frente de oro
se desplumó de una perdigonada.

Eres como guitarra emigratoria
en las manos de un negro apasionado
que fué siempre abrazado á tu cintura,
puliéndola con bárbaros marfiles,
y que ahora retornas á Occidente,
como sirena entre salitres y algas,
en las pupilas muchos soles náufragos.

Pese á la adelfa ensangrentada y roja
de tu labio felino,
el turrón almendrado de tus dientes
es el mejor para las Nochebuenas.

Tus formas saltan como dos triguillos.
Y están bien esa carne de avellana
y el sabor de langosta de tu cuerpo
para una romería bárbara.

Tu cuerpo sabe desnudarse en música,
igual que las palmeras del Desierto,
van dejando caer pencas maduras,
para lucir la desnudez del tronco,
como ciertas mujeres, prenda á prenda.

¡Ojos ecuatoriales,
acariciando cálidos y finos,
igual que dos murciélagos de membranas de soda!

Tu corazón frutal es todo música.
Tus largas piernas de ámbar
traen aromas del mejor tabaco.

¡Agrimensores de las travesías,
en el deporte de los submarinos,
tus brazos musicales,
se han tendido en el mar como golfines!

(Dibujo de Bujados)

ALFONSO CAMIN

EMOCIONES DE PARIS

EL ULTIMO AVATAR DE MONTPARNASSE

A quienes aún hemos conocido cierto Montparnasse *bon enfant*, lleno de tipos estrafalarios y de increíbles candores, sede litúrgica de la bohemia cosmopolita, no deja de chocarnos este de hoy, muy diferente, ignoramos si mejor ó peor, que á la postre contradice al de ayer. Con más carácter ó con menos carácter, recuerda apenas lo que fué años atrás tan pintoresca encrucijada del mundo, y siendo encrucijada del mundo todavía, es otro mundo el que pulula por la pintoresca encrucijada.

Montparnasse evoluciona de continuo. Desde los días ya lejanos en que lo poblaban apaches y *marlous*, hasta nuestros días, media un abismo de avatares. Ha fraguado revoluciones serias y revoluciones de opereta; ha visto perecer de fiebre á Modigliani y emborracharse á Utrillo; ha asistido á la génesis del *fauvisme*, que tuvo su boga, y del cubismo, que deificó á Picasso; ha descubierto la gracia inédita de la escultura negra y la estética del *puzzle*; ha hecho honor á la armonía paradójica del *jazz-band* y á la epilepsia divertida del *charleston*, todo ello noblemente, casi místicamente.

Ahora el barrio bohemio se transforma otra vez y pierde, al cabo, aquella mágica inocencia que lo aureolara la víspera, Babel ebúrnea abriendo de improviso ventanas á los voluptuosos jardines de ultramoderna Babilonia. Un ejército de *rapins* huye hacia los límites de Montrouge, á fin de refugiar su anhelo puro y su hambre lírica allende las derruidas *fortifs*, conforme asaltan sus antiguos dominios nuevos invasores. Los *montparnos* actuales visten bien, se identifican *snoobs* antes que artistas, pertenecen á una bohemia dorada ó sobredorada, y sus extravagancias vaticinan la futura moda. Eso sí, según advertiréis, Montparnasse sigue manifestándose color del tiempo; pero el tiempo ostenta varios colores, y Montparnasse, dentro de su tiempo siempre, varía de color á pasos agigantados.

La que otrora implicaba una austera Tebaida del arte, al presente, mientras sus eremitas emigran á Tebaidas de *banlieue*, florece bajo la tiranía



La Rotonde, café clásico de Montparnasse

de unos representantes, ni por asomo austeros de la época. Tras su *comptoir*, el *barman* construye diabólicos paraísos líquidos que nos llevan camino del infierno; mil señoras maduras giran en brazos de *danseurs mondains*, á los cuales regalan un billete luego de cada baile; las ninfas acarician los talonarios de faunos con gabán de pieles, y los *gigolos* se apasionan por los collares de sus conquistas emperladas; abundan los efebos de ojos maquillados y las *garçonnes* de corbatas masculinas. Este aquelarre *chic* se celebra á favor de recintos lujosos, cuya desnudez al gusto último evoca salas de operaciones ó cabinas de trasatlántico en su atormentada simplicidad de líneas. A las puertas de las *boites* nocturnas se estacionan automóviles particulares, para partir en pos de destinos turbios... Poco á poco ilustran la crónica del paraje estafas ingeniosas y adulterios distinguidos. ¡Oh! Montparnasse se elegantiza, se refina á la manera de los quesos y las perdices que exigen los *gourmets*.

No conseguimos desechar la preocupación de

sacrilegio frente á las moscas de la plaza pública; moscas de oro cual la simbólica de Zola, perturbadoras del santuario. Cuando los *montparnos* no vestían bien ni estilizaban la bebida, no menudeaban alrededor suyo adulterios de ninguna clase, porque brillaba por su ausencia el matrimonio, ni prosperaban las estafas geniales, porque no existía dinero que estafar; el júbilo y la misma desvergüenza mostrábanse sanos y castos á fuerza de pueriles ó á fuerza de solemnes.

Se trataba del limbo erigido en elíseo; mas lo ha desvirtuado un enjambre de inquietantes réprobos y encantadoras diablesas.

Mañana Montparnasse substituirá á Montmartre, esa desvencijada caja de Pandora donde expiran vicios caducos. Los pecadores á la *page* necesitan pecados *dernier cri*, no perversiones *demodées*, y el Montparnasse del momento, con sus aventureros flamantes y sus rumbosas jezebels, se adapta al ambiente del siglo en curso igual que se adaptó al ambiente del siglo XIX Montmartre.

Pronto, aparecerá el cantor del originalísimo *yoshiwara up to date*, un cantor superrealista de ideas harto dúctiles á la sombra de cabellos harto engominados.

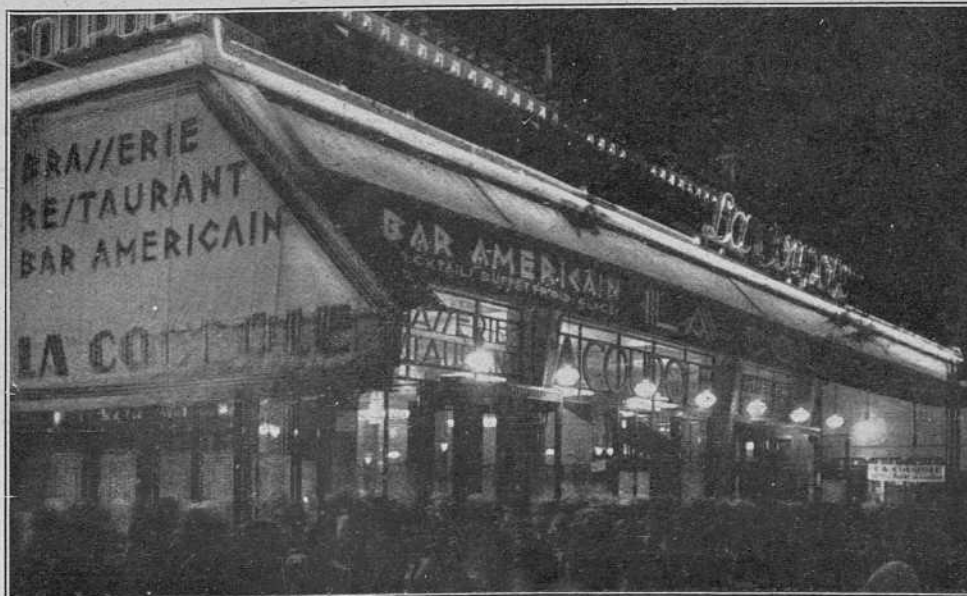
Entretanto, perdidos á lo largo de sus *palaces* confusos y quizá entorpecidos por culpa de sus *cocktails* esotéricos, en medio del insólito Mont-

parnasse de los *cabarets* sensacionales con botellas de *champagne* y trajes de *lamé*, pensamos que el Montparnasse pobre compendia la ilusión andrajosa, y su apogeo fastuoso compendia la riqueza desilusionada.

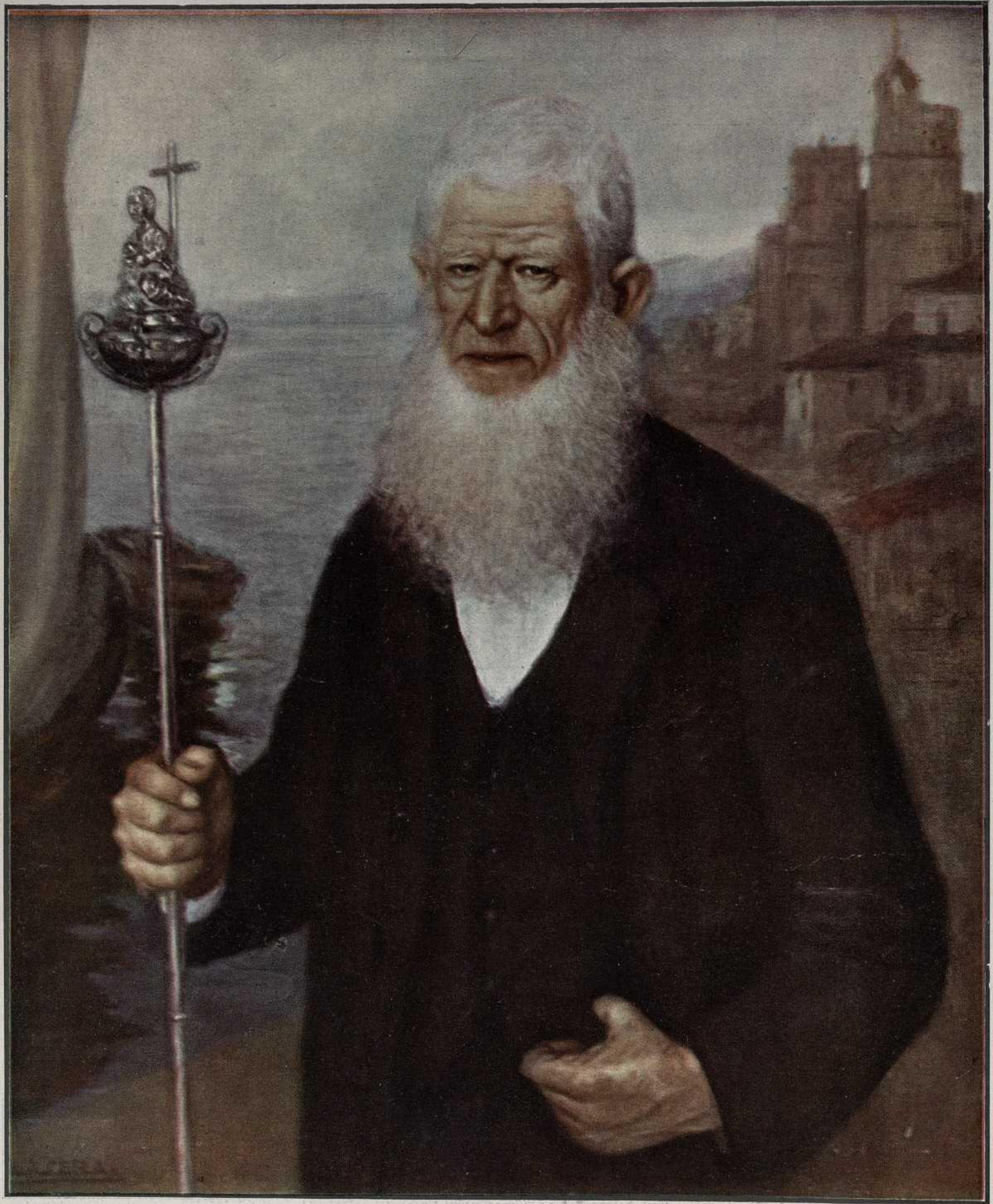
El arrinconado trascendía á auténtica juventud de veinticinco abriles; el triunfante trasciende á falsa juventud de cuarenta octubres. Y á través del postrer avatar montparnassiano, alguna experta cuarentona notará cómo palidece el ingenuo fantasma de la propia juventud prístina, la efectiva, la única...

GERMÁN GOMEZ

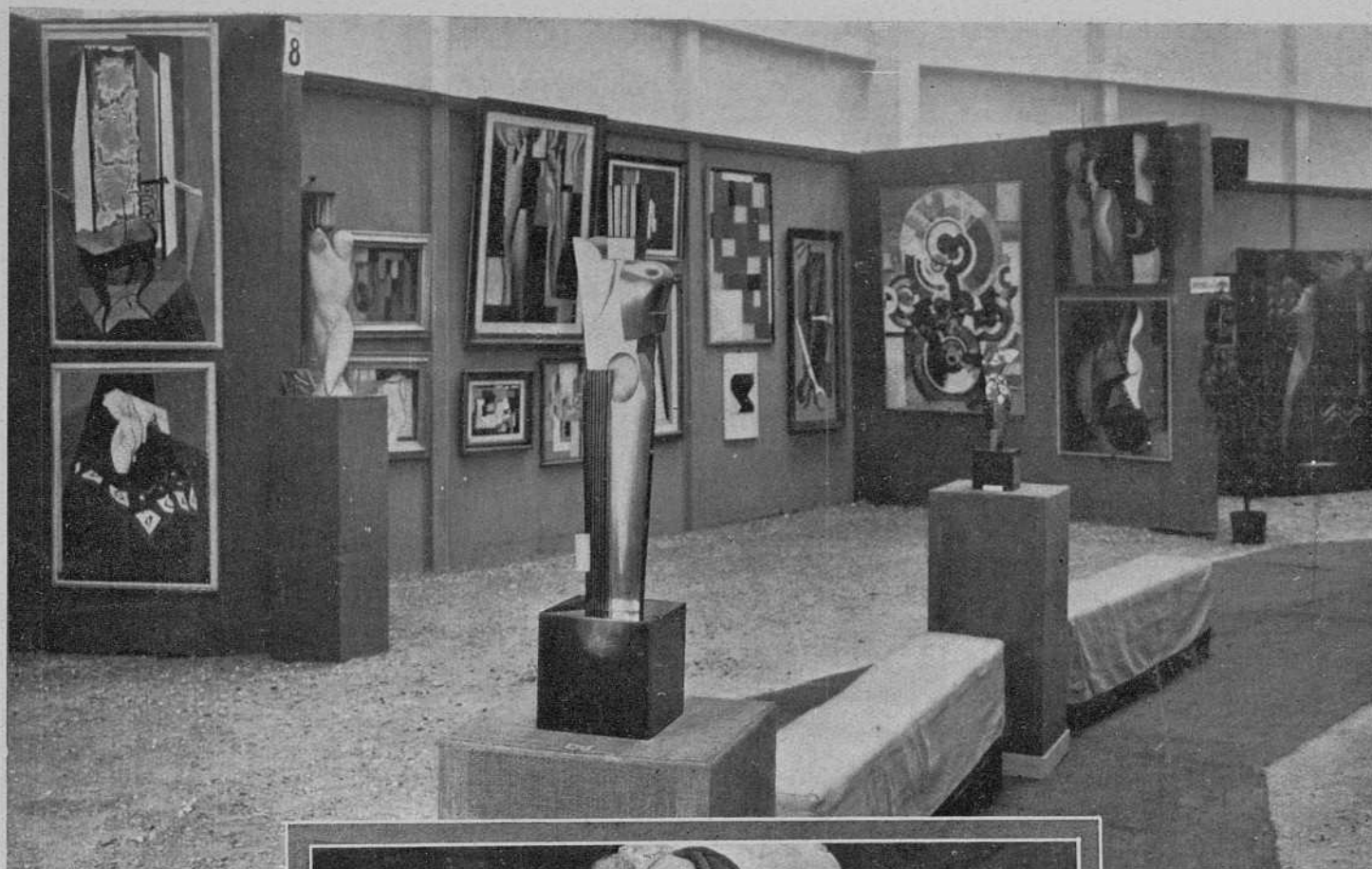
DE LA MATA



Coupole, uno de los cafés de Montparnasse más modernos



«El teucro», cuadro
de José Llaserá



Una spectso parcial de la primera

Exposición del Arte Francés Independiente

PARÍS EL SALÓN DEL ARTE

HUYENDO de la rutina material y de la estrechez espiritual de las viejas asociaciones artísticas—la Nacional de Bellas Artes y la de Artistas Franceses—, los pintores y escultores disidentes fundaron sociedades y organizaron exposiciones nuevas, que se llaman el «Salón de Otoño», el «Salón de las Tullerías», el «Salón de los Independientes» y el «Salón de los Verdaderos Independientes»... La independencia es, como se ve, obsesión dominante en estas agrupaciones jóvenes, si no por la edad de quienes las constituyen, al menos por su intención... Y de independencia alardea, también, el novísimo grupo del «Arte Francés Independiente», que acaba de instalar su primera exposición en el local del antiguo Diorama de la Guerra, al término de la calle de la Universidad...

«Composición, cuadro

«Nuestro programa—afirman, en la página de guardia de su catálogo, estos Independientes de última hora—consiste en recuperar el espíritu y el ambiente de los tiempos anteriores a mil novecientos catorce...» Por ahí entienden los revolucionarios que es preciso volver a las ruidosas luchas entre vanguardias y retaguardias, entre



fauves y pompiers, para salir del mortal sopor en que parece haberse immobilizado el arte... Pero la independencia de los nuevos independientes tiene, lo mismo que la de sus predecesores, un límite... Y si este salón prescinde, para recibir las obras, del jurado de admisión, impone, en cam-

FRANCÉS INDEPENDIENTE

bio, á sus socios dos condiciones que dan al traste con toda verdadera independencia: la condición de ser *profesionales*, y la de no concurrir á exposición alguna en la que exista un jurado...

¿Dónde comienza y dónde acaba el profesionalismo, en arte?... Vlaminck, para poder pintar sus primeros cuadros sin morir de hambre, disputaba carreras de bicicletas en la pista de Buffalo; y Henri Rousseau, en tanto que realizaba su obra, ganaba la vida como empleado de aduanas... *Profesional* es quien ejerce una profesión, lo mismo si vive de ella que si no necesita contar con tal recurso...

Hay médicos millonarios que no cobran sus visitas, y que no dejan, por ello, de ser médicos... Hay escultores y pintores que escriben novelas, ó se presentan con medias, sin que por esto se les pueda negar la calidad de escultores ó de pintores... Exigir al expositor

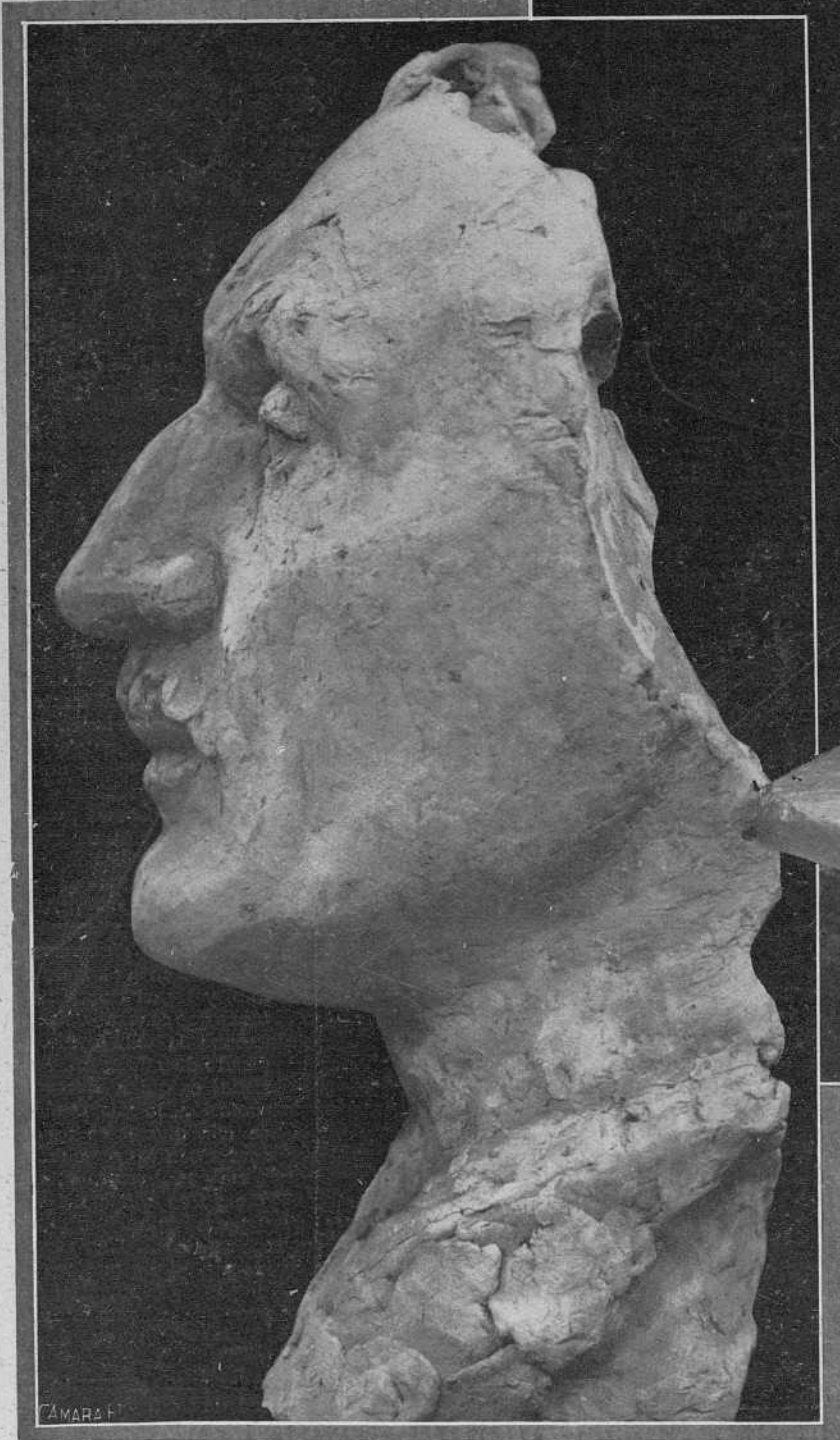
que viva exclusivamente de la venta de sus cuadros ó de sus estatuas, es tanto como cerrar las puertas del Salón á la mayoría de los jóvenes; y prohibir á los socios admitidos en el «Arte Francés Independiente» que lleven sus obras á otros concursos donde haya jurado, es limitar el cam-

po de acción y de lucha de tal manera que todo triunfo se hace virtualmente imposible...

No era éste el espíritu de los tiempos anteriores á mil novecientos catorce cuando pudieron darse á conocer Toulouse-Lautrec, y Carrière, y Redon, y Morizot, en una dependencia—la del Jurado—mucho más amplia que la independencia moderna y tiránica dictada por un Comité...

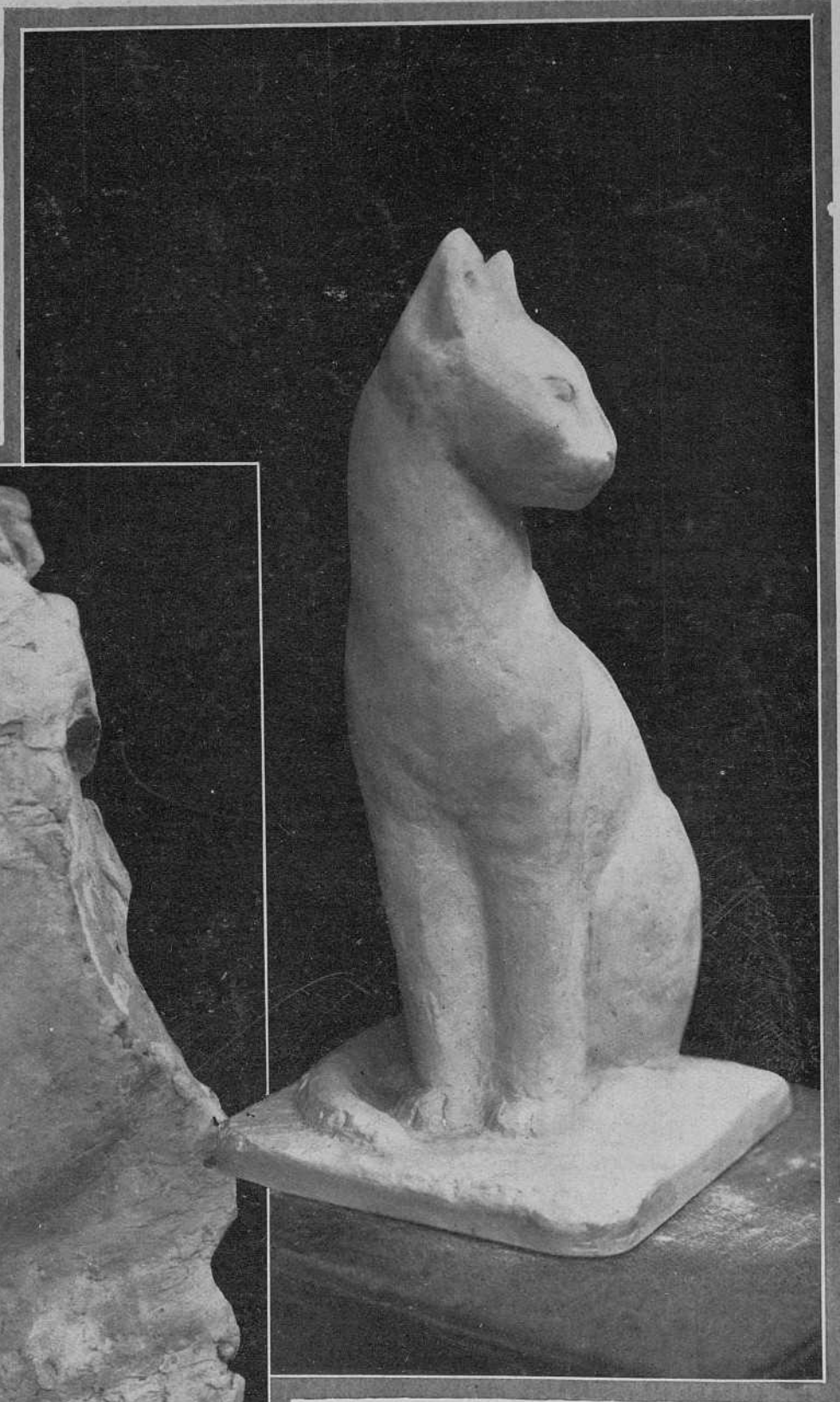


Este salón de Arte Independiente, que se titula francés, ha invitado para su primera Exposición á todos los artistas extranjeros residentes en París... Quizá la lectura de los veintidós artículos en que prolijamente se exponen los estatutos de la nueva sociedad fatigó á esos artistas, que tienen poco tiempo que perder, y ha determinado la ausencia de muchos de ellos y de no pocos franceses eminentes... Matisse, Derain, Picasso, Utrillo, Terechkovitch, Mar-



«Retrato». Barro cocido,

por Marieta Mills, y una de las obras más notables del Salón



La escultura en el «Salón del Arte Francés Independientes». «Gato». Barro cocido, por Marieta Mills

coussis, Chirico, Max Ernest, Miró, no figuran en el catálogo, huérfano así de las primeras figuras del impresionismo, del cubismo, del expresionismo y del surrealismo... Pero el desvío de los maestros se compensa, en parte, con la presencia de los discípulos, y las academias modernas de Lhote y de Léger han hecho más de cuarenta envíos... Entre ellos, Bosshard nos muestra un *desnudo prismático*; Dethow nos inicia en los misterios de un *paisaje mosaical*; Gleizes y Léger se obstinan en prestar nueva vida al cubismo muerto; Magdalena Luka sigue pintando sus muñecas extraordinariamente vivas; Tadeo Makowski logra, en sus «Máscaras», dar expresión á tres inexpresivas caretas; Per Krogh se consagra al estudio de las luces oscuras, en sus cuadros trágicamente glaciales, poblados de personajes que parecen momias resucitadas; Pedro Roy, siguiendo el procedimiento con-

trario, se esfuerza por hacer surgir el misterio del exceso de luz clara, en sus lienzos fulgurantes que semejan quiméricas evocaciones del mundo solar; Despujols prosigue la serie de sus magníficos desnudos; Andrés Hofer realiza, en escenas de interior, dos composiciones altamente emotivas y de factura insuperable; Guy de Jessey, con su «Fumadora» y su «Sueño», afirma una personalidad artística de primer orden; y entre los escultores, María Luisa Simard se coloca en primer lugar con su sorprendente «San Jorge» de cemento patinado y su encantadora «Lady Godiva» tallada en caoba; y Juan Gérard demuestra, con su magistral «Mujer dormida» modelada en yeso, que la estilización es compatible con la verdad, cuando ambas encuentran fórmula de armonía en un verdadero talento de artista; y Pryas, en su «Diana» de tamaño natural, concilia igualmente el clasicismo, de eterno pres-



Biombo de tres hojas. Cobre repujado y esmalte, obra de Vanda Volska



«Estudio», cuadro de Haus Hartung

tigio, con las tendencias modernas que para desenvolverse no necesitan divorciarse por completo de la realidad; y, por último, Marieta Mills nos recuerda, con sus barro cocidos, la manera, fuerte y sutil á un tiempo, del nó dico Vaino Aaltonen...

•••••

El «Salón del Arte Francés Independiente» es, en resumidas cuentas, un Salón más, con sus conservadores que, por lo *vieux style*, parecen aspirantes á una medalla de la Nacional; con sus centristas que recurren á la malicia para darse aire de nuevos, sin abandonar los viejos procedimientos que aseguran la venta; y con sus extremistas del cubismo, del sobrerrealismo, del expresionismo, del imaginerismo y del visionarismo..., palabras y escuelas vacías de sentido...

No hubiera valido la pena de crear una nueva sociedad, tan poco independiente, á pesar de su título, y tan limitada como las de más, si esta su primera Exposición no hubiera servido por lo menos á medio centenar de artistas jóvenes, discípulos de los fundadores, para hacer sus primeras armas en la ruda empresa que es, hoy, la conquista de una situación y de un nombre...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1929.

P A I S A J E S E S P A Ñ O L E S



Las bellezas de los Pirineos. — Un rincón de Salent



Vista exterior del Monasterio del Puig

POR LA ESPAÑA DEL ARTE

El Real Monasterio del Puig

HE aquí uno de los monumentos españoles que mejor conservan, dentro de su recinto, el glorioso historial épico de nuestra raza desde los tiempos de la reconquista musulmana.

Historiadores y cronistas llamaron á este monasterio *el Covadonga valenciano*, recordando, sin duda, que el bravo conquistador Don Jaime I hizo en este castillo, ante el cadáver de Guillém de Entenza, promesa real de no abandonar el país sin recuperar la ciudad de Valencia.

El viajero que desde esta capi-



Estatuas orantes del Rey Don Jaime y Don Bernardo Guillém

tal llegue hasta la colina donde hoy se alza el baluarte más firme de la Fe valenciana, habrá de recordar que en las inmediaciones del Puig reverdecieron las glorias legendarias de *almugabares*, guerrilleros, colocados en el centro del campamento cristiano, como la sombra de Reginaldo entre los jardines de Armida.

Derruido el antiguo y famoso castillo del Puig, el beato Patriarca Juan de Ribera colocó sobre aquellas memorables ruinas, por los años de 1590, la primera piedra del actual monasterio. La traza arquitectónica de la obra nos recuerda los estilos del siglo XVI usados en Valencia, por aquella época, en el Colegio del Patriarca, en

la parroquia de los Santos Juanes y en algún otro edificio particular.

El edificio, que es de piedra y de traza cuadrangular, se halla flanqueado en sus ángulos por una torre cuadrada coronada por galerías y esferas como único adorno. Desde el punto de vista artístico, lo más interesante del Real Monasterio del Puig es actualmente la iglesia ó capilla donde se venera la imagen de la Virgen, patrona del Reino de Valencia.

En aquellas bóvedas, en sepulcro del más depurado estilo gótico, que es una de las piezas mejor conservadas del templo antiguo, reposan las cenizas de Don Roberto de Lauria, hijo del célebre marino Don Roger de Lauria, fallecido en el año 1333.

En sarcófago, también de mármol y de estilo gótico, se halla enterrado, desde 1237, Don Bernardo Guillém de Entenza, tío del Rey Don Jaime I de Aragón y vencedor de la primera batalla del Puig, donde, según tradición, se apareció San Jorge peleando al frente del ejército cristiano. Ni el emplazamiento del sepulcro de Guillém de Entenza, ni su ornamentación corresponde á la estirpe de este caballero, emparentado con el Emperador de Constantinopla y los monarcas de Aragón.

Sin duda, para subsanar tan grave falta es por lo que en 1673 fueron substituídos dos antiguos y desaparecidos retratos, y se colocaron en el mismo lugar, á la derecha del altar mayor, las estatuas orantes del conquistador de Valencia y la del caballero Entenza, obras del escultor Gaspar Asensio.

Por la devoción y patronato que en vida ejerciera sobre el monasterio del Puig, reposa en este lugar D.^a Margarita de Lauria y Entenza, esposa de D. Nicolás de Janvila, conde de



Sepulcro gótico de Doña Margarita de Lauria

Terranova, é hija de la segunda mujer de D. Roger de Lauria, fallecida en 1345.

En el altar mayor del monasterio, construído en 1607 á expensas de los duques de Segorbe, pueden admirarse cuatro bajorrelieves tallados en madera, representando el sitio de Valencia; la aparición tradicional de San Jorge, que motivó la victoria del ejército cristiano sobre las huestes agarenas; la entrada triunfal de Don Jaime en la ciudad de Valencia, y la entrega de las llaves por el rey moro al caudillo aragonés.

Allí se venera la imagen de la Virgen del Puig, excelsa patrona del antiguo reino valenciano, y á la que el rey Don Jaime profesó siempre especial devoción; no faltando historiadores que aseguran ser la propia imagen que el monarca aragonés llevaba siempre consigo en las batallas.

En el camarín de la Virgen se destaca una pintura al fresco que adorna el techo, debida al pincel de Vergara, representando la ocultación y hallazgo de la milagrosa imagen del Puig.

La munificencia de Jaime I, de Pedro de Aragón, de Doña Leonor de Inglaterra y del Papa Luna acrecentó en aquellos tiempos el rico tesoro de alhajas y reliquias que llegó á poseer este monasterio. Actualmente todavía se conservan la cruz que en su pendón de guerra llevaba el rey Don Jaime; el copón de estilo gótico en que San Pedro Nolasco distribuyó la Comunión á las tropas combatientes en la víspera de la batalla de Valencia; una cruz de piedra ágata, del siglo XIII, con el pie y extremos revestidos de plata, y la corona y lazos que adornan á la venerada Virgen del Puig.

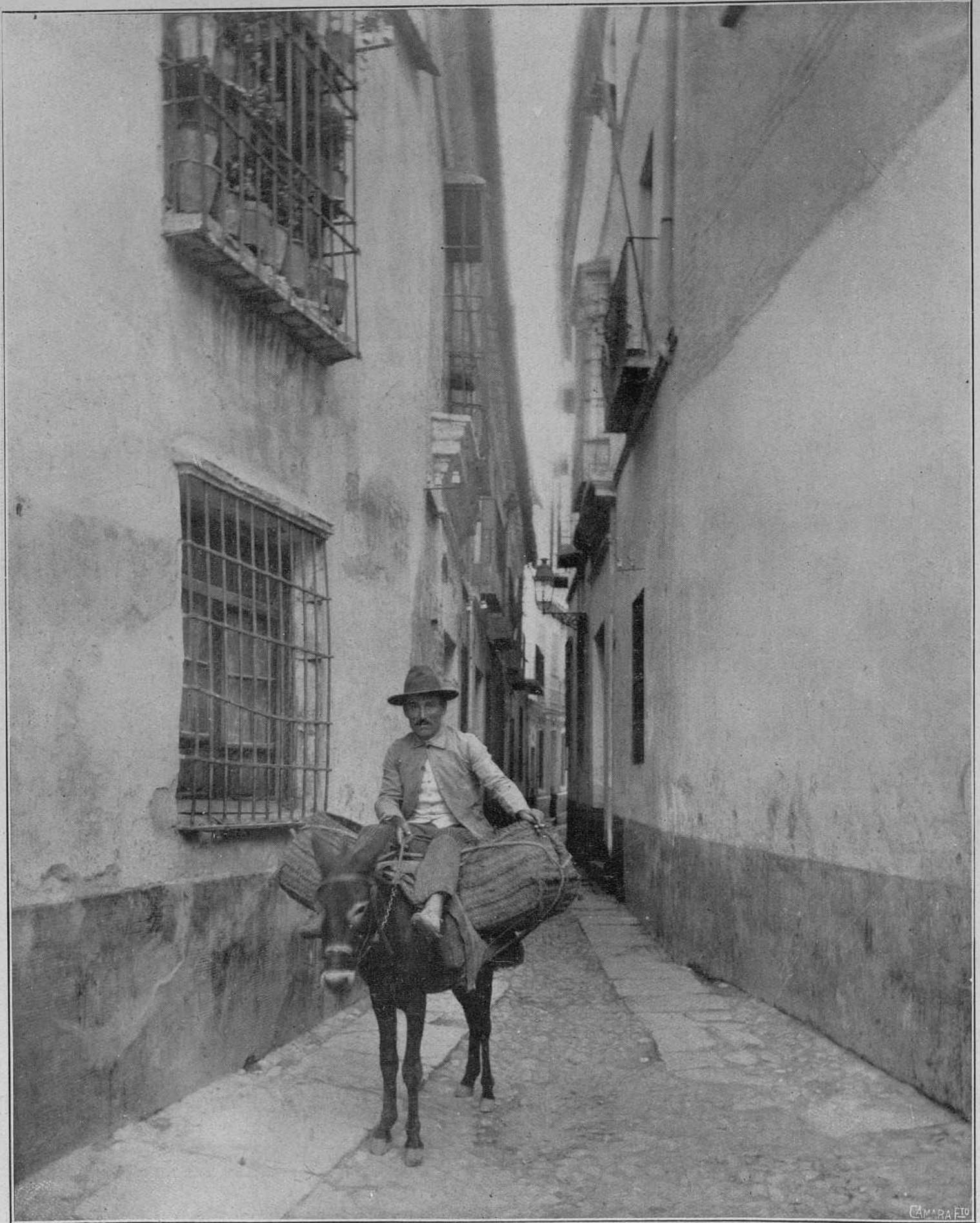
Nosotros, al abandonar aquellos lugares, hemos de lamentar, una vez más, que, á pesar de su importancia histórica y artística, no sean objeto de la admiración y estudio de cuantos se preocupan por el resurgimiento de las bellezas arquitectónicas de nuestra Patria.

ANSELMO SANZ SERRANO

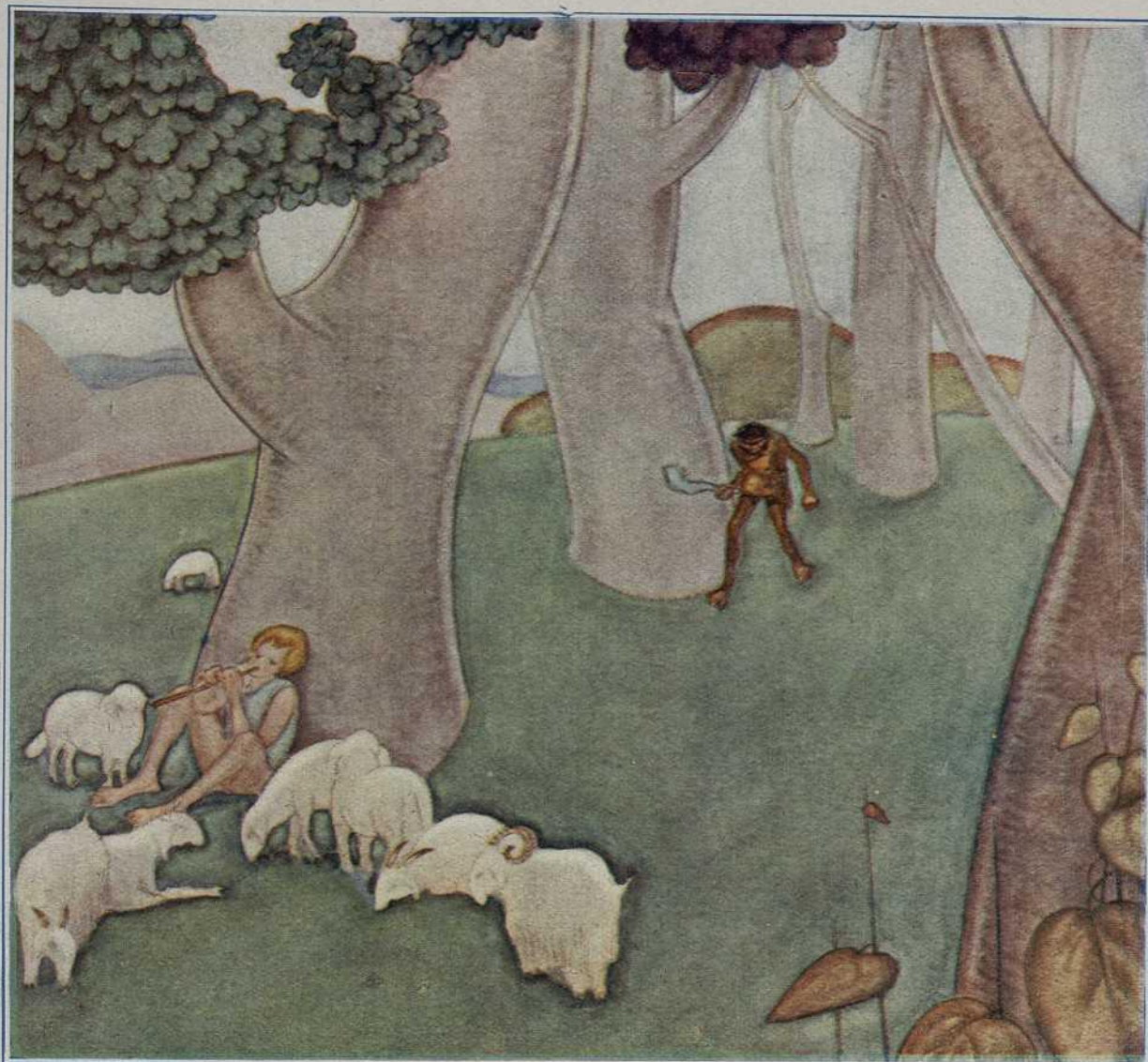


Sepulcro de Don Roberto de Lauria (Fots. Cabedo)

MALAGA, PINTORESCA



Uno de los tipos populares, tradicional en la vida local malagueña, es el vendedor de pescado, que, caballero en paciente asno, va por las callejas de los barrios típicos voceando su sabrosa mercancía con esos largos, clásicos pregones, que tienen deijos roncós y armónicos de coplas flamencas...



Abel, rubio y aniñado...

HAY un juego, que se practica principalmente en los Estados Unidos, que revela cómo la íntima psicología del hombre civilizado es igual a la de nuestros lejanos antepasados, los que «también» se vestían con pieles. Ese juego se llama «la caza del hombre».

Varios amigos, gente rica, se reúnen en una casa de campo. Comen opíparamente, y después de la sobremesa, organizan la caza.

Primeramente eligen un mocetón fuerte y conocedor de los contornos. Luego llevan a ese mocetón al corral de la jauría. Allí los perros le husmean un buen rato. Después, el mocetón parte. Atraviesa arroyuelos, cruza por baldíos rocosos, por los campos sembrados, se interna en los bosques, describe, andando, grandes círculos, se sube por fin a un árbol y espera.

Los deportistas (éste es un juego deportivo) se han vestido entretanto sus levitas rojas y se han calado las gorrillas de *jockey*. Empuñando la fusta, cabalgan en delgados y esbeltos pura sangre. Después sueltan a la jauría.

Y comienza lo interesante. Los perros van siguiendo el rastro del muchacho que salió hace horas. Corren millas y millas. Pierden la pista, la vuelven a encontrar, y al fin «cazan» al mocetón, que ha tenido buen cuidado, para librarse de sus colmillos, de resguardarse entre las ramas de un árbol cualquiera. Los señoritos galopan detrás de los perros, haciendo alarde de su buena escuela de equitación, y los lugareños—eterna galería de papanatas—contemplan entusiasmados cómo se caza a un semejante.

A veces la «pieza» es alcanzada por los perros, y entonces, á la desesperada, comete la locura de empuñar su cuchillo, en vez de huir, y hace frente á la turba, que desgarrá sus carnes, hasta que llegan los señoritos y terminan á latigazos el ataque de las bestezuelas.

La caza del hombre

Es bonito el juego, ¿verdad? Además, muy representativo. Cuando algo molesta—individuo ó entidad—más que anularle por nosotros mismos, nos gusta la caza colectiva. Hemos puesto nuestro odio en un hombre. Los cazadores estamos preparados, somos muchos, el número nos defiende. ¡A cazar á ese hombre! ¡Suenan las trompas! ¡Adelante!

Entretanto, la eterna galería de papanatas contempla boquiabierta cómo se ciñe el escándalo como una serpiente de fuego en derredor de ese hombre cazado, que puede cometer una locura en su desesperación.

Esta «caza del hombre» adquiere un enorme valor de símbolo cuando se piensa en la vida social; pero se vuelve de pronto auténtica, trágica, si se piensa en la guerra. El impulso de Caín, cuyo germen deshace la civilización que vivimos, es una emoción ancestral. Ese soldado que huye y que es alcanzado á tiros por los «cazadores» parapetados en la trinchera; ese herido rematado á culatazos; ese descuidado centinela al que cautelosamente atraviesa á bayonetazos la descubierta enemiga, son la enésima representación del drama del fratricidio. Han pasado los siglos, y la fisonomía del mundo ha cambiado. La moda complicada cubre nuestro cuerpo y nos envanecemos de usar maravillosas máquinas cuyo mecanismo nos convierte en semidioses. Pero la estampa de la «caza del hombre»—la horrible estampa al aguafuerte de la guerra—revela que

bajo el disfraz de la cultura quintaesenciada se oculta el mismo bárbaro, semiprimtivo, cuyo regodeo especial era destruir á sus semejantes más débiles.

Figúraos la escena bíblica. Abel, rubio y aniñado, apacienta sus ovejas y tañe, incorporado contra un árbol, una de esas flautas arrancadas al cañaveral por las que parece deslizarse el soplo melodioso de las brisas del bosque. Es dulce este adolescente; es artista; es el futuro pensador, el futuro sentimental de nuestra época. Es el que después llamó Ariel el poeta Shakespeare. Y de pronto, obscuro, temible, ciego como una de las fuerzas ciegas, destructoras, avanza Calibán, avanza Caín. En su mano esgrime un arma poderosa. Forzudo y siniestro, traidor y obtinado, cae sobre el lírico Abel y le destroza á golpes. ¿Acaso la escena bíblica no se repite constantemente? ¿Acaso no se incuba en los oscuros subconscientes de esos seres, espirituales sólo por mitad, la reproducción exacta y á veces más refinada de este prototipo de crimen?

Si se preguntase á Caín, á los Caínes que nos rodean, ninguno podría explicar el por qué de ese acto de matar. Quizá haya una diversión en lo horrible para el gusto de los monstruos. Como hay una diversión en la parodia elegante en esa «caza del hombre», en el cual, aquellos que repugnan el asesinato, no obstante haber ascendido varios grados en lo moral, no pueden resistirse al simulacro de aquello que constituía el placer de sus antepasados de las cavernas.

Abel y Caín; los guerreros rojos contra los azules; la sociedad acorralando á la víctima; los señoritos cazando á sus sirvientes... Diversos grados de la frase de Hobbes: «El hombre es el lobo del hombre...»

TOMÁS BORRAS

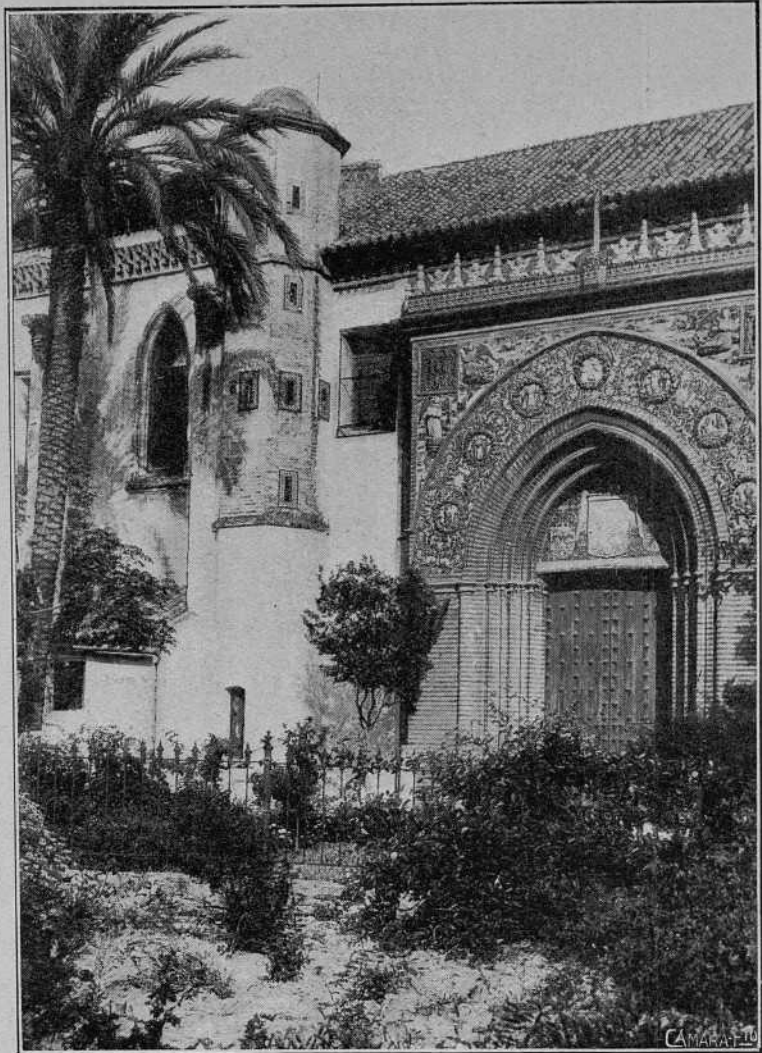
(Dibujo de Climent)

En el compás de Santa Paula ISABELITA Y CERVANTES

MI querido amigo y compañero José Andrés Vázquez, que tan hermosas páginas escribe de Sevilla á cada paso, me ha traído esta tarde al gracioso compás de las monjas jerónimas de Santa Paula. Entramos al compás por una puerta gótica. Enjalbegado á la buena usanza sevillana, tiene una palmera en el centro y está materialmente sembrado de flores. La pequeña puerta de acceso aparece adornada con molduras de ladrillo. Nos sentamos y callamos un buen espacio á la caída de la tarde. La portada, de un solo cuerpo, adosada al muro, es de ladrillo agramilado. Unos delgados baquetones sirven de base á la serie de arcos ojivales concéntricos que la forman. Sobre azulejos azules y blancos, medallones con figuras de santas y de santos—Santa Elena, Santa Paula, San Sebastián, tal vez San Roque—aparecen encerrados en guirnaldas redondas de relieve. El espíritu de Lucca della Robbia—á través del sevillano Millán—pasa por este compás y por este patinillo. Y el de nuestro amigo Miguel de Cervantes Saavedra que traza las páginas de *La Española Inglesa*, sentado tal vez, hace tres siglos, donde nosotros estamos ahora, evoca en nosotros, con la fragancia de la tarde de otoño, la silueta de esta dulce Isabelita que vive en la casa que mira á la puerta del compás, de esta Isabelita rubia y risueña que tiene en el convento una primita sevillana de voz de plata y de cristal, de esta Isabelita casera que llorando cuitas de amor prepara el momento de su noviciado, entre oraciones, plegarias y recuerdos de aquel su novio Recaredo que ha muerto en países extraños pensando en la prometida... ¿Recordáis?

Pero... ¡silencio, amigos míos! Isabelita, la misma Isabelita, acaba de penetrar ahora en el compás. Es la misma de carne y hueso que nosotros hemos amado y añorado tanto desde los días plácidos y ya un poco lejanos de nuestra muchachez. Está vuelta de espaldas, y habla en estos momentos con el recadero, deseando penetrar, tal vez, en el locutorio. No viste saya entera de raso verde, acuchillada y forrada en rica tela de oro, como cuando la conoció Miguel, sino que se toca de mantilla y de peineta alta, á la sevillana. La blusa y la falda son negras; negras también las medias, donde aprisiona sus piernas sólidas, armoniosas y firmes. Por sus cabellos «rubios y largos, entretijidos y muchos», hemos conocido á Isabelita. Y por sus ojos, azules como este cielo y sonrientes y cariciosos como él. El recadero se aparta un momento de la muchacha, é Isabelita penetra en el templo, como tiene por costumbre todas las tardes, antes del toque de la oración. Vázquez y yo, sin previo acuerdo, seguimos los pasos de esta niña, que con tanta y tan honda emoción nos descubriera Cervantes en sus andanzas por Sevilla. Isabelita atraviesa la linda nave, lanza una mirada furtiva al coro bajo, y decididamente se encamina al altar mayor. En sus gradas se arrodilla ante la graciosa Santa Paula que tallara Alonso Cano. Ni por un momento se digna volver la vista atrás y regalarnos con la luz de sus ojos Isabelita. Y el órgano ha comenzado entonces á lanzar sus notas graves y dulces en el templo, y una voz deliciosa, de inconfundible ceceo sevillano—la de la prima de Isabelita—preludia los primeros saludos á María: *Salve, Regina, mater misericordiae; vita, dulcedo, spes nostra, Salve...*

Y por nosotros, por mi amigo y por mí, en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, rozan las alas de nuestros ángeles custodios, que son buenos amigos del de Isabelita. La iglesia se puebla de armonía, y de aroma, y de dulzura, y de paz. Las notas del órgano cantan, y lloran, y surgen, y murmuran, y susurran cosas inefables y misteriosas en esta Sevilla que volcó su espíritu en el espíritu de su hijo más naturalmente sevillano: Gustavo Adolfo Bécquer, el de las rimas y el de los suspiros, el de los anhelos vagos y el de las figuras sin contorno. Por esta Santa Paula gótica, y por estas rejas, y por estos coros, y por este arco de



El Convento de Santa Paula, de Sevilla

(Fot. Wunderlich)

la capilla mayor, y por el cierre de piedra, y por la azotea, y por el hermoso alicatado de azulejos, y por el San Juan de Alonso Cano, y por la Virgen de Gaspar de Rivas, y por el sepulcro de la marquesa de Montemayor—que también se llama Isabelita—, y por el de Cristóbal de Santander, y por el de la Venerable Madre Ana de Santillán, priora y fundadora de este convento que nos pide la sencilla ofrenda de un Avemaría en su recuerdo, se columbra todo un mundo pretérito de alarifes moros, y de pintores y artistas venidos de Italia, y de bohemios de Alcalá que dejan su emoción en estos muros. *Spes, dulcedo, vita nostra, Salve!*... Y no son las emociones de Isabelita ajenas á las nuestras. La voz celestial de la primita, acompañada del órgano, conmueve sus entrañas andaluzas. El culto mariano en Sevilla no es más que un brote ó hijuela del culto á la madre. Así, humaniza la ciudad á María en sus Roldanas, y sus Rocíos, y sus Pastoras, y sus Macareñas, y sus Esperanzas de Triana. Y las coronas sé yo de buena tinta que son peinetas disimuladas y que los mantos están pidiendo á gritos el velo y la mantilla.

Calla el órgano, y en el coro alto unas voces gangosas y virginales entonan los laúdes. Luego, las monjas abandonan la estancia, y el rumor de la canción monjil se va perdiendo poco á poco. Isabelita cruza el patinillo, contempla la palmera, gana el compás y penetra en su casa. Vázquez y yo aspiramos á pleno pulmón fragancias de azahar y de poesía. Sevilla es ahora eso: azahar. Sobre las paredes de un huerto, decorando el campanil cercano, se destaca una cruz maltesa. Miguel de Cervantes—el infeliz protegido del mesonero Tomás Gutiérrez—acaba de revelarnos su secreto de artista silencioso, melancólico y huraño. Isabelita es el remedo de la mujer que se ama y no se logra. Es el rosal que se descuida y que se lleva el viento de la violencia, de la fatalidad, de la indecisión ó de la cobardía. En este compás de Santa Paula, Cervantes pidió un lenitivo á su fracaso. Sus amigos de hoy, evocando estas andanzas por los países del ensueño y de la imaginación, ocultamos también nuestros sinsabores más íntimos con una sonrisa que solamente en Sevilla se puede comprender y perdonar... ¿No es así, Miguel, amigo Miguel, hermano Miguel?

José SANCHEZ ROJAS

ESTAMPAS CASTIZAS 1805

La Moncloa fué el clásico vergel de los chisperos
—¡oh, morenas manolas del Rastro y las Vistillas!—
y en noches verbeneras, iban los caballeros
con sus capas toreras y con sus redecillas.

¡Tardes de la Florida! Por la arboleda espesa
platicaba de amor
la duquesa manola, la picante duquesa
—que es la Maja inmortal— con el prócer pintor.

¡Veladas de San Juan, las de alegres hogueras,
á cuyo resplandor, bajo de la espesura,
se ahondaban de las majas las ardientes ojeras
junto á un guardia de Corps, de gallarda apostura!

En calesa chispera y en carroza fulgente
iban las currutacas cimbreado los talles...
¡Oh, sotillos del manso Manzanares riente
que copiaste los fastos de un jardín de Versalles!

La Moncloa está llena de memorias galantes:
¡qué adorable desfile de cabecitas blondas,
qué dulce deshojar de palabras fragantes,
cuánto y qué bien se ha amado bajo tus nobles frondas!

La flor de la nobleza y la manolería
corrían aventuras por el verde sotillo,
y junto á las rizadas pelucas se veía
la patilla de boca de hacha de *Pepe-Hillo*.

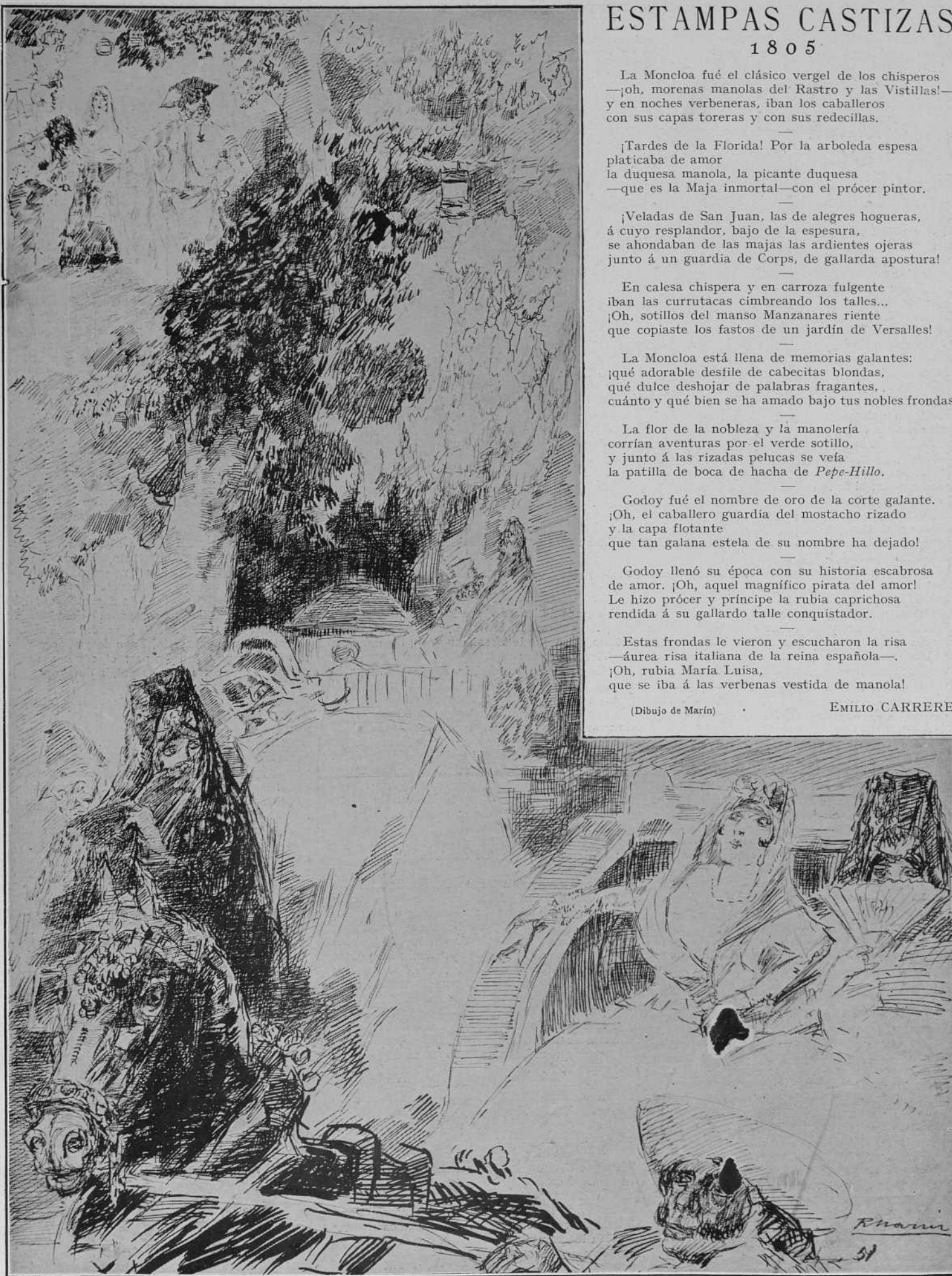
Godoy fué el nombre de oro de la corte galante.
¡Oh, el caballero guardia del mostacho rizado
y la capa flotante
que tan galana estela de su nombre ha dejado!

Godoy llenó su época con su historia escabrosa
de amor. ¡Oh, aquel magnífico pirata del amor!
Le hizo prócer y príncipe la rubia caprichosa
rendida á su gallardo talle conquistador.

Estas frondas le vieron y escucharon la risa
—áurea risa italiana de la reina española—.
¡Oh, rubia María Luisa,
que se iba á las verbenas vestida de manola!

(Dibujo de Marín)

EMILIO CARRERE



DE LA VIDA ACADÉMICA FRANCESA

VICTOR HUGO, ACADÉMICO

LA publicación del segundo volumen de las Memorias de Pierre Loti ha traído nuevamente á la actualidad anécdotas de la vida académica francesa, siempre pródiga en ellas, y que lo había sido mucho antes de que Alfonso Daudet escribiera *L'Immortel*.

Loti, en su discurso de ingreso en la Academia, mostró cierto desdén hacia «la cosa», siquiera fuese indirectamente, y presentándole como desdén á la literatura; pero un crítico muy sagaz, Paúl Souday, ha demostrado que en el fondo aquellas frases, que tanto escandalizaron en su tiempo, y que iban contra un fenómeno patológico, al que se dió el nombre de *litteraturités*, de su época, no eran sinceras. Loti amaba la literatura; era esencialmente literato, y sus más caras afecciones ó, cuando menos, sus más gratas intimidades, eran con literatos, bien elegidos, eso sí; se carteaba muy frecuentemente con Alfonso Daudet y Emilio Pouvillón, y prolongaba hasta horas inusitadas de la madrugada la sobremesa cuando comía con el autor de *Sajo*, con Goncourt y con Zola.

A la academia, además, como advierte con mucho acierto Paúl Souday, no se llega sin solicitarlo y sin hacer determinadas gestiones, no siempre gratas, cerca de los académicos cuyos votos se desea obtener.

Precisamente, coincidiendo con los comentarios motivados por el libro de Loti, ha publicado André Le Bretón, en la *Revue de Deux Mondes*, un interesante estudio de lo que podríamos denominar vida académica de Víctor Hugo, que muestra bien hasta qué punto el Instituto es un semillero de intrigas, y, sobre todo, las dificultades con que tropiezan, aun siendo muy ilustres, los aspirantes á entrar en él.

Cuenta así Le Bretón la visita de Víctor Hugo para presentar en candidatura á Víctor Cousin:



ALFREDO DE VIGNY



Acuarela representando á Balzac, á la izquierda; Teófilo Gautier, á la derecha, y en el centro, Federico Lamaitre

«Después de haber visitado á Chateaubriand, que, naturalmente, le habló, sobre todo, de sí mismo, pero que le ofreció su voto, llega á casa de Víctor Cousin:

—Se presenta usted á la Academia...; ya lo sé—le dijo el filósofo—. ¡Qué extraña idea! ¿Quién se lo ha metido á usted en la cabeza? No tendrá usted ni un voto; usted conoce á aquellas gentes. ¿Qué espera usted de semejantes asnos? Es un montón de viejos imbeciles incrustados en la rutina. ¿Cómo quiere que le comprendan y le admitan entre ellos? ¡Imagina usted que un hombre como Jony puede soportar la idea de verle en la Academia? Un día de sesión pública podrá preguntarse: ¿dónde está Jony? ¿Dónde está Víctor Hugo? ¿Qué nombre pronuncian todas las bocas? ¡El de usted! Lo repito: ¿quién le ha sugerido esa idea? ¡Es absurdo ser académico!

—Sin embargo, usted lo es, M. Cousin.

—¡Ah! Para nosotros, los pedantes, es otra cosa. La Academia es un buen adorno; es necesario que se lea en la portada de nuestros libros, «M. Cousin, de la Academia.» ¡Hace bien! La Academia no va bien á los poetas...; los poetas se achican entrando en ella... Confiéselo usted; no ha contado ni por un momento con mi voto. Yo no votaré por usted, ya lo sabe. He prometido mi voto á Molé. Votaré por Molé. Decases me le trajo. Votaré por ese animal con barba blanca. Es una tontería votarle; pero, ¿qué quiere usted que se haga, cuando se es académico, más que tonterías?»

Después de lo cual, y cuando Víctor Hugo se retiraba, le pidió un palco para la próxima representación de *Angelo*.

Roger Collard tampoco recibió muy amablemente al gran poeta:

—Le perjudica á usted su reputación—dijo á Hugo—. Tengo cerca de ochenta años...; somos allí siete ú ocho viejos de la misma edad; hablamos de nuestros tiempos. Entrando en la Academia, joven, llevaría usted aire de fuera y cambiaría la temperatura. A los ancianos no nos gustan los cambios de tiempo. Señor Hugo, yo no le votaré á usted.

Víctor Hugo, sin embargo, era lo que podríamos llamar un *habitué* de la Academia: tenía

diez y siete años, y era aún interno de un Liceo, cuando la docta Corporación le premió un poema. Le Bretón ha pintado el momento en que presentó esa obra. Fué una tarde en que con sus compañeros de internado había salido de paseo, bajo la custodia de un vigilante. Salfan así todos los jueves; bajaban hacia el Sena, y al llegar á los muelles torcían hacia la izquierda, para ir á la explanada de los Inválidos, ó cruzaban el río para ir á los Campos Elíseos. Aquel día, que había de señalar una fecha memorable en la historia literaria, torcieron hacia la derecha, y al llegar al Instituto, Víctor Hugo, que era entonces un muchachote rubio, de aspecto soñador,

se destacó de la fila y, acompañado del vigilante y mientras sus compañeros aguardaban, subió á depositar su manuscrito. Poco después era premiado, y el premio tuvo para él, como ventaja accesoria, pero muy principal, la de proporcionarle la protección de algunos académicos, que lograron para él autorización para trabajar en la biblioteca de la casa, y aun le encomendaron algún trabajo especial.

Víctor Hugo fué así, desde muy mozo, asiduo concurrente á la Academia; en la biblioteca permanecía horas y horas, muy cerca de la sala de sesiones, viendo, los días en que los académicos se reunían, entrar y salir á los que más tarde habían de ser sus compañeros.

Tal vez fué allí, y entonces, donde aprendió á manejar los hilos de las intrigas académicas, en que después había de ser maestro manejando su voto y el de alguno de sus amigos, para abrir ó cerrar las puertas de «la casa» á los que él consideraba sus elegidos y á los que no creía dignos de ser inmortales. Algunas de aquellas intrigas son también interesantes páginas de historia literaria.

Porque, finalmente, y á pesar de todas aque-



HONORATO DE BALZAC

llas repulsas, llegó el inevitable instante en que Víctor Hugo había de ser académico. Tardó cinco años, desde 1836 á 1841, en que fué elegido por dos votos de mayoría contra Ancelot; pero antes le habían derrotado Molard y luego Mi-guet en 1836 y Fleurens en 1840, en una elección trabajosísima. También aquellas elecciones sucesivas y, sobre todo, la de Fleurens, que requirió nada menos que siete escrutinios y un aplazamiento, debieron ser para el gran poeta un excelente aprendizaje de cómo se intriga en las academias. El mismo ha contado en su diario cómo aprovechó el aprendizaje para llevar los escritores de su escuela al Instituto.

«14 de Enero de 1847.

«Alfredo de Vigny y yo hemos frustrado hoy la elección en la Academia.

«Se presentaban Empis y Víctor Leclerc. No queríamos á ninguno de los dos. Votamos en blanco. Había 34 votantes; mayoría, 18. Se hicieron 5 escrutinios sucesivos. Empis llegó á tener 15 votos. Víctor Leclerc, 16. Tuvieron votos en los diversos escrutinios MM., Emilio Deschamps, La Mennais, Alfredo de Musset y Beranger. Con nuestros dos votos hubiéramos podido decidir la elección. Nos mantuvimos firmes.

«Fué necesario aplazarla por un mes.

«En el primer escrutinio, cuando se dió cuenta de los dos votos en blanco, M. Fleurens dijo:

«—¿Dos votos perdidos!

«Yo contesté:

«—¡Perdidos! Diga usted colocados á buen interés. Mi intención es obligar á uno de los dos partidos á ponerse de acuerdo con nosotros, que somos el punto de apoyo omnipotente, y nombrar á Balzac ó á Dumas, á cambio de nuestros dos votos.

«Por el mismo sistema conseguí hace dos años la elección de Alfredo de Vigny»...

«11 de Enero de 1849:

«Es la elección del sucesor de M. Chateaubriand.

«Diluvia. Los personajes políticos llegan en carrozas; los literatos, á pie, mojados y llenos de barro como los perros de que habla Rousard y los poetas de que habla Boileau. En el salón, algunos grupos de académicos: M. Cousin con M. Saint Marc Girardin; M. Merimée con M. de Remusat; M. Pasquier con M. Molé. M. Dupaty se me acerca, hace protestas de que precisa de todo lo que yo, y aprovecha mi sonrisa para recitarme versos. Los académicos se despojan, los viejos, de sus hopalandas; los jóvenes—cincuenta y cinco años—, de sus paletots; ponen sus paraguas en los rincones, se dan la mano, firman la hoja de asistencia y se informan del pago, de lo que La Fontaine denominaba «los gajes». M. Pingard, en pantalón corto y medias negras, dice graciosamente: «¡Ah, no! La Academia husmea la bancarrota» y hace una mueca horrible.

«Entro en la sala y ocupo mi sitio. M. de Saint Aulaire me saluda y se sienta á mi lado; M. de Barande viene á cogerme el botón de mi levita;



Arco de Triunfo, en donde estuvo expuesto el cadáver de Víctor Hugo

M. de Feletz, mi vecino de la derecha, me cuenta sus disgustos con M. de Falloux. Empis y Pougenille se acercan y me dicen al oído: «Balzac, ¿verdad?» Contesto: «¡Claro!» M. de Pasquier viene á mi banco; hablamos; se queja de los ojos. Se hace silencio...

«M. Villemain lee primeramente las cartas de los dos candidatos M. de Balzac y M. de Novilles. M. de Balzac recuerda sus títulos y sus visitas una frase: *Me retiré ante la proposición de M. Hugo favorable á M. Nodier*. Produce murmullos. La carta de M. de Noailles contiene esta falta de lenguaje: *Me presento para suceder al sillón que ocupaba M. de Chateaubriand*.

«Leído el reglamento, los académicos hacen el juramento de que no han prometido su voto; M. de Segur, el primer interrogado, contesta á M. de Viennent: *¿Ha prometido usted su voto?*



Víctor Hugo en su lecho de muerte

«—No más que usted.

Mr. Thiers jura, sonriendo; parece hacer un juramento político.

«Es la una menos cuarto.

«Se procede al escrutinio; pero ante todo, ¿cómo es el escrutinio? Siempre que es necesario votar, cada académico encuentra en su sitio unos cuadraditos de papel cortados y preparados y percibe sobre la mesa presidencial lo que llaman las urnas. Son urnas, en efecto; dos cosas de hoja de lata pintadas de color caoba. Es imposible no remontarlas hasta la época del imperio en que florecía el estilo seco. Nada más pesado, más aplastado, más anguloso, más ventruado y más feo que esas cajas de escrutinio, espantoso molde de que en cuarenta años han salido tantos académicos. Cuando el director pronuncia las palabras sacramentales: *Se va á proceder al escrutinio*, M. Pingard coge majestuosamente una de las urnas y va pasando ante los académicos; cada uno introduce su papeleta en la espantosa cacerola y «el juego está hecho». Pingard va á vaciarlo todo sobre la mesa presidencial. El director cuenta las papeletas y hace el escrutinio... M. de Noailles ha tenido 25 votos, y Balzac, 4...»

Más tarde, Víctor Hugo fué menos asiduo á la Academia. Al volver á París en 1870, no se apresuró á retornar á ella; cierto que habían desaparecido Musset, de Vigny, Lamartine... y él era como

un superviviente de otra generación. Retornó, sin embargo, y no faltó nunca á las elecciones solemnes para votar á Renán, á Leconte de Lisle, á Dumas hijo ó contra Dumas, el químico que había sido senador del Imperio...

Aún tomó notas de los incidentes de aquellas elecciones, que, como las anteriores, dan clara idea de cómo cumplen su misión los académicos.

Aún las da mejor aquel apunte correspondiente al 19 de Marzo de 1850, en que dice:

«Juzgamos el concurso de prosa.

«He aquí cómo.

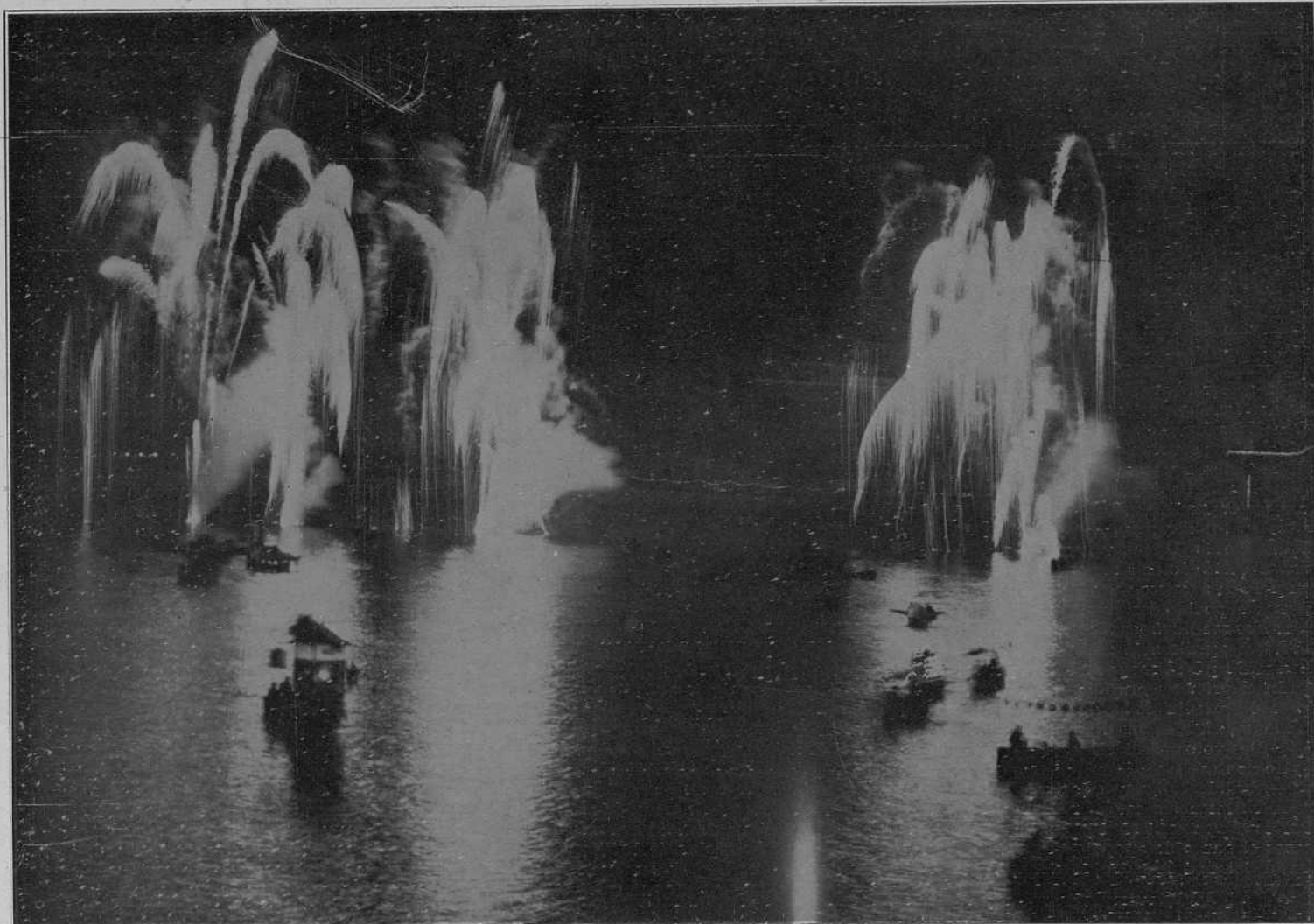
«M. de Barante lee un libro; M. Merimée escribe; MM. Salvandy y Vitet conversan en voz alta; MM. Guizot y Pasquier, en voz baja; M. de Segur lee un periódico; MM. Mignet, Lebrún y Saint Aulaire rien de no sé qué chistes de monsieur Viennent; M. Scribe dibuja con su pluma sobre su plegadera; Fleurens llega y se quita el abrigo; MM. de Vigny, Pongerville y Empis miran al techo ó á la alfombra; M. de Saint Beuve hace exclamaciones de vez en cuando; M. de Villemain lee el manuscrito, quejándose de que le molesta el sol que entra por la ventana frontera; M. de Noailles está absorto en una especie de almanaque que tiene abierto; M. Tisot duerme. Yo escribo esto. Los otros académicos no asisten.

«El tema del concurso es el elogio de madame de Stael.»

«Así se juzgaba ya en 1850 para conceder los premios académicos!

Es justo reconocer que ochenta años de experiencia no han modificado esas malas costumbres.

FUEGOS ARTIFICIALES EN LA COSTA AZUL



«Las bóvedas encantadas», fuego de artificio de maravilloso efecto, quemado en la bahía de Mónaco

La celebración de la fiesta nacional de Mónaco, pasada ya la agitación política que hace algunos meses conmovió al diminuto principado, ha tenido gran brillantez; millares de extranjeros acudieron á ella y admiraron las magníficas iluminaciones y los bellísimos fuegos artificiales, que constituyeron el número culminante de los festejos.

No sólo en Mónaco, en toda la Costa Azul ese género de diversiones ha logrado este año un extraordinario resurgimiento, y los pirotécnicos han rivalizado en la realización de verdaderas maravillas de luz y de color, realizando combinaciones maravillosas.

Pero las de máxima belleza fueron las realizadas en la bahía de Mentola, y entre ellas, las que nuestros grabados reproducen, y que llevaban por título *Las bóvedas encantadas* y *El bouquet*. Ambas, y como ellas los «árboles» que fueron quemados cerca del palacio del príncipe Luis.

En todas ellas se manifestó un absoluto dominio de la técnica, muy bien utilizada para conseguir realizaciones intensamente artísticas, que, sin embargo, sólo por su dinamismo mayor y tal vez por sus ruidos más discretos, dentro de lo que una función de pirotecnia puede exigir, superan á las magnas concepciones de los pirotécnicos gallegos, que realizan admirablemente sus concepciones para las fiestas del Santo.

Nuestro país pareció durante algunos



El «bouquet», clásico final de todas las fiestas pirotécnicas, admirablemente realizado en la bahía de Mónaco

años el último refugio de la pirotecnia artística, que tal vez por esa razón aparecía ya para muchos espíritus fuertes, tal vez demasiado modernistas, como un arte excesivamente pueblerino. Su resurrección total ahora en las fiestas, en que había quedado en muy baja categoría en lugares donde la imaginación de las gentes, caldeadas por los retratos novelescos, sitúa todas las elegancias, valdrá seguramente para restablecer los prestigios de la pirotecnia y hacerla nuevamente número obligado, indispensable en todos los programas de festejos.

El hecho mismo de que haya sido en la Costa Azul donde haya resucitado, es ya muy significativo; para muchos, los fuegos artificiales constituían una bárbara persistencia de costumbres morunas que sólo podía darse en pueblos meridionales, muy infiltrados por supervivencias raciales; Mónaco parecía estar completamente fuera de esas influencias y demasiado al Norte para que semejante infiltración pueda afectarle, y, sin embargo, es allí ahora donde parecen manifestarse más intensamente.

No hace mucho publicábamos grabados que reproducían admirables iluminaciones de Praga; ahora nos sorprenden los alardes pirotécnicos de Mónaco; volvemos un poco á tiempos pasados, aunque, naturalmente, utilizando nuestras sensaciones.

Iluminaciones y fuegos de artificio fue-



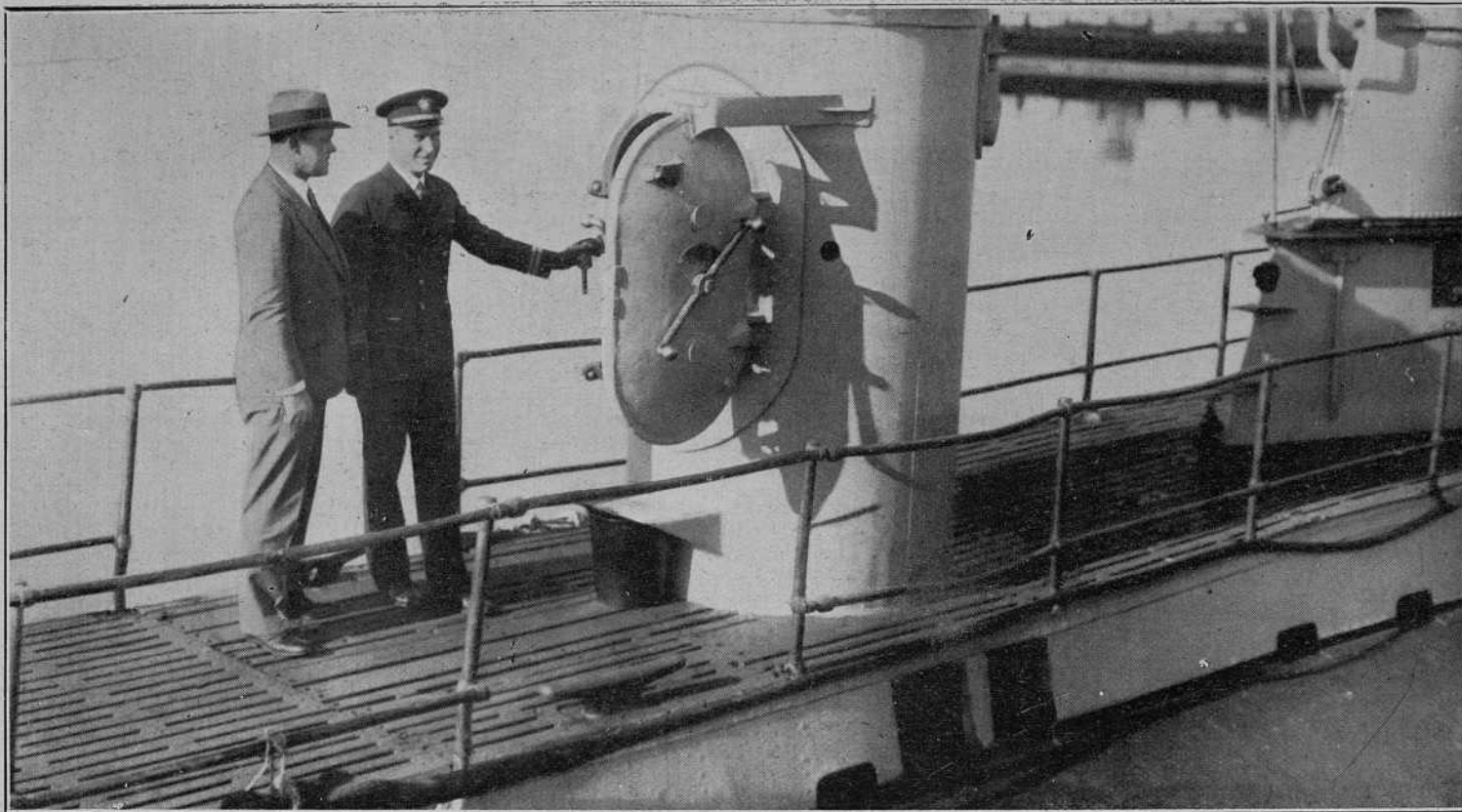
La fiesta nacional de Mónaco ha sido ocasión para admirar los fuegos de artificio en torno del palacio del príncipe Luis

ron, efectivamente, durante siglos, diversiones muy gratas á las muchedumbres; de seguro porque hablaban más que otras á la fantasía y excitaban con mayor intensidad la imaginación, siempre exaltada en los humildes, y más cuando ac-

túan sobre ellos otros excitantes, tales como los constitutivos de las diversiones populares durante las fiestas locales.

La Humanidad pensó después, tal vez, que debía hacerse más seria, y tomó por diversiones

demasiado pueriles las que más solían regocijarla antes. No por eso fueron más felices los humanos, y tal vez por eso renacen ahora los regocijos que hicieron tan gratas algunas noches de niños de los ahora sexagenarios.



El submarino norteamericano «S-4» con la torrecilla de salvamento sistema Momsen, dispuesto para efectuar sus pruebas en aguas de Cayo Hueso

Un gran invento aplicado á los submarinos

El salvavidas Momsen y su funcionamiento

LA terrible catástrofe del submarino norteamericano «S-4», embestido y echado á pique por el *destróyer* guardacostas *Paulding*, hace próximamente un año, y en la que halló la muerte toda la tripulación del malaventurado barco, ha servido de poderoso estímulo á los ingenieros navales al servicio del Departamento de Marina de Wáshington para buscar un sistema eficaz de salvamento cuando ocurra uno de esos trágicos accidentes.

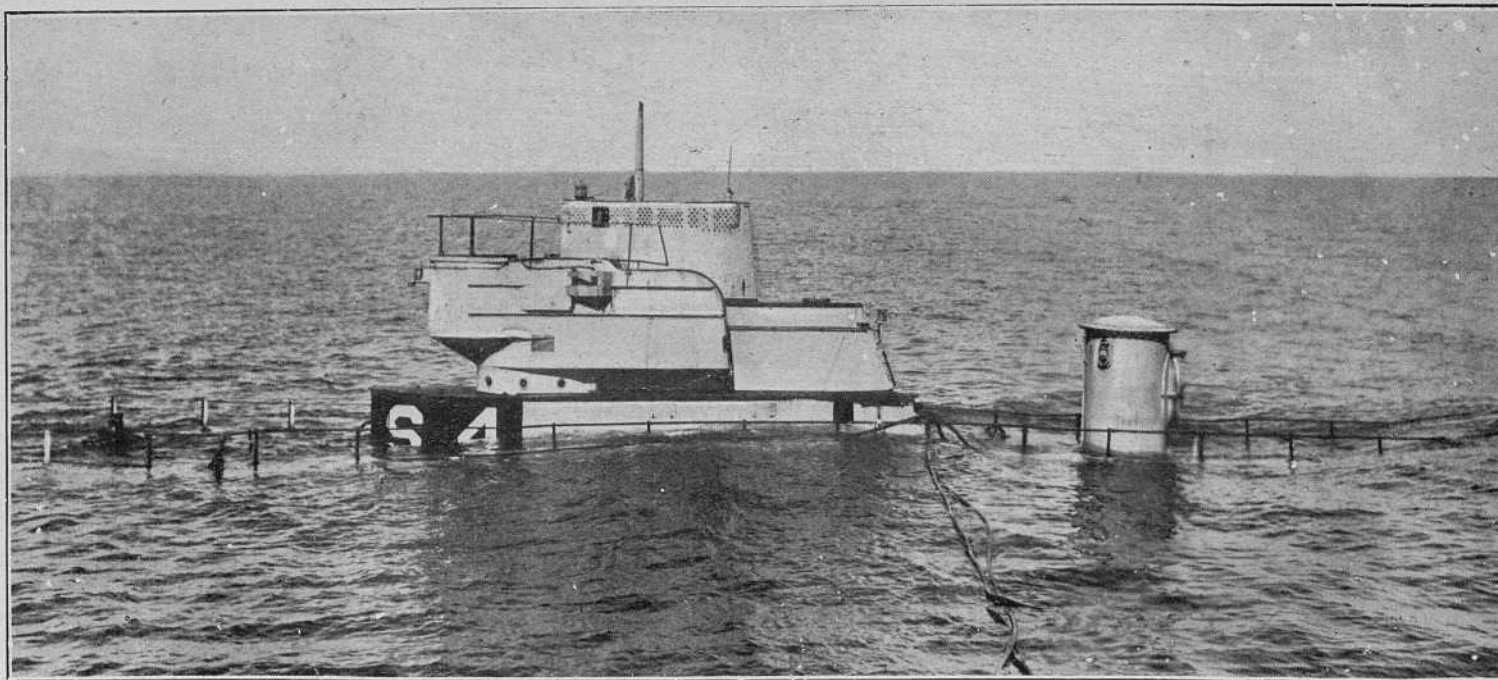
Entre los diversos procedimientos sometidos al estudio de las autoridades navales, parece ha-

ber logrado completa aprobación, desde el punto de vista teórico, el método propuesto por el teniente de navío C. B. Momsen, que durante varios años ha servido á bordo de submarinos, especializándose en el estudio de dichas naves de guerra.

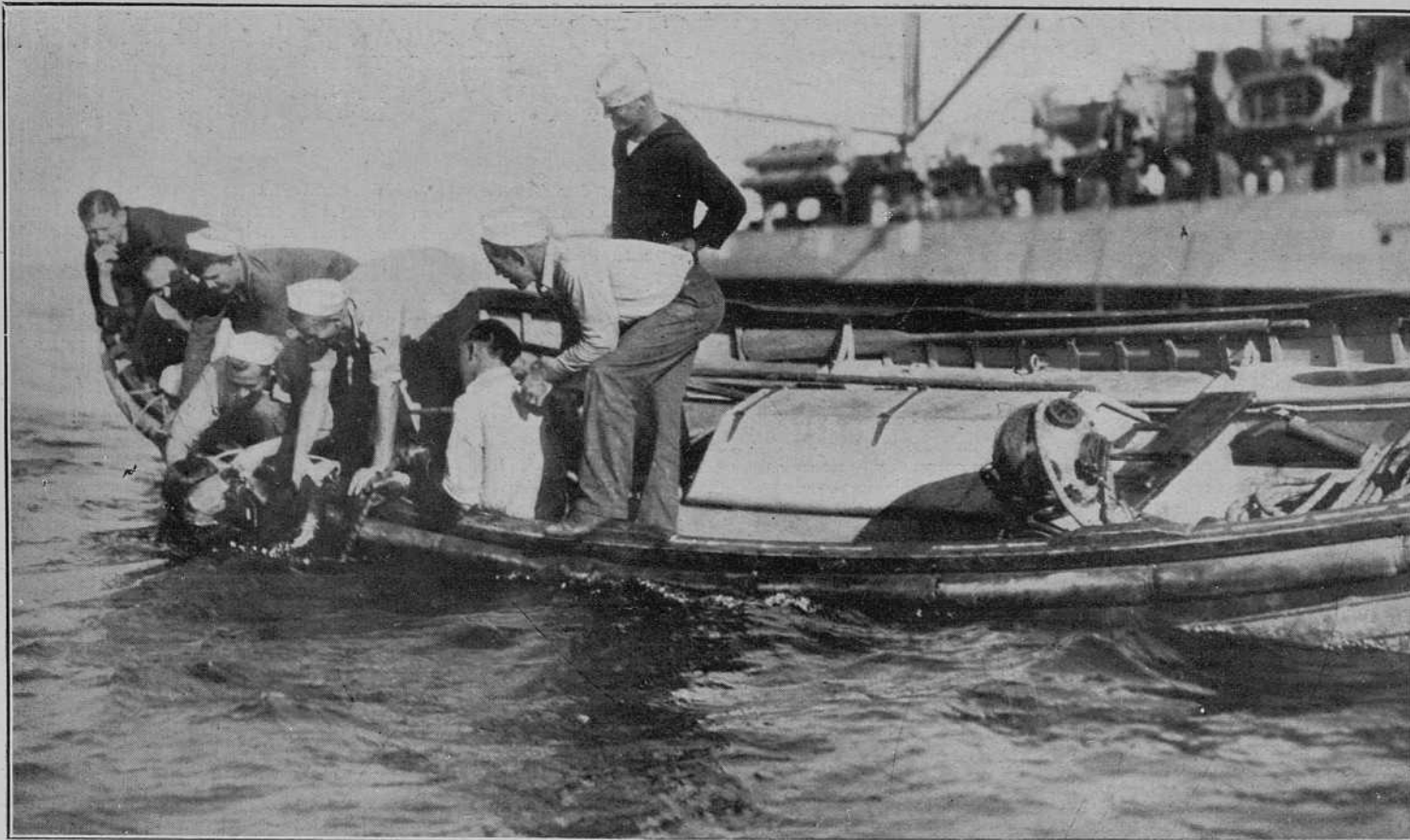
Consiste el sistema Momsen en dotar á los submarinos de una torrecilla de escape situada en la cubierta del barco y en la forma que muestra una de las adjuntas fotografías, merced á la cual, llegado el triste caso de irse á pique el submarino, los tripulantes podrán huir del buque

sinistrado, elevándose á la superficie desde el fondo del mar y manteniéndose en ella á flote mientras se acude en su socorro.

A este efecto, ha ideado el teniente Momsen el aparato que llama *pulmón artificial*, y que en líneas generales se asemeja á las caretas protectoras contra los gases tóxicos usadas en la última guerra. Como puede verse en otra de nuestras ilustraciones, el *pulmón artificial* consiste en un saco de caucho con dos tubos flexibles que terminan en un pequeño receptáculo metálico que se adapta herméticamente á la boca y que, me-



El submarino «S-4» sumergiéndose para realizar los ensayos del sistema de salvamento Momsen



Llegada á la superficie de los tripulantes del submarino «S-4», sumergido durante las pruebas del sistema Momsen, cuya eficacia parece de-

mostrada en los ensayos realizados en Cayo Hueso y otros lugares de las costas norteamericanas y á diversas profundidades

dante dos pinzas, oprime fuertemente las aberturas nasales, con objeto de que toda la función respiratoria sea sólo bucal. El saco de caucho, lleno de oxígeno, abastece de aire puro al naufrago durante cierto espacio de tiempo. Con dicho objeto, el pequeño receptáculo metálico contiene sosa cáustica destinada á purificar el aire espirado.

La maniobra de salvamento se efectúa del siguiente modo: llegado el caso de abandonar el buque hundido, los tripulantes van penetrando en el compartimiento donde se halla emplazada la torreta de escape, abriéndose entonces las llaves que dan entrada al agua. Esta asciende hasta llegar al cuello de los naufragos, con lo que se igualan las presiones interior y exterior. Ajustado entonces el pulmón artificial, el tripulante abandona la torrecilla, haciendo funcionar un flotador que lo eleva rápidamente á la superficie del océano, y que por medio de un mar-



El «pulmón artificial», que completa el sistema de salvamento ideado por el teniente Momsen, de la marina de guerra norteamericana

cador automático señala al naufrago el número de metros que va ganando en la ascensión, con objeto de que pueda regular ésta y evite así los posibles trastornos fisiológicos originados por el paso demasiado rápido de las grandes á las pequeñas presiones. Los aparatos flotadores disponen al efecto de varias secciones, divididas en cámaras de agua y de aire, pudiendo irse vaciando las primeras mediante válvulas operadas á mano, aumentándose así poco á poco la fuerza ascensional del flotador. Este utilísimo mecanismo auxiliar del sistema Momsen, luego de ganar la superficie, actúa de boya, facilitando las operaciones de salvamento realizadas por los barcos llegados al lugar del siniestro.

Los ensayos del sistema Momsen se están verificando actualmente en las costas de los Estados Unidos, utilizándose en ellos precisamente el submarino «S-4», de triste memoria, que, como se recordará, fué puesto á flote con toda su lúgubre carga, una semana después de la catástrofe, y que, debidamente reparado, ha sido incorporado de nuevo á la marina de guerra norteamericana.

D. R.

L A C O N D E C O R A C I O N

(H U M O R A D A D E A N T O N C H E J O V)

Ljov Pustjakov, profesor de la academia preparatoria para militares, se dirigió aquella mañana de primero de año hacia la habitación de su compañero de pensión, el teniente Ledenzov.

—Oye de lo que se trata, Grigori—le dijo, después de las felicitaciones de rigor—; yo no te molestaría si no me hallara en una situación apuradísima. ¡Préstame por el día de hoy tu cruz de San Estanislao! Almuerzo esta mañana en casa del comerciante Spitchkin, y tú ya conoces el alma mezquina de este hombre que clasifica á las gentes según los chirimbolos que ve colgados de sus pechos... Si á mí me ve llegar sin nada, me considerará un malhechor... Además tiene dos hijas: Nastya y Sina... Yo te cuento todo esto porque sé que eres amigo mío... Préstame tu cruz, querido; hazme ese favor...

El teniente escuchó con cara seria el discurso que su compañero le tartamudeó entre sonrojos, y á pesar de que el asunto no le hacía ninguna gracia, acabó, después de renegar un rato, por darle la condecoración.

A las dos de la tarde tomó Pustjakov un coche de punto para dirigirse á casa de Spitchkin. Una vez instalado cómodamente en el asiento, desabrochó su pelliza y contempló el oro y el esmalte de la cruz que adornaba su pecho.

—Es extraordinario, pero he subido hasta en mi propia estimación—pensaba carraspeándose—. ¡Qué sensación me causa esta cosa tan pequeña, que apenas puede haber costado cinco rublos!

Al llegar ante la casa del comerciante y bajarse del coche, abrió bien su abrigo y pagó al cochero. Le hizo el efecto de que éste se quedaba petrificado de admiración ante la vista de sus brillantes charreteras, sus botones y su cruz. Pustjakov volvió á carraspear, y contoneándose orgulloso penetró en la casa. Mientras se iba quitando la pelliza en el recibimiento, lanzó una mirada en el comedor.

En torno á una gran mesa almorzaban aproximadamente quince personas. Se oía el ruido de los platos y la charla de los comensales.

—¿Quién habrá llamado?—oyó decir nuestro amigo al dueño de la casa—. ¡Ah, Ljov Nicolaievich. ¡Le ruego que pase y tome asiento!... Se ha retrasado usted un poco. Pero no importa; acabamos de empezar.

Pustjakov sacó el pecho, irguió la cabeza y, frotándose las manos, entró en el comedor. Pero una terrible sorpresa le aguardaba. Sentado junto á Sina vió á su compañero Tremblant, profesor de francés de su misma academia. Si este hombre percibía su condecoración, le haría, sin duda, una serie de desagradables preguntas que le pondrían en el más espantoso de los ridículos y le harían perder para siempre su buen nombre. La primera idea que acudió á la mente de Pustjakov fué la de arrancarse la cruz del pecho y echar á correr; pero, aparte de que la cruz estaba sólidamente cosida á su casaca, ya no era posible una retirada airosa. Rápido cubrió la condecoración con su mano derecha, é inclinándose hasta el suelo hizo á toda la concurrencia una reveren-

cia aparatosa y rara. Después, sin dar á nadie la mano, se dejó caer pesadamente en una silla, frente á su colega Tremblant.

—Debe estar borracho—pensó Spitchkin al ver sus extraños modales.

Un criado colocó un plato de sopa ante el recién llegado. El profesor cogió la cuchara con la mano izquierda; pero reflexionó al instante que en la buena sociedad no se acostumbra á comer de ese modo. Declaró que ya había almorzado y que, por lo tanto, no tenía hambre.

—Merci...—tartamudeó—; se me ocurrió ir á hacer una visita á mi tío el pope Jelejev, y... se puede decir que me obligó á almorzar con él...

Un hambre casi dolorosa y una rabia frenética se fueron apoderando de Pustjakov según iban llegando hasta él, primero, el olor delicioso de la sopa, y después, otros aromas prometedoros que subían de la cocina. Intentó libertar su mano derecha y tapar la cruz con la izquierda; pero esta maniobra se le presentó llena de dificultades.

—Lo van á notar... Si cruzo así el brazo izquierdo, pareceré un tenor de ópera. ¡Quiera Dios que esta comida termine pronto, para irme á comer á un restaurante!

Después del tercer plato, se decidió nuestro héroe á echar una mirada al francés. Tremblant, por motivos desconocidos, le contemplaba molesto, y tampoco comía. Las miradas de ambos se cruzaron, y el azoramiento de los dos aumentó.

—¡Granuja! Me ha descubierto—se dijo Pustjakov—; se lo noto en la cara... Y como el muy sinvergüenza es un intrigante, me denunciará mañana al director.

El comerciante y sus convidados comieron tranquilamente el cuarto plato, y por orden natural de las cosas comieron también el quinto.

De pronto se levantó un señor de alta estatura y nariz aguileña, arrugó el entrecejo, acarició su cabellera y pronunció un brindis:

—Ah..., ah..., ah..., yo... les ruego... que beban á la salud de las damas presentes...

Los comensales se levantaron ruidosamente y agarraron sus copas. Una salva de vivas estremeció la casa. Las señoras sonreían y brindaban también.

—Ljov Nicolaievich—gritó un convidado—haga el favor de pasar esta copa á Nastasia Timofejevna.

Esta vez, y á pesar de todo su miedo, no tuvo el profesor más remedio que usar de su mano derecha y dejar resplandecer á la vista de todos su cruz de San Estanislao, que colgaba triunfante de su cintita roja, muy arrugada.

Pustjakov palideció, bajó avergonzado la cabeza y echó una mirada temerosa sobre el francés. Este le contemplaba con mirada interrogativa y asombrada. En sus labios apareció una sonrisita equívoca. Toda expresión de malestar desapareció como por encanto de su rostro.

—Julio Augustovich—interpeló Spitchkin al francés—, pase usted esta botella á sus vecinos. A esos les hace falta.

Tremblant titubeó un instante. Agarró con la mano derecha la botella que le tendían, y, ¡oh, felicidad!, en su pecho percibió Pustjakov el resplandor de una flamante cruz, y para colmo, no de una sencilla San Estanislao, sino de una auténtica Santa Ana. ¡Conque el francésito también hacía trampas! Pustjakov sintió una alegría tan grande, que soltó una carcajada. Después se repantigó en su silla y estiró cómodamente brazos y piernas... ¡Ya no necesitaba tapar su cruz! Ambos habían cometido el mismo pecado, y ninguno podía denunciar ni criticar al otro.

—¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...—articuló Spitchkin, lleno de asombro, á vislumbrar la cruz sobre el pecho de nuestro profesor.

—Sí, es verdaderamente asombroso—Pustjakov se dirigió al francés—, es verdaderamente asombroso, Julio Augustovich, las pocas personas de nuestro instituto que han sido propuestas para condecoraciones en estos días de Pascua. Hay que ver la cantidad de personal que tenemos, y sólo usted y yo hemos merecido una distinción. Es, en verdad, a-som-bro-so...

Tremblant asentía encantado y mostraba orgulloso su solapa izquierda con la Santa Ana de tercera clase.

Después del almuerzo se paseó Pustjakov por todas las habitaciones de la casa, enseñando á las damas su cruz. A pesar del hambre que roía su estómago, se sentía un corazón alegre y ligero.

Con envidia lanzó una mirada á Tremblant, que sostenía con Spitchkin una conversación sobre condecoraciones, y pensó:

—Si llego yo á figurarme que este tipo era capaz de poner en escena semejante embuste, me cuelgo todo un Vladimiro. Pero, ¡quién podía sospecharlo!

Este pensamiento le amargó un poco. Pero, por lo demás, se sentía perfectamente feliz.



... enseñando a las damas la condecoración

Traducción de
VALERIA LEON

(Dibujo de Quesada Hoyo)

LA ACTUALIDAD DE PASO

LA RUSIA NUEVA DE GORKY

EL ilustre crítico austriaco Stefan Zweig, que recientemente ha pasado, en viaje de estudio, unas semanas en Moscú, en uno de los artículos que después ha publicado anuncia que el gran escritor Máximo Gorky tiene escrito, y en breve saldrá á luz, un libro sobre la Rusia nueva. No hay para qué decir que ese anuncio ha despertado, á la hora presente, una enorme expectación en el mundo. Es legítima esa universal curiosidad. ¿Qué va á decir el autor de *Asilo de noche*?

Sabido es que entre los escritores rusos que se tuvieron siempre en olor de revolucionarios, Gorky es el que desde luego simpatizó con el bolcheviquismo triunfante, y que, en justa reciprocidad, mereció las preferencias del gobierno de los Soviets. Otros, como Andreieff, perseguido, tuvo que ir á morir en la vecina Finlandia.

Aparte sus tendencias como escritor, Gorky tiene un antecedente que le hace grato á los comunistas rusos.

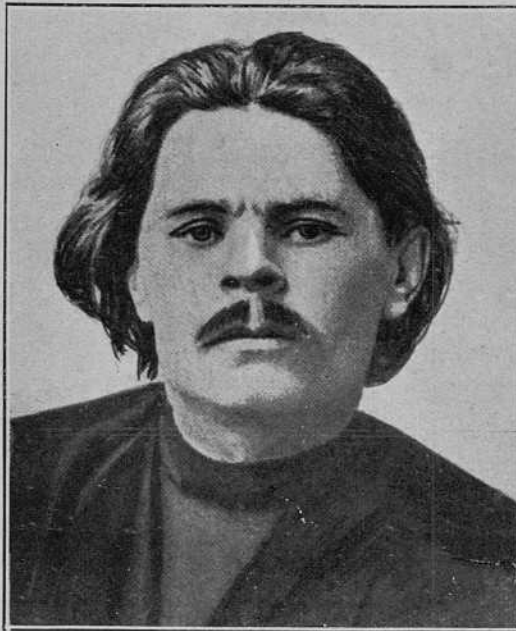
En tiempos del zarismo estuvo Gorky preso, acusado de ser el instigador de la dolorosa tragedia revolucionaria del 22 de Enero de 1905 en San Petersburgo.

Al margen de su merecida fama de novelista, fué el héroe un día, con razón ó sin ella—que ese punto no está claro—, de un subversivo movimiento político.

Ascendiente sobre las masas populares, entonces, como ahora, es indudable que Gorky lo tenía. Y es que el hombre, en él, ofrecía en su persona una imagen exacta de su obra. La historia de su propia vida estaba proyectada en sus novelas. Además, su rostro huraño, enérgico, su abundante cabellera tirada hacia atrás, la blusa del campesino flotando sobre un torso robusto—él, por idiosincrasia, ha querido vestirla siempre—daban la impresión de que encarnaba el tipo del *mujic* inteligente, audaz, y con esa envergadura lo retrató Riepine, el famoso pintor que trazara también aquel lienzo de un realismo doloroso, los *Burlaki*, los sirgadores del Volga, uncidos á la cuerda que lleva las barcas, los pies desnudos en la arena, rendidos de fatiga bajo los rayos de un sol tórrido.

Sin embargo, respecto á la filiación revolucionaria de Gorky, se ofrecieron siempre muchas dudas. Se estimó un error el afán de adscribir á un partido político al hombre que había flagelado á todos los partidos con igual grado de desdén, al incorregible vagabundo del pensamiento que se comparaba él mismo orgullosamente al pájaro que anunciaba las tempestades.

Cierto; en la antigua Rusia, Gorky, temperamento de hombre libre, odiaba las instituciones autocráticas, con la nobleza dilapidadora y la burguesía mezquina, que eran sus



MAXIMO GORKY

instrumentos de dominación sobre el pueblo. Pero en las clases populares, ¿cuáles merecían la simpatía ó la misericordia de su pluma? No eran los campesinos, los *mujics* que habían conquistado, por la piedad, el corazón de Tolstoy. Todo lo contrario del maestro se advierte en Gorky. No disimula éste su hostilidad al campesino, y la traduce con harta frecuencia en múltiples pasajes de sus obras. En vez de idealizar al *mujic*—como en cierto modo hizo Turgueneff—, Gorky lo pinta con un relieve grosero, tanto en el aspecto físico como en el aspecto espiritual.

Uno de sus personajes la expresa en estos términos: «Yo no amo á ningún campesino... ¡Todos son unos canallas! Ellos tienen Estados provinciales, y éstos hacen todo por ellos... Gimen, son unos hipócritas; pero quieren vivir; tienen una protección, que es la tierra.»

No era tan mísera la vida del campesino. Así, uno de los vagabundos, de los *ex hombres*, dice con cierto aire de envidia y, á la vez, de desdén: «Tú tienes tu casa; ella no vale gran cosa; pero es tuya. Tú tienes tu tierra; ella no es más que un puñado, pero es tuya. Tú tienes tu gallina,

tus huevos, tus patatas; tú eres un rey en tu terrazgo.»

Si así trata á los campesinos, con idéntica severidad trata á las clases instruidas y á los obreros. En cuanto á estos últimos, que se contentan de una aspiración á la dicha burguesa, él, por la boca de sus «inquietos», los considera como esclavos indignos del nombre de hombres. «Ellos no hacen más que construir—escribe—; ellos trabajan perpetuamente; su sangre y su sudor son el cimiento de todos los edificios de la tierra. Y el salario que reciben es irrisorio, aunque ellos agotan sus fuerzas en ese trabajo creador de maravillas, el cual, después de todo, no da á esas gentes ni techo ni pan en cantidad suficiente.»

¿Las clases instruidas? Al arquitecto Chebuef le hace decir en su discurso: «Algunos de nosotros escriben; otros leen. Después de haber leído, ellos discuten; después de haber discutido, olvidan lo que han leído.» Y el periodista Yejof, en *Tomás Gordeief*, dice: «Yo quisiera decir á la clase instruida: ¡Escarabajos! Vosotros sois lo mejor de mi país. Vuestra existencia ha sido pagada con la sangre y las lágrimas de docenas de generaciones de rusos. ¡Qué caro habéis costado á vuestra patria! ¿Qué habéis hecho por ella? ¿Qué habéis dado á la vida? ¿Qué habéis hecho?»

Esto es lo que pensaba y escribía Gorky hace unos años. La revolución y el régimen bolchevique llevan ya algunos de existencia y de dominio en el antiguo Imperio de los Zares. Este periodo es el que va á trazar Gorky en su libro, ya escrito y á punto de publicar, sobre la Rusia nueva. Para él, ¿habrá cambiado todo lo viejo, arrastrado en polvo por la ráfaga violenta de la tormenta revolucionaria? Con el cambio de las condiciones materiales en la estructura comunista, ¿habrá cambiado la miserable condición moral del *mujic*? ¿Y el obrero? ¿Y las clases instruidas? Nada se sabe de la opinión de Gorky al caso. Sin embargo, el mismo Stefan Zweig nos habla del sacrificio y de la miseria á que están sometidos los sabios y los artistas en la Rusia soviética. De la mísera existencia de los campesinos, con sus periodos de hambre, nos habló el novelista inglés Wells, no obstante su afán de reconciliar el régimen soviético con la hostil opinión europea. Con curiosidad viva se espera el libro de Gorky.

¿Es esta Rusia de hoy la que él presentía, aquella con que soñaba? Debe recordarse aquella profecía suya, en boca de uno de sus personajes: «Y entonces, aquellos que lleguen á dominar en este marasmo, ellos construirán la vida á su idea; inteligentemente. Las cosas no irán ya á la deriva, sino que serán tiradas á regla, como el papel de música. ¡Ay!, yo no viviré hasta entonces.»

ANGEL GUERRA



Una escena de «Los bajos fondos», drama de Máximo Gorky, escenificado en Moscou

Elegancias

Lo mismo la camisa pantalón que las combinaciones y pyjamas, han evolucionado grandemente en poco tiempo, y es, por lo tanto, preciso ir pensando en la renovación de estas prendas íntimas. Una visita á las grandes casas donde se confecciona esta ropa demostrará á nuestras lectoras á qué grado de refinamiento y de buen gusto se ha llegado en las últimas creaciones.

Los nuevos modelos, maravillosamente adaptados á las exigencias de la vida moderna (mirando principalmente á la deportiva), nos seducen por su aspecto práctico, al par que por su belleza. Todos nuestros descos

están previstos, y para todas las circunstancias de nuestra vida tenemos hoy prendas íntimas de un perfecto confort.

Hay lindos equipos para viaje; creaciones especiales para el departamento del *wagon-lit* ó la cabina del trasatlántico: batas-kimono, pyjamas, saltos de cama, y como complemento, sábanas y almohadas, en consonancia con el color de aquellas prendas deliciosas.

En la primavera, sobre los lagos de Italia, y en otoño, sobre las arenosas playas de la costa vasca, la mujer moderna adopta una ropa interior adecuada á cada uno de estos lugares.

La ropa de cama para



Vestido de seda estampada

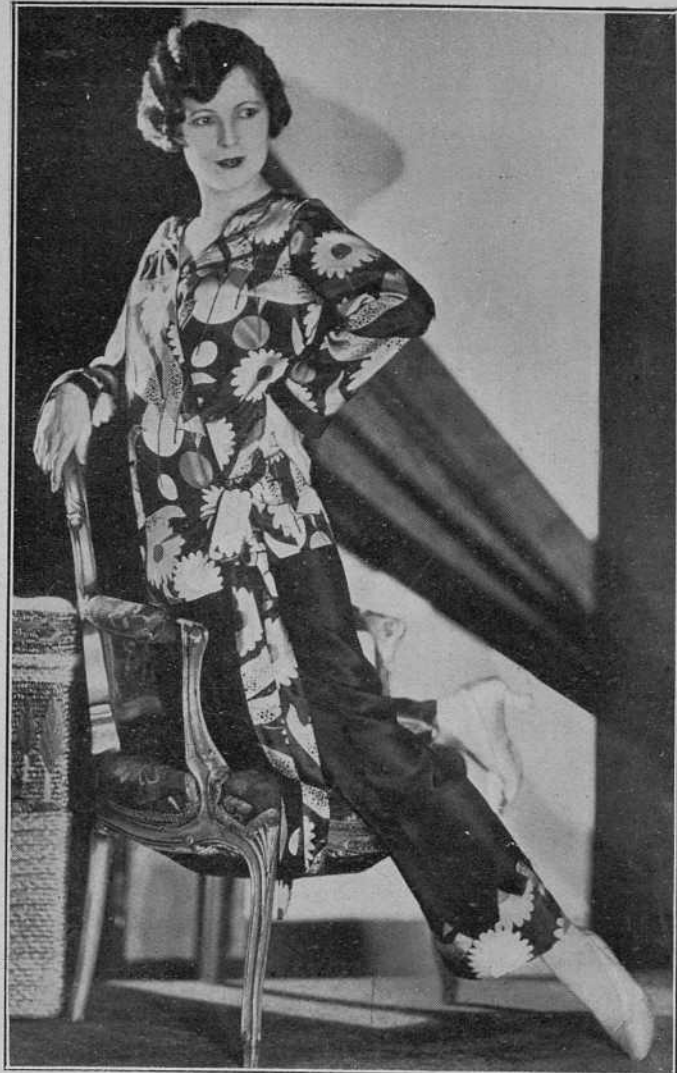


Vestido de «crêpe georgette»

Pyjama de seda rosa, guarnecido de encaje de oro
(Fot. Manuel Frères)



Pyjama en satín verde y lamé de oro
(Fot. Manuel Frères)



Pyjama en seda negra estampada en colores
(Fot. Ortiz)



Vestido de «crêpe georgette» color verde almendra
(Modelo Nanteuil)

el tren debe ser de hilo, con incrustaciones de punto de aguja ó con puntos de encaje grueso. Las mantas serán de lana gruesa con dibujo: cuadros, lunares grandes, rayas; en el centro, las cifras del viajero bordadas en grandes caracteres.

Para guardar este bagaje, el pyjama, la *liseuse*, las pantuflas, el libro de lectura y todos los útiles imprescindibles en nuestra intimidad, hay unos sacos de mano muy prácticos, con varios compartimentos, hechos en piel de puerco, con cierres de metal blanco.



Los pyjamas que se llevan para viajar son sencillos; los de forma de camisero son acaso los que más aceptación tienen. En cambio, para la casa, ¡cuánta fantasía y qué derroche de telas suntuosas!

Contemplando algunos modelos de pyjama, hemos creído hallarnos frente á la *toilette* de una *vedette* del Moulin Rouge.



Cloche de paja radjan negra
(Modelo Rejane)

Con los trajes de noche actuales, tan descotados en la espalda, no es posible combinaciones.

Estas han sido substituidas por el fondo del vestido, que en la parte delantera de la falda va finamente plisado, á fin de darle amplitud y que no abulte lo más mínimo.

Y lo que decimos de la combinación, lo decimos, naturalmente, de la camisa, que ha quedado totalmente descartada para llevar con un conjunto de noche

Sólo se adopta un pantalón de encaje, de *crêpe georgette*, ó de crespón de China, con guarniciones de encaje ó tul.

Es una prenda esencialmente vaporosa, quizá muy atrevida; pero se la acepta por lo práctica, aun á costa de que su hechura y confección ataque los principios de austeridad más arraigados.

ANGELITA
NARDI



Vestido de «crêpe georgette» azul marino
(Modelo Nanteuil)

Evocación de los brillantes días califales en la Corte de Córdoba



Córdoba.—Una de las naves de la Mezquita

ORGANIZADA por la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, se ha celebrado la Semana Califal en Córdoba, al cumplirse el primer milenario de la proclamación del Califato en dicha ciudad.

La bella capital andaluza conmemoraba, al cabo de diez siglos, los días en que fué metrópoli occidental del Imperio islámico, cuando proyectaba sobre el agitado mundo sarraceno la sombra gigantesca de su esplendor, que imprimió á los blasones árabes un supremo sello de aristocracia.

Porque no ha dejado de ser moruna, vuelve Córdoba sobre el tiempo, y solemniza aquél en que la coronó el Omeya más ilustre de su dinastía.

Ardía el Islam en la hoguera de la discordia. El odio de tribus y el sectarismo religioso fraccionaban la gran unidad árabe, que mientras dilatava su extensión soñando con el imperio uni-

versal, dispersaba sus energías íntimas en anárquicas luchas interiores.

En el año 680, tras un gobierno tolerante para todos los fanatismos, fué fundada la dinastía siria, que afianzó su corte en Damasco, ascendiendo al trono Yezyd, enemigo irreconciliable de los Medineses, defensores del Profeta, á los que hizo sentir el peso de su autoridad implacable.

El espíritu de rebelión, latente en el alma insumisa de los musulmanes, abatió el poderío de los califas Omeyas, que en el año 750 eran destronados y perseguidos por el rencor siniestro de los abbasies, que tomaban represalias exterminadoras en la noble estirpe de Moavia.

De la crueldad abbasí consiguió librarse un nieto del califa Hixem, el príncipe Abderramán, que tras penosas correrías por Cairuán y Egipto, se estableció en Sabra, de la tribu de Hefza, cerca de la desembocadura del Muluya.

Hasta su destierro africano llegaron noticias magníficas acerca de las tierras de Occidente conquistadas por Muza ben Hosair en tiempos de sus antecesores, y las costas de España curaron las hondas nostalgias del oriental, cuya ambición espoleaban los relatos de «el andalus».

Rápidamente concibió el proyecto de restaurar su dinastía en la Península, y ayudado por partidarios de su causa, desembarcó en la playa de Almuñécar, organizando una heterogénea tropa de omeyas, yemenitas de Granada y Jaén, modarifes de Archidona y berberiscos de la serranía de Ronda.

Dirigió sus banderas contra el emir Yusuf, aliado con el cabeilla Somail, y á orillas del Guadalquivir libraron una ruda batalla, que terminó con la victoria del Omeya.

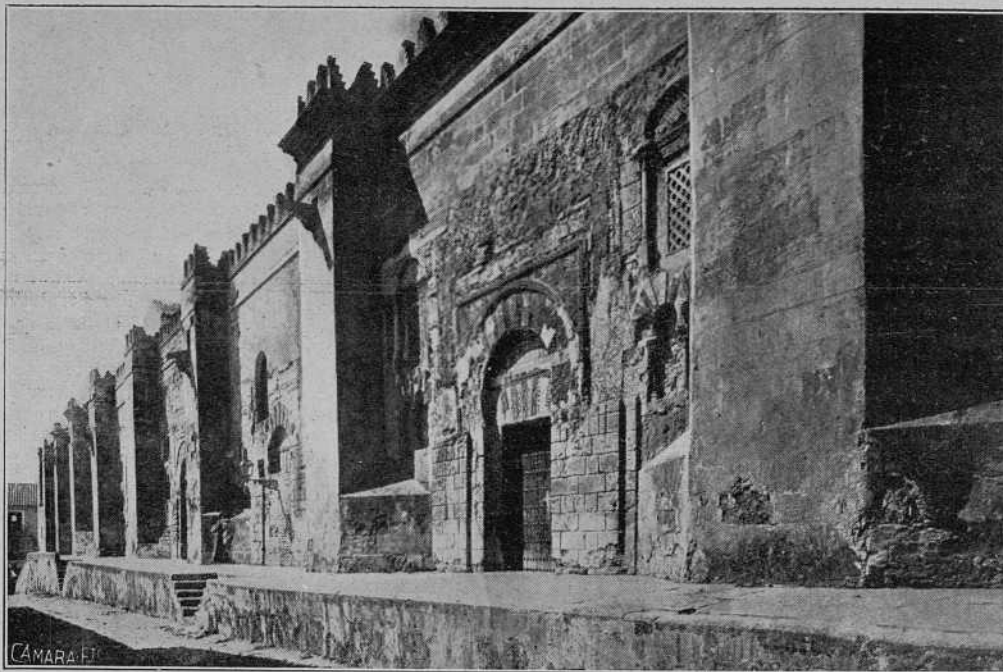
Desde este momento puede considerarse establecido el poder absoluto en España, pues aunque Abderramán continuó usando el título de

emir, independizó el gobierno de la Península del califato oriental, y dió impulso propio al complicado mecanismo del Estado.

Tal grado de prosperidad alcanzó el emirato cordobés, que en el año 929, el tercer Abderramán, haciendo uso de un derecho del que sus ascendientes no parecieron preocuparse, elevó a la categoría de califato la bella capital de los musulmanes españoles.

Ya el emir de Cairuán se había anticipado á esta resolución, erigiendo en su territorio un califato independiente del de Bagdad, y quizá el deseo de contrarrestar la influencia de aquél en África precipitó al de Córdoba en la realización de su designio.

Y la blanca ciudad de los omeyas se engalanó con la corona califal, en virtud de la preeminencia dinástica de sus emires, que arraigaron en el suelo hispano las raíces sirias.



Un trozo del exterior de la Mezquita de Córdoba

chos, se producían frutos de selección que convirtieron el mercado hispano en una fuente de riquezas.

Igual prosperidad alcanzaban la industria y las artes menores.

Se trabajaba el cuero—el cordobán famoso—; se tallaba el marfil; los orfebres tejían un en-

doba ciudades de ensueño, mezquitas prodigiosas, bibliotecas, alcázares, baños...

Engranaje de gran ciudad que rindió á la cultura y al arte un fervoroso tributo de admiración.

El sistema pedagógico trazaba una recta sobre el panorama de la sabiduría, y á veces sobre el fondo luminoso de un huerto se escuchaban las doctas disertaciones del maestro que explicaba su cátedra.

Respecto á la lengua en que se expresaron los moros andaluces, existen opiniones diversas, no siendo aventurado suponer que el romance fué corriente entre ellos.

Una de las manifestaciones artísticas más arraigadas entre los musulmanes, después de la música, fué la poesía.

Durante el reinado de Alhaquem II, alcanzó el Califato un gran apogeo literario.

De Bizancio llegaban al Califa, como presentes imperiales, los ejemplares más valiosos que se ostentaban en su biblioteca, y los poetas orientales que pretendían monopolizar la capacidad lírica tuvieron que ofender su admiración á los intelectuales de Occidente cuando éstos pasearon en triunfo por Bagdad y Damasco la embajada romántica de una kasida cordobesa.

El tiempo, inmutable, trajo la abolición del Califato; trajo después el gesto belicoso y austero de la Reconquista.

Y la ciudad de los alarifes y los mosaístas, por donde discurrieron poetas y cadíes, platicaron justicias y ensueños, vió hundirse, mutilada, la ciudad de Medina Az-zahara y conservó con altivo heroísmo, para el asombro actual, la maravilla de su gran Aljama.

Los árabes cordobeses que dejaron la herencia de su añoranza en el refugio marroquí, iniciaron un gesto rebelde que, á veces, el alma hermética del Rif deja asomar á la blanca sonrisa de los cabileños.

El enorme influjo de la civilización oriental, que se dejó sentir al principio de la dominación árabe en España, fué transformándose paulatinamente en un sentido neto de adaptación nacional. Las influencias originarias se convertían en una expresión nueva que, depurando todos los reflejos, manifestaba su inquietud esencialmente creadora. El contacto, la mezcla con otra raza, aunque abatida, con gérmenes inconquistables en el alma, hicieron surgir en el ambiente prodigioso del andalus la civilización perfecta, integrada por infinitos elementos, y sin embargo única.

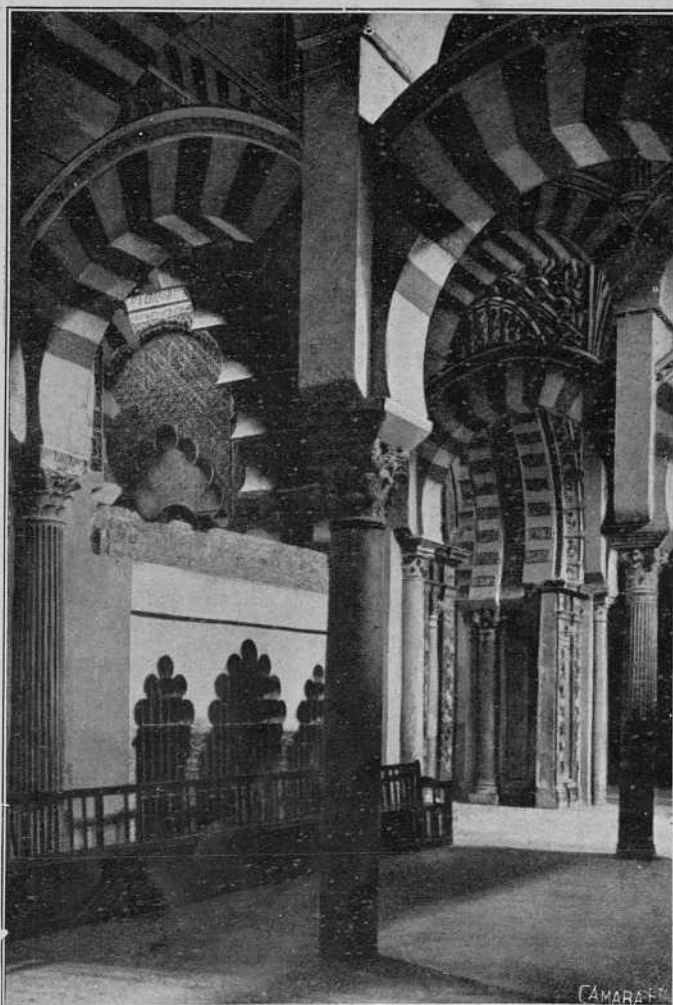
La organización de la sociedad cordobesa llegó á adquirir un gran relieve, ponderándose en todos sus aspectos las actividades que desarrollaba.

La elección de jueces era facultad de la soberanía califal, árbitro decisivo de los destinos del pueblo; pero este mismo pueblo, no muy transigente con el absolutismo inmoderado, procuraba que la elección recayera sobre un hombre que garantizase los derechos populares frente á las arbitrariedades de la nobleza coraíseita.

El sistema tributario, si no de una perfecta equidad para los sometidos, estaba bien organizado, y tenía la ventaja de ser poco exigente, sobre todo en épocas malas.

El régimen monetario sufrió varias modificaciones, hasta que Abderramán III instituyó en Córdoba la Ceca del Califato, acuñando dinares y dirhemes de tipo monetario distinto á los anteriores.

La agricultura florecía espléndidamente sobre las fértiles vegas españolas, cultivadas por los procedimientos más perfeccionados, aunque las innovaciones árabes respetaron el sistema de riegos implantados por los romanos. Ya entonces soportaban las tierras andaluzas el terrible yugo del latifundio, y en las enormes posesiones de algunos, trabajadas por mu-



Vista parcial de la Mezquita de Córdoba

Fots. Castellá

ROSARIO DEL OLMO

PERIÓDICOS Y PERIODISTAS DE ANTAÑO

AUGUSTO SUAREZ DE FIGUEROA

No es frecuente entre los profesionales del periodismo dedicar a la familia, merezcánlo ó no sus elementos componentes, aquella atención un poco exagerada á veces que aplican á los de fuera. Y cuanto más el familiar lo merece, más suele dejarse en desarrollo y crecimiento espontáneos, sin duda por la creencia en que todos estamos de que bástale á cada cual con lo que tiene, sin que haya menester de ayudadores. Y tal conducta, sin previo acuerdo, seguimosla todos con sorprendente unanimidad.

Hoy, esa mala costumbre se rompe, por mi parte, para reponer en el punto de admiración que merece, y mientras vivió, supo, por su obra admirable, conquistarse una figura preeminente del periodismo español, á quien debe la Prensa española, en gran parte, la transformación y renovación en que venturosamente la vemos. Quiero hablar de Augusto Suárez de Figueroa, á quien, con razón, se le llamó en su tiempo maestro de periodistas.

No es una semblanza lo que deseo hacer, que ésa escrita está, y hasta recogida en libros anda por ahí. Más bien juzgo interesante ahora decir cómo fué, profesional y particularmente, ese gran periodista, que en su tiempo fué admiración y espejo de los que en las filas de la dura milicia del periodismo nos alistamos ya hace muchos años, un poco románticamente entonces, pero con romanticismo que aún vive en nosotros, por entender que él es indispensable para el mejor éxito de una profesión que todavía en España tiene tanto de dulce como de amargo.

Augusto Suárez de Figueroa fué exclusivamente periodista, y los periódicos en que actuó eran algo tan personalmente suyo, tan nutrido de las esencias de su pensamiento, su cultura, su caballerosidad y su fe, que tuvieron todos una característica inconfundible... Pero de esto habrá nueva ocasión de hablar. Periódicos de empresa los que constituyó, no fué á ninguno de ellos sin previas condicionales, que supo defender después tenazmente, siempre que los que le lanzaron, logro el propósito de su dirección y guía, pretendieron llevarlo por derroteros inconvenientes.

Augusto Suárez de Figueroa dábale al periódico tan por entero, que, para los que trabajábamos con él, era motivo de frecuente curiosidad el averiguar á qué hora comía nuestro director. De ordinario, él estaba en la redacción de los primeros; y cuando, concluidas las tareas de la

mañana, que él iniciaba y dirigía personalmente, nos retirábamos de la redacción para continuarlas por la tarde, allí quedaba Augusto. Allí le encontrábamos al volver; allí estaba hasta que, ajustado y cerrado el periódico, Figueroa abandonaba la redacción, generalmente solo, pues no le gustaban esas cortes de admiradores más ó menos sinceros de que otras personalidades gustan de acompañarse. No sólo no le agradaban, sino que por Augusto eran consideradas como indiscreciones intolerables tales oficiosidades, que en más de una ocasión supo sacudirse guapamente.

Escribía Augusto aquellos artículos de prosa impecable, de jugosidad intencionada, de sinceridad y gallardía inconfundibles, en una forma de letra admirable y clarísima, y siempre haciendo bolitas de papel con la mano izquierda mientras escribía y teniendo frecuentemente un habano entre los labios.

De cómo entendía Figueroa la dignidad é independencia del cargo, podría citar aquí muchos casos, y sólo citaré dos, porque ellos bastan como enseñanza y ejemplo que ya entiendo que no todos pueden imitar. Canalejas, dirigiendo Augus-

to Suárez de Figueroa el *Heraldo de Madrid*, se empeñó en que el periódico siguiera rumbos contrarios á los con él acordados, y le escribía diariamente una carta con normas para el fondo del día. La carta solía llegar á manos de Augusto cuando éste empezaba á trabajar ó estaba ya trabajando. El director cogía la carta, é invariablemente la echaba sin abrir en el cajón de la izquierda de la mesa del despacho en que estaba escribiendo. Aunque parezca increíble, se repitió semanas enteras, y hasta meses, el escribir Canalejas á Figueroa y repetir éste con la carta la operación descrita.

En otra ocasión, dirigiendo el *Diario Universal* Figueroa, quiso el conde de Romanones, contra lo pactado entre Figueroa y él, inmiscuirse en un *lapsus* cometido por uno de los redactores, al que suponía impondría no sé qué sanción y en una carta también llamaba la atención de Figueroa acerca del particular. Aquél le contestó diciéndole que á lamentar con él lo ocurrido debía limitarse simplemente su intervención en el caso. Realmente, quien dejó su puesto en el ejército por independencia de su carácter, no

podía proceder de otro modo si había de ser consecuente consigo mismo.

Este artículo va alargándose demasiado. Voy á ponerle punto final, contando algo también característico de la personalidad de Augusto Suárez de Figueroa en otro aspecto interesante de su vida. Un atardecer volvía Figueroa de sus tareas periodísticas del día en *El Resumen*. Al cruzar por frente á un gran hotel que había en la Puerta del Sol, una dama joven y hermosa salía del hotel para tomar el coche que la llevaría á la estación. Lo tomó, en efecto, y nuestro hombre cogió un *simón*, ordenando al cochero: «¡Sigue á ese coche!»

Al poco rato, el coche del hotel se detenía en la estación del Norte. Descendió la dama, y dirigiéndose al despacho de billetes, mientras los mozos trasladaban su voluminoso equipaje, dijo: «Un billete para París.»

Figueroa pidió otro billete para París y siguió á la belleza que tanto le había impresionado...

Pasaron días y más días, y ni en la redacción ni en su casa se sabía nada de Augusto. Mes y medio después, una carta del director de *El Resumen*, fechada en San Petersburgo, daba noticias del paradero de Augusto Suárez de Figueroa.



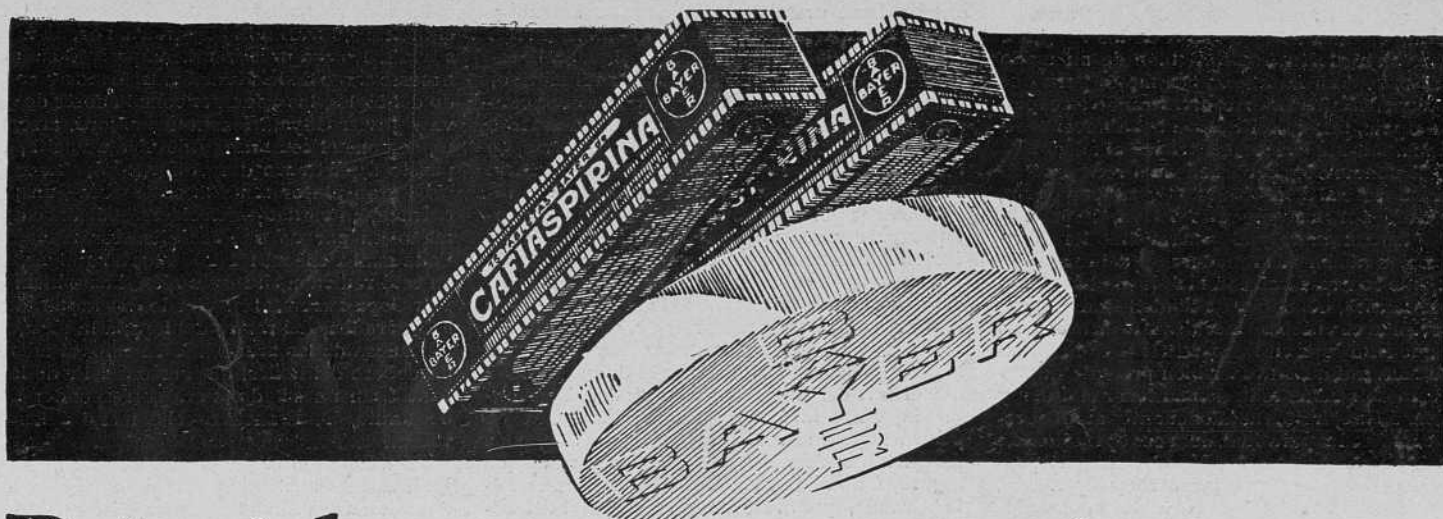
DON AUGUSTO SUAREZ DE FIGUEROA

FÉLIX
DE MONTEMAR

UN CORO DE MUCHACHAS ARISTÓCRATAS

En el *Stadttheater*, de Viena, ha hecho su presentación hace pocas noches una *troupe* de variedades nada vulgar, constituyendo el número, sin duda, más sugestivo de cierta revista de espectáculo. Y ello no sólo por la belleza de las once muchachas que forman el número, sino porque este lindo ramillete de segundas tiples, contra lo que ocurre generalmente, tienen voz y cantan bien, y, además, lejos de proceder las muchachas de las clases humildes, son todas aristócratas de pura sangre, nobles venidas á menos que han resuelto ganar su vida dedicándose al arte frívolo.

En efecto, en este delicioso corito vodevilésico figuran, entre otras señoritas aristocráticas: la condesa de Karatschony, hija de un ex general austriaco; Olga de Naschatyr, hija de un general ruso emigrado en Berlín; Nadja de Ratzowsky, hija de un general de Caballería búlgaro; Erna Freiling de Werner, hija de un antiguo gobernador de Riga, y la baronesa Marión de Tischendorf.



Rápido, seguro e inocuo

es el lema que distingue a la Cafiaspirina y hace que sea apreciada en el mundo entero contra los dolores de cabeza, muelas y oído. Su acción resulta milagrosa para cortar ataques gripales o resfriados y para aliviar las molestias particulares de la mujer.

Levanta las fuerzas sin atacar el corazón ni los riñones y no atonta como otros similares.

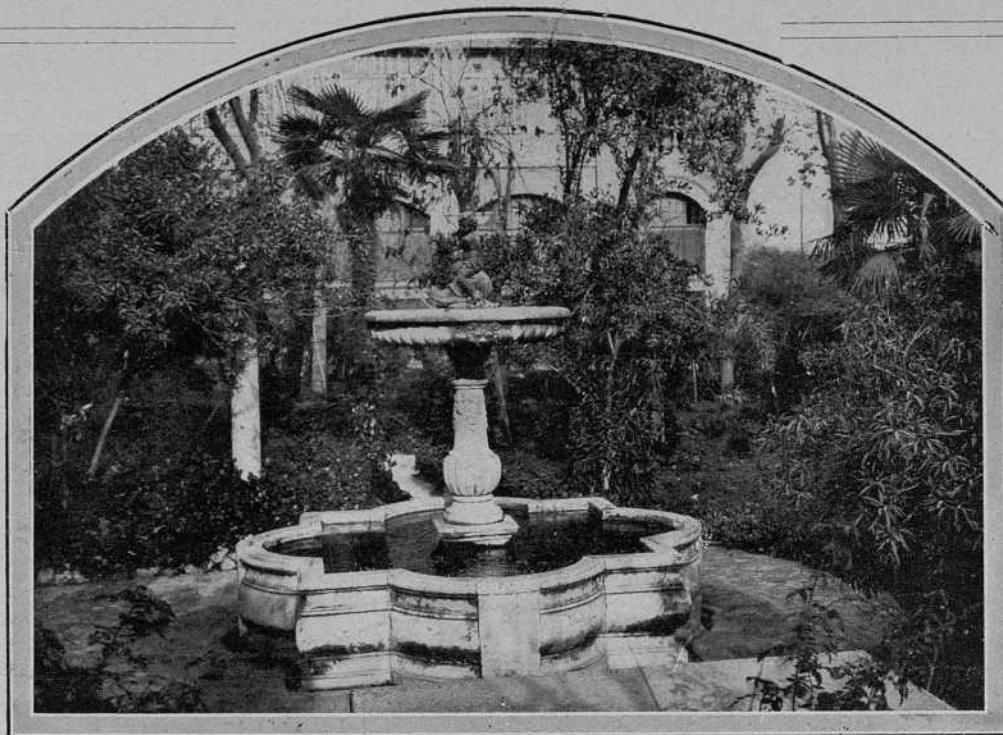
¡Desconfiad de las tabletas sueltas!

CAFIASPIRINA



RECUERDOS

HISTÓRICOS



Goya y Lord

Wellington

Fuente del jardín de Goya, que se conserva actualmente en el parque de D. Félix Granda, en el Hipódromo de Madrid (Fot. Cortés)

C IEN veces se ha confirmado en la Historia la jactanciosa frase de Enrique VIII: «Del lado que yo me incline se inclinará la balanza de Europa.» La intervención inglesa dió fin á la epopeya de nuestras luchas contra Napoleón. Claro que no por amor á España. Desde que el Corso decretó el bloqueo continental, Inglaterra le declaró una implacable hostilidad personificada en Nelson y Wellington. Trafalgar y los Arapiles son el término de la formidable empresa. Una vez contra España; la otra á favor nuestro, Inglaterra triunfó, y Napoleón quedó vencido. ¿Qué importaban los españoles? *Old England* ante todo.

En Agosto del año 12, los aliados entraron en Madrid, después de la victoria de los Arapiles. José I huyó de su Corte, si bien de un modo transitorio. Aún faltaban unos meses para que lo hiciera definitivamente, arrastrando su copioso equipaje, inspirador de una bella novela galdosiana. Al anuncio de las tropas aliadas, Madrid se conmovió, preparándose á recibir entusiásticamente al ejército anglohispanoportugués, mandado por los generales Alava, España y conde de Amarante y el generalísimo lord Wellington. Ovaciones atronadoras y delirante alegría, que contrastaron con la sequedad desdeñosa, casi hostil, del duque de Ciudad Rodrigo, exteriorizada en el áspero laconismo de la orden del día que hizo fijar en las paredes: «Los habitantes de Madrid deben tener bien presente que su primera obligación es la de mantener el orden y prestar á los ejércitos aliados cuantos auxilios estén en su poder para continuar sus operaciones.»

Así. Toma entusiasmo. No obstante, el pueblo madrileño, siempre jaranero y optimista, siguió viendo con agrado á los ingleses, entre los cuales hizo objeto de su predilección y máxima simpatía á los *highlanders*, no sólo por su pintoresca indumentaria, sino también por su catolicismo.

Wellington, siempre áspero, apenas se exhibió, tratando con ostensible despego á las autoridades y á los contados personajes á quienes dignábase conceder audiencia. Ni aun los regalos desarrugaban su ceño. Y como epílogo de su breve estancia en los Madriles, hizo volar la fábrica de porcelana del Retiro, fundándose en razones estratégicas cuya justificación no aparece por ninguna parte.

Poco antes de partir mostró un deseo, y quiso ponerlo en práctica. Sabía él que en Madrid habitaba un gran pintor, madrileño de corazón, ya que no de nacimiento, y quiso ser retratado por sus mágicos pinceles. Huelga decir que el ar-

tista era Goya, cuya fama habíase difundido, pese á la época, tan poco propicia á cuanto no trascendiese á sangre y exterminio. El general Alava, como amigo del pintor, prestóse á hacer las oportunas presentaciones. No era Goya demasiado fácil para trasladar al lienzo la figura del primer advenedizo. Tenía conciencia de su mérito, y hacíase valer, aparte de cobrar por su trabajo sumas que entonces eran considerables. Noticioso del cliente, lo halló de su agrado, y una tarde agostea, los generales Wellington y Alava, con brillante escolta de edecanes y palafreneros, encamináronse al estudio de Goya.

Residía D. Francisco, el de los Toros, en una quinta de su propiedad, con parque ameno y tierras labrantías, al otro lado del Manzanares. En terrenos de esta finca está enclavada la estación de Villa del Prado, que, por tal motivo, llámase «de Goya», y hasta hace pocos años conservóse en buen estado la vivienda, con aspecto de casa de labor, ya despojada, muy de atrás, de las pinturas murales con que hubo de adornarla su propietario. Esa terrible piqueta que tan fácil tenemos por acá dió al traste con aquella reliquia, por razones que ignoro, y que no creo fuesen fundamentales. La visité poco antes de hundirla, y pude disfrutar de muy grata emoción evocadora. Conservaba el emparado sobre la puerta principal, y aún rodeábanla añosos árboles que presenciaron tantas veces el arribo de blasonada litera, portadora de la duquesa gentil que el arte del gran sordo inmortalizó. Desmantelada, entre la fronda, veíase una fuente de piedra cuyo murmullo amenizó, antaño, más de un idilio; fuente que hubiérase perdido, de seguro, á no adquirirla el sacerdote orfebre Félix Granda, que la conserva en su hotel del Hipódromo, como prueba fehaciente de buen gusto y amor á las glorias pretéritas. Prueba análoga á la que dió Zuloaga, adquiriendo, para que no la derribasen algún día, la casucha de Fuentetodos, en que vino al mundo el prodigioso artista aragonés.

Quedábamos en que lord Wellington se dirigió á la quinta del artífice. Las presentaciones fueron breves y secas. El duque de Ciudad Rodrigo era poco locuaz, y Goya, siempre áspero, sentía crecer su hosquedad con los años y la sordera, ya tan acentuada, que sólo entendía el lenguaje de los dedos. Era el pincel de Goya de tal modo rápido y seguro, que bastábale una hora para bosquejar un retrato. Sin pérdida de momento comenzó la tarea, y cuando, ya encajada la figura, juzgó prudente enseñarla al interesado, hizo señas al lord para que se acercase al caballete,

Avínose á ello el inglés, y á la primera ojeada puso gesto desdeñoso, delator de nula complacencia. Y para ratificar la pésima impresión, díjole en frases despectivas al general Alava.

Presenciaba la escena Javier Goya, hijo del artista, hombre culto, conocedor del idioma inglés, más conocedor todavía del carácter puntilloso é irascible de su padre, y quiso evitar penosas contingencias, tratando de suavizar la adversa impresión. Pero Wellington no se convecia, pese á las razones del mozo, secundado por el general Alava.

Goya, en tanto, limpiaba sus pinceles, en espera de las felicitaciones que eran acostumbrado epílogo de su trabajo. Y al ver que retrasábase el incienso, levantó la penetrante mirada inquisitiva... No era precisa mucha perspicacia para hacerse cargo de la situación. El gesto avinagrado del inglés, los esfuerzos conciliadores de Alava y Javier Goya... Hasta que el lord, arrogante, se pone el sombrero y da media vuelta, dispuesto á partir sin despedirse...

El gran pintor tenía la costumbre—un poco extraña, en verdad—de colocar al alcance de su mano un par de pistolas mientras trabajaba. Cada cual tiene su modo de matar pulgas, y si en esto radicaba su inspiración, hacía bien. Javier Goya estremecíase viendo que la mirada de su padre iba, del rostro del lord, á la mesa sustentadora de las armas... Y en esto, el ademán desdeñoso del inglés, dispuesto á salir de la estancia sin un saludo. Para corresponder á tal desplante, D. Francisco echó mano á las pistolas...

Rápido como el pensamiento, su hijo le sujetó, mientras Alava hacía salir al vencedor de Arapiles, asegurándole que el artista estaba algo chiflado, y amenazábale un ataque de locura agresiva.

No pasó más. Pero en poco estuvo que el delador de Bonaparte acabase sus días en la Quinta del Sordo, dejándose á Waterloo en el tintero, y quién sabe si cambiando la Historia del Mundo.

o-o

Contradiendo esta anécdota, que Mesonero Romanos refiere, entre las obras de Goya figuran dos retratos de lord Wellington al óleo y otro á la sanguina. Consérvense los dos primeros en Stratfieldsaye y en Nueva York, y el tercero en el Museo Británico. ¿Cómo cohonestar la evidente contradicción? Lo ignoro. Pero el relato es agradable y no quiero dejar de recordarlo ahora.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

De la España monumental



Vieja iglesia de Sant Eulali de Provenzana, en Hospitalet de Llobregat
(Fot. Pedro Cano Barranco)

ESTREÑIMIENTO
CURACIÓN COMPLETA CON LOS



DOSIS: 1 ó 2 granos al cenar.
SE EXPENDEN EN FRASCOS DE 25 y 50 granos
en las FARMACIAS, DROGUERIAS y CENTROS

Libros nuevos

Kety, amor y dinero, por Leonor H. Porter.
Novela de la colección «Rosa».
Las características predominantes de la pre-

sente novela son la sana alegría y su amabilidad deliciosa.

En cuanto á la escritora, su fantasía nunca rebasa los límites de lo verosímil y de lo humano, con lo que da á su obra un valor psicológico.

—*Los príncipes iguales*, por Joaquín Arderius. Novela.

Un escritor joven, culto, uno de nuestros mejores literatos de la generación actual, José Díaz Fernández, ha puesto un interesante prólogo al interesante libro de Arderius. Páginas sinceras, por otra parte, á las que nos remitimos para ponderar esta gran novela de Joaquín Arderius. Libro nuevo, de indudable y enjundiosa modernidad, ajustado maravillosamente, rítmicamente—forma é idea—á «La nueva literatura», que proclama en su antetítulo. Libro, ade-

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

SOMBREROS
CARMEN DE PABLO



Modelos de París

Alcalá, 66

MADRID

más, eminentemente personal, no encasillado en sabidas ó viejas normas. Novela psicológica, por la que desfilan dos espíritus lunáticos, los de dos príncipes iguales, en la ergástula voluntaria de un palacio, y los dos á la busca del secreto de su vida, consumidos en alucinaciones, obsesiones y desquicios cerebrales. Proclamemos, en resumen, como obra notable esta de uno de los más destacados de nuestros novelistas.

PELUQUERÍA RAMOS
DE SEÑORAS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA
Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

Huertas, 7 dupl.º—Teléfono 10667
SUCURSALES:

Plaza del Rey, 5. Duque de la Victoria, 4
Teléfono 10839 Teléfono 512
MADRID VALLADOLID

PRENSA GRAFICA, S. A.

Editora de "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo" y "La Esfera"
HERMOSILLA, 57.-MADRID ♦ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:		Plas.
Un año.....	15	
Seis meses.....	8	
América, Filipinas y Portugal:		
Un año.....	18	
Seis meses.....	10	
Francia y Alemania:		
Un año.....	24	
Seis meses.....	13	
Para los demás Países:		
Un año.....	32	
Seis meses.....	18	

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:		Plas.
Un año.....	25	
Seis meses.....	15	
América, Filipinas y Portugal:		
Un año.....	28	
Seis meses.....	16	
Francia y Alemania:		
Un año.....	40	
Seis meses.....	25	
Para los demás Países:		
Un año.....	50	
Seis meses.....	30	

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:		Plas.
Un año.....	50	
Seis meses.....	30	
América, Filipinas y Portugal:		
Un año.....	55	
Seis meses.....	35	
Francia y Alemania:		
Un año.....	70	
Seis meses.....	40	
Para los demás Países:		
Un año.....	85	
Seis meses.....	45	

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoestavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

LA MODA DE ESTA PRIMAVERA

¡Faldas cortas, tobillos más finos y pies más pequeños!

La moda tan apropiada de las faldas cortas es sin piedad para los pies y tobillos. En tales condiciones nadie puede soportar los tobillos hinchados, callos y otros desgraciados males de pies. Si padece Ud. de ellos, precisa curarlos, y el remedio más sencillo y más eficaz consiste en tomar un baño de pies resolutivo e hiperoxigenado gracias a la adición de un puñadito de Saltratos Rodell. Los Saltratos Rodell hacen desaparecer como por encanto toda hinchazón, magullamiento e irritaciones, así como toda sensación de dolor y quemazón. Además, el agua saltratada reblandece a tal punto los callos y durezas que pueden quitarse fácilmente y sin dolor.

Los Saltratos Rodell remozan los pies más lastimados, de modo que su calzado más estrecho le parecerá tan confortable como el más usado. Gracias a los Saltratos Rodell podrá Ud. adoptar calzados de dimensión reducida sin sufrir jamás de los pies. Los Saltratos Rodell se venden a un precio módico en todas las farmacias, droguerías y Centros de Específicos.

ACEITE DE RICINO
"ERBA"
PURGANTE IDEAL

Los mejores retratos y ampliaciones
Díaz Casariego
Fernando VI, 5, planta baja. - MADRID

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.



DEBLUZE

CASAS EN

38, Boulevard des Italiens; 92, Boulevard Sebastopol, PARIS
NICE - LYON - VICHY - AIX-LES-BAINS

Las imitaciones más bellas de diamantes, perlas, piedras de color con artísticas monturas

Soberbio catálogo a quien lo pida a 38, Boulevard des Italiens, Paris

Cooperativa de la Asociación de la Prensa

MADRID

Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, núm. 13, y Goya, núm. 9 (esquina á Serrano)

GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO

EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES
VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

LIBRERIA
DE
SAN MARTIN

6, Puerta del Sol, 6

ROLDÁN

Camisería

Encajes

Equipos para novias

Ropa blanca

Canastillas

Bordados

FUENCARRAL, 85

Teléfono 13.443

MADRID

FOTOGRAFÍA

ALFONSO

Fuencarral, 6 - MADRID

INGENIERIA Y CONSTRUCCION

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas, no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003

LARRA, 6 MADRID

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

ANUNCIO: V. PEREZ

LA REINE DES CRÉMES

Maravillosa Crema de belleza

PERFUME SUAVE

De venta en toda España.

J. LESQUENDIEU - PARIS

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:- Hermosilla, 57

Lea usted todos los miércoles

MUNDO GRAFICO

30 cts. ejemplar en toda España



NEUMATICOS: POR LA CASA

DUNLOP

SOCIEDAD ANONIMA ESPAÑOLA DUNLOP
MADRID BARCELONA SEVILLA